

Ediciones

OMR



GUILLERMO LORA

**BOLIVIA: DE LA ASAMBLEA POPULAR
AL GOLPE DEL 21 DE AGOSTO**

GUILLERMO LORA

Bolivia:
De la Asamblea Popular
al
Golpe fascista

Abril de 1972

A la memoria de los camarads trotskystas:

ALBERTO PEREZ C.

CARLOS THOMPSON

JULIO TRONCOSO

RICARDO TRONCOSO

Y a todos los que cayeron combatiendo
contra la bestia fascista

ÍNDICE

ADVERTENCIA	7
-------------	---

CAPÍTULO I

NATURALEZA DE LA ASAMBLEA POPULAR	9
-----------------------------------	---

Revolución y petardismo	11
-------------------------	----

La Asamblea producto de las masas	13
-----------------------------------	----

Asamblea Popular y parlamento	14
-------------------------------	----

Organización soviética	17
------------------------	----

Documentos programáticos	21
--------------------------	----

CAPÍTULO II

ASI SE ESTRUCTURO LA ASAMBLEA POPULAR	26
---------------------------------------	----

Antecedentes	28
--------------	----

Del Comando Político a la Asamblea Popular	29
--	----

Los partidos políticos	34
------------------------	----

CAÍTULO III

COMIBOL Y LAS UNIVERSIDADES	39
-----------------------------	----

CAPÍTULO IV

ALGUNOS DE NUESTROS CRÍTICOS

a) Respuesta al pablismo	44
b) La contrarrevolución disfrazada de trotskysmo	49
e) Un disparo al aire	52

CAPÍTULO V

LA CONTRARREVOLUCIÓN DE AGOSTO DE 1971	60
Resolución del Comando Político	62
Los acontecimientos de Oruro	67
Drama y farsa en La Paz	69
Gobierno y Frente Popular Nacionalista	72
Primeros avances del fascismo	76

La descentralización de las empresas de Comibol	81
El supuesto bonapartismo de Torres	83
¿Qué sucedió el 21 de agosto?	85

CAPÍTULO VI

NUEVAS PERSPECTIVAS: EL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIMPERIALISTA

Situación política	89
Necesidad del FRA	92
Características	93
Objetivos	95
El FRA y las masas	98
Continuidad de la Asamblea en el FRA	99

ADVERTENCIA

El trabajo que tiene el lector en sus manos fue originalmente elaborado como documento interno y para uso exclusivo del Partido Obrero Revolucionario, pues una serie de consideraciones del momento nos aconsejaban no hacerlo público.

Teníamos presente que una agudización de la polémica política alrededor de los acontecimientos del 21 de agosto de 1971 y del propio significado de la Asamblea Popular, pudiese llegar a obstaculizar el funcionamiento del Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA), cuya puesta en pie era indispensable para lograr la movilización de las masas que se encontraban relativamente desperdigadas, temerosas y que no se animaban a pasar a la resistencia activa al régimen gorila fascista. Los hechos posteriores demostraron que no fue correcta la postergación de la polémica política descarnada, indispensable para una correcta elaboración colectiva tanto de la línea estratégica y táctica del FRA.

Nuestra opinión partidista no fue hecha pública porque equivocadamente partíamos de la certeza de que las otras agrupaciones políticas pertenecientes al Frente Revolucionario Antiimperialista compartían nuestras conclusiones; el silencio al respecto fue la respuesta de los compañeros de ruta ante la evidencia de que las masas bolivianas recibieron con alborozo la aparición de un frente dirigente de la necesaria lucha antifascista de los bolivianos. Era correcto nuestro criterio en sentido de que tenían carácter prioritario los trabajos encaminados a estructurar y fortalecer el FRA.

Sin embargo, los otros partidos políticos publicaron, una y otra vez, escritos de rechazo a nuestras posiciones y actividades políticas francamente ofensivos y calumniosos. La finalidad era la de presentar al Partido Obrero Revolucionario como ultrista y falsario.

Un elemental respeto a la opinión pública y continental y particularmente a los obreros nos obliga a responder públicamente a tanta infamia y calumnia. El lector convendrá que tenemos mucho que decir acerca de los puntos en conflicto y bastante que repudiar en la conducta de muchos sectores que se reclaman de la izquierda.

Iniciado que ha sido el debate contra nuestra voluntad, estamos dispuestos a proseguirlo, seguros de que solamente así ayudaremos a los explotados y oprimidos a asimilar su propia experiencia. Sabíamos perfectamente que esta confrontación de ideas debía realizarse tarde o temprano y ahora que se precipita no seremos nosotros los que nos ahogemos en lamentaciones.

Nuestros adversarios ideológicos -para nosotros es en este terreno que se dan afinidades y discrepancias verdaderas- tienen derecho a expresar sus opiniones que son contrarias a las que sustentamos. A nuestro turno, sólo pedimos que se respete el derecho que tenemos de exponer públicamente las nuestras.

Todos debemos convenir que la polémica, por muy áspera que sea, no debe obstaculizar el trabajo en común y debidamente coordinado en el seno del Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA), a través de las discrepancias que puedan darse.



Será necesario volver a recalcar que en el Frente Revolucionario Antiimperialista están partidos políticos de diversa orientación programática -vale decir estratégica- y que, sin embargo, tienen muchos puntos en común.
Bolivia, marzo de 1972.



CAPÍTULO I

MATURALEZA DE LA ASAMBLEA POPULAR

En escala internacional se ha escrito mucho alrededor de la Asamblea Popular aparecida últimamente en Bolivia y los documentos publicados demuestran la gran desorientación que existe al respecto, acaso consecuencia de la inclinación que tienen los observadores extranjeros de imponer autoritariamente al país altiplánico las conclusiones que responden a la realidad en la que se mueven. La experiencia que hemos vivido constituye la piedra de toque para las tendencias de izquierda, desde el momento que su análisis implica una definición con respecto a la misma revolución boliviana.

Muchos "izquierdistas", convertidos en testaferros del nacionalismo (militar o civil), sostienen, violentando los hechos, que la Asamblea Popular fue propiciada o creada nada menos que por el presidente de la república, general Juan José Tórres, que en ningún momento dejó de temblar ante la perspectiva de una convulsión social. Tesis tan peregrina y difundida por numerosas corrientes "izquierdistas", fue cocinada con la finalidad de fortalecer la teoría de que el nacionalismo "revolucionario" conduce en los países atrasados y en nuestra época, al socialismo, siendo además la única vía.

Es oportuno puntualizar que han adoptado la denominación de "nacionalismo revolucionario" los movimientos populares y pretendidamente antiimperialistas dirigidos por la burguesía criolla o por la pequeña burguesía, pudiendo sus líderes vestir levita de corte europeo o casa militar. Los "marxistas", algunos de los cuales no tienen el menor reparo en declararse seguidores de León Trotsky, que se han sumado a esta postura, gustan llamarse izquierda nacional, esto para demostrar que en todo momento y en todos los planos rechazan el internacionalismo que distingue al marxismo, que es tanto como repudiar su misma esencia.

La izquierda nacional y sus epígonos van más allá de las simples declaraciones generales y pretenden elaborar toda una teoría de la revolución latinoamericana. Parten de algo que ellos consideran su descubrimiento de la hora nona: un país es atrasado porque soporta la opresión imperialista y ésta anula o, por lo menos, relega a un segundo plano, la lucha de clases, planteándose así la contradicción fundamental entre nación oprimida y metrópoli. Esta conclusión es falsa desde el punto de vista teórico e histórico y totalmente revisionista para un trotskista. El autor del Programa de Transición de la Cuarta Internacional ha escrito con claridad que la opresión imperialista acentúa lejos de atenuar o anular la lucha de clases. La posibilidad de victoria del movimiento popular antiimperialista está estrechamente ligada a la tenaz lucha que libra el proletariado para conquistar la dirección política de la nación oprimida por el imperialismo, vale decir, de la nación oprimida, lo que supone el aplastamiento de los partidos de las otras clases sociales. Esta batalla política constituye una elevada expresión de la lucha de clases.



La izquierda nacional -y en este aspecto es la misma cosa que el stalinismo- vuelve a actualizar las posiciones mencheviques en lo que se refiere a la naturaleza de la revolución en los países atrasados; en último término revolución democrática dirigida por la burguesía o la pequeña burguesía, proceso dentro del cual el proletariado debe cuidarse de enarbolar sus propias tareas históricas, a fin de no atemorizar y espantar a los caudillos populares antiimperialistas. En otras palabras, no habiendo llegado aún el momento de la revolución dirigida por el proletariado, la tarea "revolucionaria" de éste no es otra que la de apoyar a los movimientos nacionalistas y de convertirse en su izquierda; en esto concluyen las posturas de "apoyo crítico", que en los hechos se convierten en apoyo incondicional a la burguesía. Los propugnadores del nacionalismo revolucionario y de la izquierda nacional alientan una profunda desconfianza acerca de la capacidad revolucionaria de la clase obrera en los países sometidos a la opresión imperialista; es cierto que hablan de su gran importancia en la lucha revolucionaria, pero se niegan a reconocerle el derecho y la obligación a la hegemonía política que lleva implícita la tesis del gobierno obrero. Este planteamiento es calificado por ellos, invariablemente, como extremismo provocador.

Los sostenedores del nacionalismo revolucionario y de la izquierda nacional tienen una raíz teórica común con el stalinismo contrarrevolucionario: el menchevismo capitulado ante la burguesía y que, indefectiblemente, lleva a posiciones francamente proimperialistas.

En Latinoamérica, los mal llamados partidos comunistas nutren al nacionalismo de argumentos teóricos. Esta es una de las razones, entre otras, de su mediatización y de su tendencia a cooperar con las burguesías "progresistas" y, por este canal o por el de la diplomacia soviética, con el imperialismo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario y el Partido Comunista de Bolivia tienen como punto de partido la "teoría" de la revolución por etapas, la vigencia de la revolución democrático-burguesa, pese a la presencia decisiva del proletariado.

Hay que concluir que cierran el camino de toda perspectiva revolucionaria aquellos que sostienen que el nacionalismo revolucionario conduce al socialismo, porque, desde este punto de vista, a la vanguardia proletaria -en Bolivia al POR- no les quedaría más papel que el de prestar decidido apoyo a los gobiernos nacionalistas civiles o militares, que de manera franca o encubierta son proimperialistas. Se dice que el papel de los trotskistas consiste en penetrar al vientre de los gobiernos nacionalistas, para desde allí transformarlos nada menos que en socialistas.

Como se ve, para los revisionistas la revolución social acaudillada por la clase obrera ya no encuentra cabida. Surge la consecuencia inmediata, la estructuración del partido obrero ha dejado de ser la clave de la revolución, desde el momento que la falta de madurez del factor subjetivo de ésta -en verdad, expresión de la conciencia de clase- se resuelve nada menos que con la presencia del nacionalismo "revolucionario". No hay pues por qué extrañarse que estas gentes coincidan plenamente con las perspectivas y conducta stalinistas, típicamente antimarxistas.



REVOLUCIÓN Y PETARDISMO

Para otros, incluidos los ultraizquierdistas, que han acuñado fórmulas destinadas a sustituir la capacidad revolucionaria del proletariado con planteamientos ultristas, foquistas, en fin petardistas, la Asamblea Popular no pasó de ser un organismo impuesto a las masas desde afuera y extraño a la vida diaria de éstas. Ellos se han encargado de revelarnos la esencia de su posición y de lo que son, inclusive cuando aparentan haber revisado los errores del foquismo y empeñarse en materializar su táctica de aproximación al pueblo (prefieren hablar del pueblo en abstracto y no de aquel profundamente escindido en clases sociales antagónicas).

El Ejército de Liberación Nacional (ELN) -tal el nombre adoptado por el movimiento pequeño-burgués ultraizquierdista. y foquista- comenzó por ignorar piadosamente a la Asamblea Popular, auténtica creación revolucionaria de las masas, por considerarla refugio de los reformistas inclinados a cooperar con el gobierno presidido por el general Juan José Torres, catalogado como instrumento dócil de los norteamericanos y exactamente igual a los regímenes encabezados por los generales René Barrientos y Alfredo Ovando; un poco más tarde, cuando el más torpe percibía que la Asamblea Popular era nada menos que el canal fundamental de la movilización revolucionaria de las masas, declaró públicamente que tomaba para sí -los intelectuales pequeñoburgueses tienen una inclinación natural hacia el paternalismo- la vigilancia de los actos y de la línea política de la Asamblea Popular y de sus dirigentes. ¿Y a ellos quién los vigila?

En lo que se refiere a la organización popular la vigilancia revolucionaria estaba en manso de la clase obrera politizada, que se encontraba en su seno no sólo físicamente, sino como programa político, como teoría. Es claro que el ultraizquierdismo pequeño-burgués no podía ver con simpatía o confianza el nacimiento y tonificación creciente de la Asamblea Popular, desde el momento que se trataba de una organización totalmente extraña a su ideología y a sus métodos de trabajo y lucha. Para todas las variantes del foquismo la revolución no pasa por la lucha de clases, sino que es la consecuencia de un esquema impuesto desde afuera.

Las masas se movilizan y maduran políticamente a través de las batallas diarias que libran alrededor de problemas que tienen relación con la vida cotidiana; lo importante radica en no encerrarse en el economismo, sino en descubrir el puente que permita a los explotados, partiendo de su actual nivel de conciencia clasista y de sus necesidades inmediatas, proyectarse hacia la conquista del poder. La revolución social concebida como un fenómeno exterior y extraño a las masas nada tiene que ver con el marxismo y menos con una verdadera transformación de la sociedad y conduce directamente al aventurerismo y a la provocación. A estas gentes se les debe repetir hasta el cansancio de que si las masas no hacen la revolución con sus propias manos ésta no se producirá, pese a la desesperación de los intelectuales y a todos los esquemas foquistas. La revolución social no llega empaquetada desde no se sabe dónde, sino que es un proceso que se cumple por la acción diaria de las masas.

La Asamblea Popular decepcionó a los ultraizquierdistas porque, violentando sobre todo la expectativa de los periodistas burgueses, no debutó decretando la inmediata insurrección y menos colocando en la orden del día la urgencia de generalizar el lanzamiento de bombas con o sin razón; contrariamente, y esta vez conforme a las necesidades y esperanzas de los trabajadores adoptó medidas ajustadas



estrechamente a las preocupaciones más importantes de los explotados y del país (la coparticipación obrera mayoritaria en la Corporación Minera de Bolivia, sustitución del sistema universitario anárquico por la universidad única, etc.), pero que permitían una profunda movilización revolucionaria de la mayoría nacional bajo la dirección política del proletariado. La lucha por la efectivización de esos objetivos abría la segura perspectiva de que la mayoría nacional, pese a todos los prejuicios dominantes en ese momento, se vería colocada en posición de luchar realmente por la conquista del poder.

El ultraizquierdismo, que sueña con realizar la revolución sin las masas y a veces contra ellas, no pudo percibir este proceso y quedó desilusionado ante la adopción de una táctica que la consideraba como una pura pérdida de tiempo y de energías as en nimiedades, si se las considera con relación a la altisonante y terrorífica consigna de la insurrección inmediata. La experiencia ha demostrado que el ultraizquierdismo, que dice haber abandonado la concepción foquista y que se dirige hacia las masas, no logra penetrar en el seno de éstas, sino que permanece al margen de su lucha diaria y mantiene vigente su pretensión de pensar y actuar a nombre de ellas. Todo esto viene a demostrar que para el foquismo -declarado o camuflado- las masas son un pretexto pero que no cuentan en la elaboración de su táctica, por esto mismo no puede extrañarse que muchos de sus líderes se hayan desplazado desde el puro guerrillerismo hacia las posiciones nacionalistas democratizantes, siempre pasando por encima de las mayorías explotadas.

Actualmente la ultraizquierda, a lo largo de América Latina, propaga la especie de que la Asamblea Popular boliviana era nada menos que petardista. Esta es una de las muchas falsedades a las que nos tiene acostumbrados la propaganda interesada. La Asamblea Popular sacó de quicio al guerrillerismo pequeño-burgués por marchar lentamente, a paso de tortuga, con referencia a la extrema desesperación que se apoderó de ellos, interesados únicamente en quemar las etapas y precipitar el estallido petardista. La Asamblea Popular no usó ni abusó del terrorismo verbal y es por esto que penetró profundamente en las masas y en ningún momento quedó aislada de ellas.

Su dirección ideológica (programáticamente encarnada en la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana y en las bases constitutivas de la propia Asamblea, todas ellas proyección de la Tesis de Pulacayo) sabía cómo gradualmente las capas atrasadas de los explotados concluirían levantándose en lucha franca contra el régimen imperante. Si el objetivo estratégico del momento era la estructuración del gobierno obrero-campesino o dictadura del proletariado (los stalinistas y sus múltiples variantes hablaban de un gobierno popular antiimperialista y en esta medida se afanaban por alejar a los trabajadores de su verdadero camino) era claro que se tendría que desplazar al general Torres o a su sustituto del Palacio de Gobierno.

Había que marchar con las masas, concentrándolas, educándolas y guiándolas en su movilización, tanto más pesada cuanto más profunda. La existencia misma de la Asamblea Popular era una tremenda derrota para el nacionalismo de contenido burgués y para el foquismo aventurero. Huelga decir que estaban desesperados por destruirla, pero permanecían en su seno cediendo así a la presión popular.



LA ASAMBLEA PRODUCTO DE LAS MASAS

La Asamblea Popular fue -por encima de cualquier otra consideración- una auténtica creación de las masas bolivianas y particularmente del proletariado. Como no podía ser de otra manera, resumió sus aspectos positivos y negativos; nació y vivió como una elevada expresión organizada del nivel alcanzado por la conciencia de clase. Debemos explicarnos. En ninguno de los programas partidistas o sindicales del país se encontrará la consigna que exprese la necesidad de estructurar semejante organización. En los escritos de los teóricos de izquierda, incluso en los de aquellos vitalmente vinculados con el proceso revolucionario, no se leerán páginas dedicadas a demostrar la inevitabilidad del nacimiento de entidades soviéticas como instrumentos de las masas en su lucha por el poder.

La Asamblea Popular no fue el resultado de una consigna o del afán de acomodar el desarrollo de los acontecimientos en los esquemas productos de la especulación intelectual, por muy brillante que ésta fuese. Contrariamente, los hombres de la calle, en pie de combate y urgidos de dar respuesta a situaciones políticas nuevas, se vieron obligados a arrancarla de sus entrañas por ser para ellos una necesidad histórica. Los aficionados a las especulaciones bizantinas no se cansan de señalar las limitaciones de la Asamblea Popular, la paradoja de su nacimiento y lo insólito de su creación en un país tan atrasado, tan inculto y tan sometido a la opresión imperialista. Toda creación de las masas siempre muestra estas características.

Estos críticos a la violenta parecen no darse cuenta que la Asamblea Popular, con todas sus particularidades sorprendentes y para muchos no explicable, constituye el producto típico del desarrollo político boliviano.

La Asamblea Popular debe ser considerada, en primer lugar, como una organización de las masas, en cuyo seno pensaron, actuaron y tomaron decisiones las clases sociales más diversas, que tenían sin embargo el rasgo común de ser explotadas y oprimidas por el imperialismo, por el capitalismo criollo y por sus agentes, esta vez, principalmente por el gorilismo militar fascista. Aparentemente se trataba de una institución sin límites claramente fijados, a la que podían ingresar todos. Esto es válido cuando se refiere al esfuerzo desplegado para que se incorporasen a ella las capas más amplias de los explotados (hubo lugar para una amplia discusión sobre el tema de cómo incorporar a la mayoría campesina), mas no debe olvidarse que cuidó celosamente el ingreso de nuevas organizaciones o tendencias políticas, esto por su interés de que no se desvirtúen sus finalidades políticas y su propia naturaleza popular. Esta gran amplitud organizativa estaba lejos de ser una excepción, se trataba más bien de una de las tradiciones revolucionarias del país (La Central Obrera Boliviana ya fue eso inmediatamente después de abril de 1952).

En cierto momento la Asamblea Popular pareció absorber y anular a las organizaciones sindicales y partidistas de izquierda; con todo, este fenómeno no pasó de ser una simple apariencia. Por su enorme amplitud esta organización popular y soviética se presentó como la autoridad única para las masas, como la entidad única que actuaba y decidía la suerte de los bolivianos; el país todo comenzó a moverse alrededor de ella.



El mismo gorilismo fue obligado a definir su posición frente a la Asamblea Popular y fue ajustando sus filas con la perspectiva central de usar la violencia de las armas de fuego para barrerla del escenario nacional, de esta manera el ejército apareció identificado con el gorilismo.

La presencia de la Asamblea Popular no determinó la desaparición de la pugna política, como sostenían algunos ilusos, sino que se desplazó del escenario del país al seno de la Asamblea Popular y es entonces que adquiere su mayor

virulencia, esto porque aparece nítida la lucha de explotados y oprimidos contra la minoría burguesa sirviente del imperialismo. Numerosos despachos periodísticos desarrollaron la tesis en sentido de que había aparecido una poderosa entidad obrerista, que repudiaba la acción y que limitaría la lucha a estrechas reivindicaciones reformistas. En la base de la Asamblea y como uno de sus pilares de sustentación, se encontraba la Central Obrera Boliviana (ella misma está muy lejos de ser una organización limitadamente sindical), atendiendo los problemas emergentes de las necesidades inmediatas de los trabajadores; en la medida en que aquellos no encontraban solución, se hizo palpable la tendencia a trasladar a la nueva entidad las cuestiones estrictamente sindicales y con mayor razón muchas menudas cuestiones y de interés de los sectores populares. Esta conducta estaba demostrando el tácito reconocimiento, por parte de las masas, a la Asamblea Popular como a la única autoridad; sin embargo, no tuvo tiempo ni posibilidades para descender al puro economismo. La mayor parte de los periodistas con seguridad ignoran que los trabajadores, principalmente, dieron nacimiento a la Asamblea Popular como inequívoca dirección política de los explotados. Aunque no hubiese existido esta expresa declaración, habría sido posible llegar a la misma conclusión analizando sus documentos programáticos y su misma conducta diaria.

ASAMBLEA POPULAR Y PARLAMENTO

De buena o mala fe se ha confundido con mucha frecuencia a la Asamblea Popular con el parlamento burgués, que es el escenario adecuado para relumbrón pirotécnico de los partidos y de los caudillos politiqueros. Analizar la experiencia boliviana teniendo como molde las dimensiones del parlamentarismo puede llevarnos a muchos equívocos.

Es evidente que casi todos los partidos aparecieron disminuidos, como apabullados por los delegados de las grandes organizaciones obreras y resistiéndose a expresar con claridad sus ideas. Este cuadro lamentable no era consecuencia, como puede aparecer a primera vista, del apoliticismo o economismo de la Asamblea Popular sino del hecho de que la mayor parte de los partidos no estaban de acuerdo con sus documentos políticos constitutivos, vivían agazapados en el seno de una organización que les era extraña, esperando el momento oportuno para darle un golpe para o para desvirtuarla totalmente. Lo anterior no quiere decir que no hubiese una tendencia política dominante, que se agigantaba a medida que crecía la movilización de las masas y se fortalecía la organización soviética.



Esta tendencia -es tiempo de decirlo de manera concreta- es la misma línea política a partir de la Tesis de Pulacayo (1946) hasta la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana (1970) y las bases constitutivas de la Asamblea Popular (1971), ayudó a la clase obrera, en primer término, y a las masas en general, a estructurarse alrededor de una línea política consecuente que, al mismo tiempo, es severo análisis crítico del nacionalismo de contenido burgués (en Bolivia se ha agotado y dio todo lo que podía dar) y abre la perspectiva de la revolución social dirigida por el proletariado, convertido en caudillo nacional, cuya tarea no será únicamente cumplir a plenitud las democráticas (liquidar el atraso), sino transformar a éstas en socialistas, esto porque al proletariado no puede interesarle detenerse en la etapa democrática de la transformación social (lo que supondría perpetuar la explotación del proletariado por la burguesía), esto porque instintiva y conscientemente pugna por estructurar el socialismo. El carácter mundial de la economía capitalista y la presencia del proletariado como clase (ideológica y organizativamente independiente de las otras clases sociales) determinan que en un proceso único, dirigido por el proletariado convertido en gobernante, se cumplan tanto las tareas democráticas como las socialistas.

La Asamblea Popular -ya ha ingresado a la historia mundial de la lucha de los explotados y oprimidos por liberarse- nació como la negación misma de todas las variantes posibles del viejo parlamentarismo burgués, integrantes de esa dictadura de clase que aparece como expresión de la democracia representativa. Este hecho quedó plasmado en los documentos emitidos como respuesta al gobierno del general Tórres, a la derecha y a los sectores proimperialistas, que se empeñaron en adecuar el parlamento a sus necesidades de efectivizar su dominación de la mayoría nacional¹.

Este nuevo parlamentarismo tenía la misión de embridar las rebeliones popular y obrera. En determinadas circunstancias puede el movimiento revolucionario utilizar con provecho el parlamentarismo, pero cuando las masas están en ascenso y se encaminan firmemente hacia la conquista del poder, aquel apartaría a los explotados de su verdadero objetivo, vale decir, se torna contrarrevolucionario. Tal era el panorama en 1971.

El parlamento, una vía que se apartaba del socialismo y de del gobierno obrero, habría encadenado a las masas y las habría arrastrado a realizar una oposición legal al régimen imperante. Es claro que este camino no llevaba al gobierno obrero y por esto fue repudiado por las masas que ganaron las calles y estaban empeñadas en estructurar su propio instrumento que les permitiese alcanzar la victoria definitiva.

El parlamento lo más que puede permitir es criticar, censurar y aconsejar a un determinado gobierno. La experiencia ha enseñado que en Bolivia la división del gobierno en tres poderes iguales e independientes entre sí no es más que una ficción jurídica. En la práctica, el parlamento concluye siendo una caja de resonancia de todo lo que dice y hace el amo del Palacio Quemado (ese es el nombre dado al una vez incendiado Palacio de Gobierno de La Paz). En momentos de reflujo la acción revolucionaria dentro del parlamento puede tener significación, pero en 1970-71 resultaba simple y definitivamente distraccionista. La campaña de la derecha en sentido de descubrir una receta de remozamiento parlamentario, encontró eco en las tendencias nacionalistas,

¹ El presidente general Ovando canceló simplemente el parlamento. Bajo el régimen del general Tórres se habló de reestructurarlo. En el proyecto de Constitución que se elaboró se establecía una Asamblea Nacional, variante del parlamento funcional, ideada para sustituir a la Asamblea Popular.



particularmente en el Movimiento Nacionalista Revolucionario pazestensorista, que estaban seguras de poder sumarse al gobierno del general Tórres siguiendo esta vía transitable, fácil.

La izquierda marxista -excepción hecha de los trotskystas- tardó mucho en darse cuenta de la futilidad de la maniobra y por momentos coadyuvó a los trajines nacionalistas. La situación política boliviana se presentaba con toda claridad. No se trataba, en último término, de criticar o presionar al general Tórres o a sus ministros, muchos de los cuales estaban empeñados en aparecer como jóvenes sabios recién revelados, sino de organizarse y concentrarse para librar la batalla definitiva por el poder, planteado así el problema, es evidente que era un deber elemental desahuciar y denunciar la naturaleza contrarrevolucionaria de todo intento restauracionista de cualesquiera de las variantes del parlamento burgués. Por lo que se refiere al movimiento obrero, no era su preocupación inmediata el discutir qué formas parlamentarias podía adoptar, pues antes tenía que resolver en la práctica el problema del poder.

Mucho se ha insistido -particularmente en el plano internacional- acerca del apoliticismo o apartidismo de la Asamblea Popular, partiendo de la evidencia de que no pocas actitudes de partidos políticos fueron enérgicamente rechazadas. Lo que ha ocurrido es que no se ha captado, quien sabe por qué razones, el verdadero sentido de esas luchas, en lo fundamental políticas y partidistas. Suponemos que nadie pondrá en duda que la Asamblea Popular encarnó la lucha de clase contra clase, ésta es la verdadera política. En Bolivia, desde la época del Che Guevara, se viene librando una importantísima batalla contra las tendencias ultraizquierdistas pequeño-burguesas, que invariablemente han concluido en el aventurerismo.

Lo que en cierto momento apareció como una pugna extraña a las masas, pues comenzó a darse en el plano teórico, concluyó convirtiéndose en el eje de las definiciones políticas, programáticas y doctrinales dentro de la Asamblea Popular. Los partidos universitarios (así se llamó a los demócratas-cristianos de izquierda, a los maoistas, etc., que aprovechando su ocasional influencia en las elecciones universitarias presumieron ser partidos y así se presentaron al público) pretendieron, buscando sacar ventaja de algunas coyunturas que les fueron favorables, empujar a la Asamblea Popular hacia ciertas posiciones aventureras y exitistas; es entonces que los portavoces principales de los sectores obreros mayoritarios (Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, Confederación de Fabriles, principalmente) se levantaron airados para arrinconar a los pequeño-burgueses atrevidos y aventureros y -esto fue lo fundamental- para evitar que se filtrase en la orientación política y en la práctica de la organización popular soviética cualesquiera formas de ultraizquierdismo y de foquisimo.

Es entonces que los proletarios y los revolucionarios marxleninistas y trotskystas salieron abiertamente en defensa de la línea revolucionaria ya tradicional de la Asamblea Popular, de su programa político ya ampliamente difundido.

Algo más, los revolucionarios de todos los sectores sociales obligaron a los pequeño-burgueses a doblegar públicamente la cabeza ante sus exigencias principistas.

Se trató, como se ve, de una actitud claramente política y también partidista.



ORGANIZACIÓN SOVIETISTA

Son los intelectuales pequeño-burgueses los que siguen discutiendo acerca de si la Asamblea Popular fue o no una organización soviética; si se trató solamente de un germen de poder obrero o se materializó plenamente como tal.

Fue la reacción boliviana e internacional la que se esmeró en propalar por todo el mundo la noticia de que en Bolivia había nacido nada menos que un soviético, encargado de absorber más que de sustituir al inoperante gobierno del general Juan José Torres; se explica esta actitud si se tiene en cuenta que la derecha proimperialista buscaba afanosamente pretextos de gran volumen para justificar sus planes conspirativos y contrarrevolucionarios.

La vanguardia marxista tenía plena conciencia de este hecho, pero habría sido absurdo oponerse al nacimiento de la Asamblea Popular porque su misma existencia apresuraba la llegada del golpe fascista. No puede haber oposición a que las masas radicalizadas pongan en pie sus órganos de poder. Nadie puede poner en duda que la reacción no abandona el poder y el escenario político sin librar su última batalla, aun a riesgo de perderla; el impetuoso y arrollador ascenso de las masas tenía que chocar, en cierto momento, con la resistencia armada del fascismo.

Los diversos matices de la izquierda, siempre exceptuando a los verdaderos trotskistas, se resistían a hablar de la Asamblea Popular como de un soviético o una de sus variantes, en el mejor de los casos decían que se trataba de un órgano de poder en potencia. Lo que esperaba que se diese era un calco perfecto de los soviets rusos de 1917 (olvidaban deliberadamente que los primeros soviets aparecieron en 1905), exigían que previamente se incorporasen los soldados a la organización popular boliviana para poder recién asimilarla a aquella. Se trataba, como resultado de un mezquino resentimiento sectario, disminuir la significación de la Asamblea Popular y para lograrlo se traía de los cabellos un modelo. En Rusia fueron los campesinos, movilizados y puestos bajo armas por la guerra, los que ingresaron a los soviets vistiendo el uniforme de soldados. Las particularidades del desarrollo político boliviano determinaron que el grueso de la masa campesina, cuya dirección sindical apenas si comenzaba a emanciparse de la secante influencia del oficialismo y de los gorilas, no estuviese incluida, desde el primer momento, en la Asamblea Popular y sí solamente una pequeña fracción de vanguardia (la Confederación Independiente). Con todo, la tendencia de la naciente organización popular era la de buscar y encontrar los caminos que efectivizasen la incorporación masiva de los explotados a su seno.

Para la ultraizquierda en general, la Asamblea Popular solamente podía convertirse en soviético si organizaba su propio ejército y se adueñaba del Palacio de Gobierno. El armamento de la clase obrera, de los campesinos y de los sectores populares de la población es una vieja tradición boliviana, más vieja que las teorías foquistas, desde luego. Las milicias obrero-campesinas dependientes de las organizaciones sindicales, efectivizan tal objetivo. Los acontecimientos del 21 de agosto demuestran que hubo mucho retardo en la provisión de armas a los trabajadores, pero se trata de un problema material y no de principio. Podemos decir que la Asamblea Popular no tenía en sus manos los recursos necesarios para acortar los plazos en este terreno. Lo cierto es que la ultraizquierda se embriagó con el torrente de su propia palabrería y no hizo nada efectivo. La precipitación del golpe fascista impidió la materialización de los planes



de la vanguardia marxista al respecto y cuyos detalles no deben ser proporcionados ahora.

La Asamblea Popular era ya el instrumento capaz de permitir a la clase obrera a llegar al poder (las actitudes asumidas por la ultraizquierda demuestra que ésta buscaba estructurar ese instrumento en cualquier otro lugar) y era en este período que se perfilaba con toda nitidez su verdadera naturaleza. Es absurdo sostener que era preciso esperar que la Asamblea Popular esté instalada plenamente en el Palacio de Gobierno para luego descubrir si tenía o no características soviéticas.

La existencia de la Asamblea Popular actualizó el tema de la dualidad de poderes y la discusión desencadenada necesariamente puso en evidencia de que muy pocos sabían de qué se trataba. Una verdadera revolución recorre el camino de la dualidad de poderes, que se expresa de las maneras más diversas y siempre más allá de los esquemas. La clase obrera, que mientras es explotada y oprimida no tiene en sus manos el monopolio de la riqueza ni de ninguna forma de poder estatal, al incorporarse a la lucha revolucionaria y al delimitar su verdadera fisonomía clasista, se ve obligada a crear elementos o gérmenes de su propio poder, esto mientras el poder oficial y constitucional parece permanecer intacto. El crecimiento de la ola revolucionaria importa también, paralelamente, el fortalecimiento del poder obrero -que plantea la dualidad de poderes desde el momento mismo en que existe, aunque sea en forma rudimentaria-, de manera que más y más se va transformando en la única autoridad para las masas, arrancándole al poder central las atribuciones que le son privativas, según la ley, y concentrando en sus manos progresivamente la solución de los diversos problemas de la vida diaria de los sectores mayoritarios de la población. En cierto momento el poder obrero se sabe lo suficientemente fuerte para disputarle al oficialismo el control total del aparato del Estado.

La dualidad de poderes no puede prolongarse indefinidamente y se resolverá por la victoria del poder obrero creciente sobre el gobierno oficial o por su aplastamiento. La profunda movilización de las masas y el fortalecimiento de la dualidad de poderes conduce a la lucha armada, ciertamente que en este proceso no tiene nada que ver el foco armado ultrista y los hechos que han tenido lugar demostraron qué forma debía adquirir en: enfrentamiento en las calles de las masas con el gobierno castrense².

Lo dicho viene a poner en evidencia que constituye un gravísimo error, que puede concluir haciéndonos perder de vista el ritmo que sigue la movilización de masas y que debe calibrarse la dimensión de las consignas a lanzarse diariamente, el sostener que hay poder obrero y, por tanto, dualidad, solamente cuando ese poder decide e impone sus decisiones en cualquier momento. Hablamos de dualidad de poderes cuando se da el choque entre las decisiones de dos gobiernos.

En realidad, la dualidad de poderes está presente toda vez que los órganos de la clase obrera adoptan medidas y resoluciones por su cuenta y al margen de la voluntad de los gobernantes reconocidos por la ley y del ordenamiento jurídico imperante. El poder obrero no puede ser considerado como una dimensión dada de una vez por todas sino como un proceso que se modifica constantemente.

2 Tradicionalmente las masas bolivianas no se han cansado de enfrentarse en lucha armada callejera contra los opresores y su ejército. A fines del siglo XIX una descomunal guerra civil conoció las guerrillas, como movimiento auxiliar. Solamente en cierto momento de la guerra de la independencia, las "republiquetas" (territorios controlados por los guerrilleros) dieron la impresión de ser la única forma de lucha.



La Asamblea Popular fue, desde sus inicios, una organización de características soviéticas y no simplemente un soviét potencial. Sostener, como lo hacen los demócrata-cristianos de izquierda (ver "Bolivia: una lección para la izquierda" en "Punto Final", Santiago de Chile, 14 de septiembre de 1971), que no fue más que "un importante avance en el desarrollo de la lucha de las clases explotadas de Bolivia" -infinidad de hechos tienen este carácter- significa no comprender absolutamente nada del proceso revolucionario boliviano y menos la significación de la Asamblea Popular y sus proyecciones en el ámbito nacional y continental. Si no fuese más que una nueva organización, como cualquier otra y de menor importancia que una central sindical, que indiscutiblemente puede importar un avance organizativo, lo aconsejable sería no ocuparse de la Asamblea Popular y evitar que se gaste tanta tinta en desvirtuarla y desprestigiarla y esto de manera deliberada. Los demócrata-cristianos de izquierda se niegan a reconocer que la experiencia riquísima de la Asamblea Popular sea simultáneamente un avance político, esto porque discrepan de la orientación básica que siguió.

A tiempo de constituirse la Asamblea Popular, mucho antes del Primero de Mayo de 1971, aprobó sus bases constitutivas, además de declarar expresamente que su programa político era la Tesis aprobada, contra la tenaz oposición de los demócrata-cristianos, maoístas, lechinistas, falangistas, movimientistas y algunas otras capillas ultraizquierdistas, por el Cuarto Congreso Nacional de la Central Obrera Boliviana (La Paz, mayo de 1970).

La bellaquería pequeño-burguesa, olvidando los duros ataques que siempre lanzó contra dicho documento, últimamente ha optado por apropiarse de él; por esto es llegado el momento de recordar a todos que la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana, elaborada siguiendo la línea maestra de la teoría de la revolución permanente, desahuciaba, al mismo tiempo, al nacionalismo de contenido burgués y a las posturas absurdas de los ultraizquierdistas, de los foquistas y de los demócratas-cristianos marxistizantes. Las bases constitutivas de la Asamblea Popular definen a esta organización como "órgano de poder de las masas y del proletariado" y declaran que con ella se inicia el proceso de la dualidad de poderes que conduce a la instauración del socialismo, que será la obra de la clase obrera convertida en gobierno, en su condición de caudillo nacional. En este aspecto la experiencia boliviana resulta excepcional. Los ultraizquierdistas no tuvieron más remedio que aprobar a regañadientes esos documentos constitutivos, a fin de no quedar marginados de la más poderosa organización popular de la historia boliviana.

Puede darse el caso de que un documento programático defina la voluntad de estructurar un soviét y que la criatura nacida a su sombra no sea más que un remedo parlamentario o cualquier otra cosa. Tratándose de la Asamblea Popular la declaración programática correspondió fielmente a las tendencias más poderosas que se agitaban en el seno de las masas que luchaban en las calles y que demostraron el camino de su desarrollo futuro. La Asamblea Popular comenzó repudiando toda forma de parlamentarismo, por considerarla extemporánea, y señaló que tomaba en sus manos la solución de los problemas nacionales y sociales, debiendo recurrir a los métodos propios del proletariado (en cuya base se encuentran la acción directa y la movilización de masas) para lograr la materialización de sus decisiones. En esta medida la Asamblea Popular se convirtió en la más poderosa autoridad, que en cierto momento llegó a ser la única, para la mayoría nacional. Las miradas de los sectores mayoritarios se volcaron hacia ella no solamente en espera de una dirección en la lucha sino de respuesta y solución a todos los problemas emergentes de la vida diaria de los bolivianos.



La Asamblea Popular fue mucho más grande que las más numerosas organizaciones sindicales, pues comprendió a las capas más vastas de las clases sociales bolivianas. La comparación no excluye a la Central Obrera Boliviana y a las organizaciones campesinas, que en 1952 mostraron muchos rasgos propios de los soviets.

No hay que olvidar que esta organización popular apareció en un plano político muy elevado, pues constituye el caso único, dentro de todo el ciclo nacionalista, de un frente de las organizaciones sindicales y populares de masas con los partidos políticos que algo tuvieron que ver con la revolución, lo que ciertamente no supone que todos fuesen obligadamente revolucionarios.

Los Estatutos de la Asamblea Popular, también faccionados y aprobados al margen de lo que pudiesen pensar y desear los ultraizquierdistas, la definen como un frente anti-imperialista revolucionario dirigido por el proletariado, lo que supone que nada tiene que ver con las posibles variantes del nacionalismo de contenido burgués o pequeño-burgués. La miopía estudiantil, enceguecida por los esquemas que arbitrariamente elabora en su cerebro tropical, no percibió que también era la única forma que puede adquirir en Bolivia un viviente frente de izquierdas. Allí estaban actuando, pensando y decidiendo los que ganaron un puesto a través de su lucha diaria o de su estrecha vinculación con las masas obreras o populares.

Claro que las capillas no ingresaron a la Asamblea Popular y de esto hay que felicitar, pues se trató de evitar que las siglas sustituyesen a quienes realmente podían contribuir a la efectivizar la revolución. Pese a que se libraron en su seno grandes batallas políticas e ideológicas, es evidente que la Asamblea Popular no buscaba ni deseaba concluir en un club de discurseadores -en una palabra, no quería ser una variante del parlamento burgués-, su objetivo era actuar como una dirección efectiva de las masas en ascenso revolucionario. Parece que nuestros críticos no percibieron lo que era en la realidad, olvidan que con toda severidad rechazó las provocaciones de los ultraizquierdistas, que siguen creyendo que el grandioso escenario de la transformación social no es más que un café o club de aficionados a las frases altisonantes y vacías de contenido.

Los soviets son tales por su amplitud organizativa y por las funciones que asumen: autoridad indiscutida de las masas, que para éstas son la expresión de su poder y de su tendencia a gobernar al país y no por su ultrismo elitista. La historia enseña que el grado de su belicosidad y de su radicalización depende de qué tendencia política los dirige. Pueden haber soviets moderados e inclusive colaboracionistas con un determinado gobierno, pero no por su reformismo o su espíritu capitulados dejan de ser organizaciones soviéticas.

El error común de los críticos ultristas de la Asamblea Popular consiste en que confunden soviets con extremismo o con insurrección, esto en todos los momentos. La Asamblea Popular, como grandioso canal de movilización de las masas, estaba llamado a convertirse en la cabeza dirigente de la insurrección. En el momento oportuno, es decir, cuando las masas habrían logrado colocarse en situación de disputarle materialmente al gobierno militar el dominio del Estado, correspondía lanzarse la consigna de "todo el poder a la Asamblea Popular"; hacerlo en mayo o junio de 1971, habría importado limitarse a jugar a la pirotecnia verbal, que siempre es intrascendente por mucho cuidado que se ponga en elaborarla. Sin embargo, habría seguido siendo una organización de rasgos soviéticos aun en el caso de haberse convertido en una organización de apoyo y cooperación con el oficialismo. En este último caso, solamente a los infantilistas se les



puede ocurrir negar que es un soviets o resistirse a trabajar en su seno. Lo fundamental radica en que allí están las masas y en que puede -en determinadas condiciones- desarrollarse como órgano de poder; los marxistas lucharán por ganar su dirección y ésta es lucha política y clasista. Los soviets existen, se acomodan o no a nuestro programa y a nuestros deseos, es esto lo que hay que recordarles todos los días a los universitarios que ofician de políticos a la violeta.

La existencia de la Asamblea Popular importó la presencia de una organización que podía materializar la consigna del gobierno obrero-campesino, traerla del plano puramente discursivo al de la realidad. de la lucha política. Pero, ¿en qué momento se podía lanzar el slogan de todo el poder a la Asamblea Popular? Únicamente cuando las masas se hubiesen encontrado realmente colocadas ante la necesidad imperiosa de convertirse en dueñas del Estado. Se logra esto a través de la movilización de masas alrededor de respuestas a la necesidades inmediatas y no agitando frases abstractas.

Los socialcristianos señalan, entre otras, como una de las mayores deficiencias de la Asamblea Popular "la atomización y falta de unidad de las fuerzas de izquierda". Las escisiones, la falta de unidad y la relativa debilidad temporal de las fuerzas de izquierda en general es un fenómeno integrante del proceso de estructuración del movimiento marxista. No es paradójico decir que las escisiones son también caminos de estructuración del partido revolucionario. Antes de pensar en unirse con otros es preciso delimitarse con claridad frente a ellos, como exigía Lenin.

En Bolivia no se trataba de meter a moros y cristianos en la misma bolsa, sino de ganar a las masas para el programa político probado por la historia. Ese era el camino de la verdadera unidad, No era el problema de convenir acuerdos capituladores con los ultraizquierdistas de la pequeña-burguesía, sino de arrastrar a todas las tendencias que así lo consintiesen detrás del programa revolucionario del proletariado. La unidad en abstracto, sin condiciones, no nos sirve de nada y puede inclusive desembocar en la contrarrevolución, tiene que comprenderse con claridad que trabajamos por unir a los grupos y masas de explotados alrededor de la política revolucionaria marxista. Esto se hizo en la Asamblea Popular y de esto no se dieron cuenta los aventureros, lo que es ya una tremenda desgracia para ellos.

LOS DOCUMENTOS PROGRAMÁTICOS

Dos documentos básicos sirvieron, según consta en declaraciones expresas, de base programática a la Asamblea Popular. Nos estamos refiriendo a la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana y a las llamadas Bases Constitutivas. Tales programas llevan a su punto culminante la estrategia fijada en el memorable congreso minero de Pulacayo³; la instauración del gobierno obrero y del socialismo partiendo de la situación real del país (la postergación o cumplimiento a medias de las tareas democráticas) y del nivel

³ Uno de los grandes méritos del Partido obrero Revolucionario consiste en haber sido la primera organización partidista en Bolivia y también en Latinoamérica que sostiene de manera consecuente la estructuración del gobierno obrero-campesino, esto cuando los otros "marxistas" se aferran tercamente a la revolución por etapas, a la tesis de que los países latinoamericanos han madurado únicamente para la revolución democrático-burguesa o para la "dictadura democrática de obreros y campesinos".



alcanzado por el proceso de evolución de la conciencia de clase del proletariado. Las discrepancias tácticas solamente eran permitidas, según rezan los Estatutos, dentro de este marco estratégico.

Acertadamente se ha subrayado que el rasgo más importante de la Asamblea Popular consistía en la preeminencia del proletariado como dirección política, no se trata únicamente de que el sesenta por ciento de los delegados hubiesen sido enviados por las organizaciones asalariadas, sino de que su orientación política fue impuesta por el proletariado. Se trata de un hecho decisivo, porque abre la perspectiva de la lucha por el socialismo, como tarea inmediata y no relegada a las calendas griegas. Los documentos programáticos de la Asamblea Popular concluyeron convirtiéndose en chaleco de fuerza para los partidos universitarios y para los ultraizquierdistas, que debían someterse a ellos si deseaban permanecer en su seno. La actitud de ellos es explicable cuando hablan de la necesidad de crear nuevos instrumentos revolucionarios y de forjar una futura e hipotética unidad de las fuerzas de izquierda, así están expresando su deseo de agrupar a fuerzas políticas y populares alrededor de las ideas foquistas y ultraizquierdistas, el que no hayan logrado materializar sus sueños es una gran suerte para el porvenir de la revolución ⁴.

Los social-cristianos han expresado por escrito su extrañeza por la "escasa representación de los campesinos (en la Asamblea Popular), los que siendo más de la mitad de la población tienen solamente más del diez por ciento de participación ⁵.

Esto refleja lo que será una de las grandes debilidades de esta Asamblea Popular y del conjunto de la izquierda boliviana: "su incapacidad para lograr el fortalecimiento de la alianza obrero-campesina". Lo transcrito pone al desnudo la verdadera naturaleza del ultraizquierdismo pequeño-burgués y demuestra que su "radicalismo" conduce nada menos que a la contrarrevolución. Tratándose del campesinado, la posición de los demócratas cristianos es semejante a la adoptada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, la última carta del imperialismo norteamericano. Lo decisivo para estas gentes es un criterio puramente demográfico, descubrir dónde se encuentra la mayoría de la población. Así la política queda reducida a la primera operación aritmética y no habrá necesidad de ocuparse de la mecánica de la lucha de clases, que supone tener en cuenta el proceso de la producción dentro de la economía mundial. Movimientistas y socialcristianos llegan a una conclusión por demás simplista, aunque sus consecuencias políticas estén lejos de ser tan simples: los campesinos siendo la mayoría de la población deben también ser la mayoría en las organizaciones populares como la Asamblea Popular. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, cuando procuraba seriamente aplastar el despertar obrero contra su orientación derechista y antinacional, llevó este mismo criterio al campo electoral: un voto para cada ciudadano (expresión del prejuicio jurídico de la igualdad ante la ley) y de esta manera la, decisión de las elecciones quedaba en manos de la mayoría campesina y la voluntad y pensamiento del proletariado, la clase revolucionaria por excelencia también en la atrasada Bolivia, quedaban totalmente sepultados por la gris y rezagada masa campesina.

Si la Asamblea Popular aplicase criterio tan peregrino concluiría siendo dirigida por

4 La Asamblea Popular no supone solamente unidad de los partidos en un organismo superior, sino el frente de las entidades políticas con los sindicatos masivos y populares. Este frente debe entenderse como el frente antiimperialista revolucionario.

5 Demócratas Cristianos y Maoístas solicitaron para la Confederación Campesina Independiente una mayor representación en la Asamblea Popular, esgrimiendo el argumento de que la masa indígena es la mayoría de la población.



los campesinos y no por la clase obrera, pues creemos que no se trata de elevar el número de delegados del diez al veinte o treinta por ciento, de esta manera se habría convertido de organización revolucionaria en i conservadora y proburguesa. La dirección campesina de la Asamblea Popular no podría menos que suponer el abandono del programa de la Central Obrera Boliviana como programa de aquella entidad, que es, en realidad, lo que buscan los pequeño-burgueses de todo pelaje. Entonces, ;cuál será la finalidad política de una Asamblea Popular con mayoría de delegados campesinos? No puede ser otra que la instauración de una sociedad de pequeños propietarios, cuyo posterior desarrollo no tendría más salida que el capitalismo. Sabemos perfectamente que en nuestra época no hay lugar para semejante "revolución" y que la sociedad campesina importaría un descomunal retroceso de la historia.

En los últimos meses se ha hablado en Bolivia con mucha insistencia acerca de la necesidad de una revolución puramente india, destinada a instaurar un gobierno y una sociedad también indios. Aparentemente se trataría de una postura extremadamente radical, pese a su innegable tinte racista, pero, conforme ha denunciado el desarrollo de los acontecimientos, la consigna fue acuñada y lanzada por los sectores reaccionarios del oficialismo y por elementos vinculados con el imperialismo. El movimiento campesino puro, si es que realmente existe, reniega del propio gobierno obrero, por considerar que se trata de una simple versión renovada de la dictadura de los blancos o cholos sobre los indios. Como justificadamente se considera el sector humano mayoritario del país, llega a la conclusión de que tiene el derecho "racial" de dirigir la revolución. De esta manera se crea un profundo abismo entre los explotados de las ciudades y del agro y se coloca .a la actual sociedad patas arriba, desde el momento que se sienta la peregrina tesis de que. es el campo el que dirige a las ciudades y no a la inversa.

Para llegar a esta conclusión es preciso partir del supuesto falso de que Bolivia no tiene nada que ver con el capitalismo mundial y que se desarrolla de manera totalmente autónoma. La reacción ha utilizado la voz de orden de la revolución indígena pura para lograr, por lo menos temporalmente, el choque entre los dos sectores sociales que son naturalmente aliados en el proceso revolucionario. Los ultraizquierdistas en el seno de la Asamblea Popular también utilizaron argumentos semejantes para combatir a lo que hasta ahora llaman una ilógica hegemonía proletaria en un país dominado demográficamente por los campesinos. En ambos casos se trata de una postura contrarrevolucionaria, no otra cosa es el intento de mediatizar la conciencia del asalariado mediante el tremendo peso numérico de los campesinos.

La ultraizquierda demuestra no saber en qué consiste la alianza obrero-campesina. Debemos dejar claramente establecido que siempre hemos sostenido que en un país como Bolivia resulta inconcebible la revolución proletaria al margen o a espaldas de las masas campesinas y de los sectores mayoritarios de la clase media, que ciertamente son las capas más explotadas, porque no sería otra cosa que una insurrección hecha por una minoría contra la mayoría nacional, algo inconcebible. Algo más, según la revolución permanente, para nosotros concebida no como una simple postura especulativa sino como la enseñanza emergente de la historia, serán las masas campesinas las que lleven al poder al proletariado, independientemente de que después ambos sectores sociales discrepen en su orientación. Así el atraso del país motoriza el proceso revolucionario.



La masa campesina es, ni duda cabe, la mayoría de la población del país, pero permanece enclavada en la comunidad indígena que atraviesa un activo proceso de desintegración, en la pequeña parcela, de esta realidad arrancan sus vinculaciones con la propiedad privada, en fin, se mueve en una economía natural; de este hecho objetivo nacen sus limitaciones y sus características más notables.

Desperdigada a lo largo y a lo ancho del país, atomizada en miles de pequeñas comarcas, escindida por milenarias enemistades gentilicias, permanece sin comunicación mutua; no tiene posibilidades de generalizar la rica experiencia de sus luchas y, por tanto, de asimilarlas críticamente, que constituye la viga maestra del proceso de politización. El campesinado, que en realidad es una superposición de capas sociales y de nacionalidades diversas, sufre las tremendas consecuencias del atraso del país y de su bajísimo nivel cultural.

Dadas estas circunstancias resulta utópico esperar que la masa indígena adquiera conciencia de clase y se convierta en partido político, si esto ocurriese lo correcto sería luchar por el gobierno y la sociedad campesinos y relegar a un segundo plano al proletariado. Lo que en realidad busca la ultraizquierda pequeño-burguesa es modelar a la masa campesina a su imagen y semejanza y convertirla en instrumento dócil en sus manos y en este terrero, nuevamente, se confunde con los planteamientos nacionalistas. A esto llaman los partidos universitarios concientizar -un concepto y una práctica tomados de la iglesia)- al pueblo. Para estos presuntos populistas se pierden las diferencias cualitativas de clase entre proletariado y campesinado y por esto se detienen con preferencia en consideraciones puramente demográficas y hasta folclóricas.

La alianza obrero-campesina constituye el cimiento mismo de la estrategia revolucionaria en un país como Bolivia. Mas, sería una posición antimarxleninista-trotskyista decir que se trata de un pacto formal entre dos potencias iguales o entre el campesino considerado como primera fuerza revolucionaria y el proletariado como una fuerza de relleno, porque siguiendo este razonamiento llegaríamos a la conclusión de que la revolución debe estar dirigida por la vasta masa nativa.

La alianza obrero-campesina quiere decir que la clase obrera, numéricamente minoritaria y políticamente preeminente, arrastra -utilizamos deliberadamente este término-, detrás de sí a la mayoría campesina. Es posible que esto ocurra porque los hambrientos del agro, buscando resolver sus problemas diarios, no encuentran ninguna otra dirección de más confianza que su aliados naturales de las ciudades. La reforma agraria "democrática" del Movimiento Nacionalista Revolucionario parceló en exceso la propiedad de la tierra o legalizó su tendencia por parte del sayanero⁶, pero no resolvió los problemas descomunales emergentes de la miseria y del primitivismo tecnológico.

Los campesinos, conforme enseña la historia, vuelven una y otra vez a actualizar su tradicional lucha junto a los más grandes y combativos sindicatos obreros. A esta altura del debate dentro de las filas marxistas resulta ocioso insistir que no existen posibilidades para una política independiente y consecuente del campesinado y sus actitudes revolucionarias, admirables por su heroicidad y persistencia, solamente

⁶ Se llama sayaña a la parcela del pequeño propietario o a la que le entregaba el latifundista al colono.



pueden formar el telón de fondo de las revoluciones burguesas o proletarias ⁷.

Los que sueñan con llevar la conciencia clasista y la politización a los campesinos desde afuera y totalmente elaborada y empaquetada, no pasan de adoptar posiciones totalmente subjetivistas. Hay que recordarles por qué razones la masa indígena no ha asimilado las experiencias de su lucha milenaria contra sus explotadores y opresores de todo tipo. Para ella se ha perdido, inclusive, la rica enseñanza de la revolución federal (1898-1899).

Desgraciadamente la evolución de los diferentes sectores campesinos sigue un ritmo muy diferente al del proletariado, panorama que se agrava en extremo al constatar que una comarca del agro se mueve de manera muy diferente a las restantes. En 1971 tuvo lugar el último congreso campesino auspiciado por el oficialismo, bajo la poderosa presión de la radicalización de todo el país y no pudo escapar a su influencia que resultó decisiva. El famoso pacto militar-campesino (firmado durante la presidencia del general René Barrientos Ortuño) no pudo ser ratificado expresamente, pero tampoco hubo claridad en su desconocimiento, con todo quedaba abierta la perspectiva de su futura evolución independiente frente al oficialismo. Los asesores del gobierno, empeñados como estaban de impedir la coordinación de movimientos entre las huestes proletarias y campesinas, recurrieron al extremo de lanzar la consigna de la revolución puramente india, como parte de la maniobra destinada a debilitar a la vanguardia revolucionaria obrera.

El aparato burocrático sindical y pro-oficialista se estaba desmoronando a la vista de todos, pero todavía no surgía con nitidez una nueva y poderosa Confederación Campesina, que podía nacer únicamente como resultado de una vigorosa movilización y radicalización masiva de las capas más amplias del campesinado, proceso que estaba comenzando a operarse, pero que no llegó a un alto nivel político.

Es en estas condiciones que se estructura la Asamblea Popular y por esto mismo solamente logra ingresar a su seno una pequeña vanguardia campesina -en alguna forma controlada por los maoístas- que pasó por la prueba de la lucha contra los gobiernos de turno. Los partidos supuestamente "marxistas" -guiados siempre por su inveterado oportunismo- sostenía que esa minoría era ya el campesinado boliviano actuando en la Asamblea Popular. El POR le obligó a retornar a la tierra al recordarles que la mayoría campesina comenzaba a vivir su ruptura con el gobierno. Los acontecimientos del 21 de agosto ratificaron esa línea. La Asamblea sentó las bases de la alianza obrero-campesina, repitiendo lo que hizo la COB después de 1952.

La vanguardia marxista sostiene que el gobierno obrero estará directamente asentado en la mayoría campesina y actuará a través de las organizaciones de ésta.

⁷ Allí donde han aparecido partidos campesinos, éstos no han sido más que grupos pequeñoburgueses urbanos o se han sumado francamente al partido obrero. Nos estamos refiriendo al ejempló viejo de los social revolucionarios rusos o a los brotes contemporáneos que se conocen en el Ecuador, Perú, etc.



CAPÍTULO II

ASÍ SE ESTRUCTURO LA ASAMBLEA POPULAR

La naturaleza y proyecciones de las organizaciones socio-políticas están determinadas por los objetivos para cuyo cumplimiento ha madurado la clase obrera; debe pues comenzarse por señalar dónde se encuentra ésta.

Lenta y persistentemente el proletariado boliviano, educado en la dura escuela de sus luchas diarias (a veces sólo económicas), de sus victorias y de sus derrotas, fue estructurándose como clase, revelando sus intereses históricos y delimitando con claridad sus contornos frente a las otras clases sociales y emancipándose ideológica y organizativamente de direcciones políticas que le eran extrañas. Así se fue estructurando su conciencia de clase, que para el más profano de los observadores se manifiesta por la radicalización y alto nivel político del proletariado, en este terreno el más avanzado de América Latina.

La estructuración de la clase obrera boliviana no solamente que es un largo proceso social sino que es, en cierta manera, consecuencia de rasgos históricos particulares, entre los que deben anotarse la ausencia de un fuerte partido stalinista la extrema agudeza de las contradicciones clasistas, la falta de tradiciones socialdemócratas, anarquistas, etc.

La independencia ideológica y organizativa del proletariado, vanguardia de los mineros, y la orientación hacia la lucha por el socialismo y la estructuración del gobierno obrero-campesino, vale decir, la fisonomía trotskysta de la clase aparecen inconfundibles a fines de la cuarta década de nuestro siglo. En 1946 es lanzada la famosa Tesis de Pulacayo, que define el porvenir del proceso revolucionario nacional y cuya influencia repercute más allá de la Cordillera de los Andes. No sólo la clase obrera sino el país todo se movilizan hacia la revolución de 1952, teniendo como punto de referencia la Tesis de Pulacayo, que obliga al Movimiento Nacionalista Revolucionario a disfrazarse de marxista para poder ganar influencia en el seno de las masas. En abril de 1952 se inicia el ciclo nacionalista de contenido burgués, que parece cerrarse con la actual dictadura fascista de los coroneles Banzer-Selich, que tan obsecuentemente sirven al imperialismo norteamericano.

En las jornadas de Abril de 1952 la mayoría nacional, comprendido el proletariado, oscila profundamente hacia el nacionalismo movimientista. El Movimiento Nacionalista Revolucionario fue indiscutiblemente el más grande partido popular que ha conocido Bolivia. No pocos "marxistas" razonaron entonces que el nacionalismo pequeñoburgués, porque en su seno se encontraban casi todos los obreros y campesinos, estaba llamado a consumir la liberación nacional y construir el socialismo. El pablismo Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, ese ridículo remedo del trotskysmo, desarrollo la tesis peregrina de que la izquierda del movimientismo, el entonces poderoso lechinismo, era ya el partido obrero y que pretender organizar otro de acuerdo a los cánones bolcheviques era nada menos que perder el tiempo. Los políticos profesionales se



quebraron definitivamente al capitular frente a las posiciones pequeño-burguesas e insensiblemente se fueron deslizado hacia posiciones francamente pro-imperialistas. Las masas vivieron a su modo su propia experiencia en el seno del que creyeron que era su partido y que podía llevar a la práctica las conclusiones de la Tesis de Pulacayo.

Después de muchos sinsabores y traiciones, los explotados y oprimidos comenzaron a diferenciarse política del gobierno y de las direcciones del Movimiento Nacionalista Revolucionario, esto a partir de 1956 (fecha en la que se impuso al país el proimperialista plan de estabilización monetaria, elaborada por mister Eder). Una serie de posiciones, congresos y de documentos políticos-programáticos van jalando los progresos que hicieron las masas en su marcha anti-movimientista, siendo uno de los puntos más visibles el congreso minero de Colquiri-San José en 1958. En ese momento los mineros ganaron las calles para librar batallas decisivas contra el oficialismo movimientista y volvieron a subrayar la urgencia de luchar con los fusiles en las manos por el gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado). El Movimiento Nacionalista Revolucionario estaba siendo batido desde la izquierda por el proletariado y por esto mismo perdió el apoyo del Departamento de Estado de EE.UU.

La lucha revolucionaria, siguiendo los caminos tortuosos de la clandestinidad, continuó enfrentándose con el régimen fascista del general René Barrientos Ortuño -títere del Pentágono norteamericano- y del reformismo chirle del general Alfredo Ovando Candia. Solamente así puede explicarse que el Cuarto Congreso de la Central Obrera Boliviana hubiese adoptado una osada tesis política, que prácticamente constituye el punto culminante del reencuentro de las masas con el programa adoptado por el congreso minero de Pulacayo.

Para la ultraizquierda imbécil la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana de 1970 aparece como obra de un milagro hecho por el Divino Hacedor -para evitar discusiones infantiles usados las mayúsculas para referirnos al de arriba-que sería la afirmación de la "voluntad del proletariado de luchar autónomamente por el poder". La conclusión es por demás pedestre.

Con la elevación de la conciencia de clase del proletariado se fue forjando una vanguardia revolucionaria, que llegó a ser carne de la carne de los explotados, así quedó plasmada una tradición y una historia, que nada tienen que ver con la ultraizquierda foquista y pequeño-burguesa, que ha sido desmentida tajantemente tanto en el plano programático como en el de las realizaciones.

Así como la Tesis Política de la Central Obrera Bolivia y su antecesora, la llamada Tesis de Pulacayo, no cayeron del cielo, tampoco la Asamblea Popular apareció por milagro, como suponen todos los que con la boca abierta se enfrentan con un fenómeno que se les antoja inexplicable.

La clase trabajadora, habiendo ganado a lo largo de su historia el derecho de ser la dirección política tanto de las masas oprimidas y explotados como de la nación sojuzgada por el imperialismo colonizador, maduró para hacer posible la elaboración del documento programático de la Central Obrera Boliviana y el nacimiento de la Asamblea Popular.



Quien no ha vivido este proceso en el seno de los explotados no está debidamente capacitado para comprender su significación y menos para descubrir las tendencias poderosas de la historia que se agitan en ellos.

ANTECEDENTES

En la Tesis de Pulacayo están ya contenidas las grandes líneas políticas animadoras de la Central Obrera Boliviana y de la misma Asamblea Popular. Los documentos de estas dos poderosas organizaciones recapitulan, casi letra por letra, el contenido del más grande programa político de los explotados bolivianos. No tiene la menor importancia que los intelectuales pequeño-burgueses, vacuos y presuntuosos, se pasen las noches en vela buscando las limitaciones de lo que ya han hecho las masas, este trabajo insubstancial no puede en manera alguna obligar a la historia a volver sobre sus pasos para hacer las cosas mejor de lo que ya están hechas.

Las perspectivas y posibilidades de desarrollo de la Asamblea Popular sólo pueden comprenderse debidamente a la luz de la Tesis de Pulacayo. La clase obrera marcha hacia la estructuración del gobierno obrero-campesino y del socialismo y no a ninguna otra parte. Si en esta lucha las masas han creado con sus manos la Asamblea Popular y las han sacado de sus propias entrañas, es claro que se trata de un producto del propio desarrollo histórico y de un instrumento destinado a efectivizar la conquista del poder político. No son los teóricos, los intelectuales y los politiqueros profesionales los que sacan de sus laboratorios o de sus cabezas a una organización perfectamente estructurada para conquistar a los explotados; contrariamente, la creación de estos últimos es desvirtuada por los teorizadores. Nada de esto desmiente el papel fundamental jugado en este proceso por el Partido Obrero Revolucionario trotskysta. Las masas y particularmente la clase obrera han madurado hasta hacer posible el nacimiento de la Asamblea Popular y si esto es así es también evidente que la han puesto en pie por su afán de materializar sus objetivos del momento, siendo el mayor de ellos la estructuración del gobierno de obreros y campesinos, la dictadura del proletariado.

Entre los antecedentes relativamente lejanos de la Asamblea Popular, imponente por tantas razones, tenemos a la Tesis de Pulacayo y a la propia Central Obrera Boliviana. Esta última organización, inmediatamente después de la revolución de 1952, rebanó en mucho los límites puramente sindicales y englobó en su seno a casi la totalidad de la población (campesinos, estudiantes, pequeño propietarios, comerciantes, inquilinos, etc) y actuó como un verdadero frente antiimperialista, como poder obrero, en constante oposición al oficialismo, que ideó muchas imposturas para dar la impresión de que estaba aliada con la COB.

La historia enseña que este período de dualidad de poderes se resolvió en favor del gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario, del nacionalismo de contenido burgués, que concluyó controlando burocráticamente a las organizaciones sindicales y populares, gracias a los servicios que le prestó el señor Lechin y la momentánea depresión de las masas.



Durante este período proliferan los erróneamente llamados sindicatos campesinos, que ciertamente no tienen nada que ver con el sindicalismo, tradicional, y que no son más que amplísimas organizaciones -extrañas a la relación obrero-patronal- que engloban a toda la población de una zona, que toman en sus manos la solución de los problemas cotidianos, que designan y destituyen autoridades, que reparten la tierra, disuelven matrimonios y fusilan a los que consideran enemigos del campesinado.

Estamos en presencia de verdaderos soviets y no puede haber la menor duda al respecto. La más amplia democracia que imperaba en las organizaciones campesinas del pasado -los problemas eran resueltos por descomunales asambleas- es ahora solamente parte de la tradición, con mucha facilidad se han burocratizado las direcciones sindicales, en la misma medida en que las bases han dejado de luchar y vigilar a los caudillos y los caciques locales han usurpado el nombre y la dirección de los "sindicatos campesinos", con la finalidad de traficar con ellos.

Todo lo anterior ha sido dicho para demostrar que la Asamblea Popular entroncó en estas tradiciones de tipo soviético que existían ya en el país, lo que ha hecho es elevarlas al más alto nivel organizativo y político.

Los rasgos que hemos señalado de la nueva entidad no son ninguna novedad y sí solamente la reactualización y superación de lo que ya era tradición. La novedad y particularidad se refiere a la gestación y nacimiento de la Asamblea Popular.

DEL COMANDO POLÍTICO A LA ASAMBLEA POPULAR

En octubre de 1970 estalló el golpe fascista destinado a derrocar y reemplazar al titubeante y capitulado del general Alfredo Ovando Candia. El caudillo visible de la conspiración era el general Miranda, prácticamente mentor de los actuales dictadores de Bolivia.

El general Ovando, que había debutado como populachero y democratizante, concluyó adoptando medidas francamente antiobreras, y proimperialistas. Sus actitudes más osadas fueron las de llevar a su gabinete a los atrevidos y ambiciosos jóvenes nacionalistas que se habían tornado visibles por su oposición al general Barrientos y decretar la nacionalización de la empresa norteamericana Bolivian Gulf Oil, aunque no se atrevió a derogar el famoso Código Davenport, elaborado por los yanquis para hacer posible su control de toda la riqueza petrolífera. Todas estas medidas fueron adoptadas para poder ganar el apoyo político de las masas.

Lo hecho por Ovando, además de marcar el inicio de la primavera democrática, que tendrá una existencia tortuosa y breve, alentó a los trabajadores a fortalecer a sus organizaciones y a enarbolar sus propias banderas, lejos de prestar incondicional apoyo al reformismo que astutamente desarrollaba el presidente de la república. La derecha gorila ejerció una poderosa presión sobre el general Ovando y logró doblegarlo, cuando se tornó inservible llegó la hora trágica de su caída.



La clase obrera estaba prácticamente saliendo recién de la larga y lóbrega noche del barrientismo y no era posible, en octubre de 1970, decir con certeza si su temor a la represión había sido reemplazado por la osadía y la voluntad de ganar las calles. Con toda seguridad, que esta modificación en la conciencia de las masas se produjo recién en el transcurso de las jornadas de octubre.

Depuesto incruentamente el general Ovando, se organizó como gobierno un triunvirato gorila. Los sectores de izquierda del ejército -que debe entenderse como la izquierda del ejército nacido en las entrañas del movimientismo y por designio de Estados Unidos de Norte América- y los civiles nacionalistas se agruparon alrededor del entonces general sin mando Juan José Tórres, que se proclamó presidente y convirtió en su cuartel general a El Alto de La Paz, sede de la aviación.

Es en este momento histórico que aparece la organización aglutinadora denominada Comando Político del Pueblo y de la Central Obrera Boliviana, antecedente inmediato de la Asamblea Popular. Entre ambas organizaciones existe una continuidad orgánica no interrumpida en ningún momento. El Comando Político sesionaba en el Aula Libre de la universidad paceña (UMSA), nació por voluntad de los delegados de las organizaciones sindicales, populares y de los partidos políticos que en ese momento se encontraban combatiendo contra el golpe gorila. Su finalidad confesa era la de constituirse en dirección política de las masas en ese momento tan difícil del proceso político. Actuaba, en realidad, como un parlamento popular y a nadie se le ocurrió que pudiese deliberar y ejecutar sus propias decisiones.

A posteriori, muchos críticos y entre ellos los infaltables ultraizquierdistas, han teorizado alrededor de que en octubre de 1970 se perdió la oportunidad de que las masas tomaran el poder. En realidad, era el tema fundamental de las discusiones cómo contener y rechazar el golpe fascista, que el hombre de la calle acertadamente calificó de retorno al barrientismo y a las masacres del pueblo. Si a alguien se le hubiese ocurrido lanzar la consigna de la conquista del poder en ese momento habría pasado de enfermo mental, era demasiado grande para el espíritu dominante en el serio de las masas, éstas aún no sentían la necesidad de estructurar su propio gobierno de manera inmediata.

Fue decretada la huelga general buscando la renuncia del famoso triunvirato fascista (generales Guachalla, Sattori y Albarracín). Para las direcciones sindical y política la medida era prácticamente un salto en el vacío, nadie podía asegurar la victoria de la huelga. Se produjo un cambio cualitativo en la conciencia de las masas y la huelga política fue un éxito tan grande que pocas veces se vio un acontecimiento de tan descomunales dimensiones. El triunvirato renunció y Tórres vio allanado el camino para llegar hasta el Palacio Quemado. En el seno del Comando Político se libró una áspera batalla alrededor del problema de si la clase obrera debía alinearse detrás del general Tórres o no. Nacionalistas y stalinistas formularon la necesidad de apoyar incondicionalmente al general rebelde y proclamarlo presidente del pueblo, fieles a su colaboracionismo preparaban las condiciones para ingresar al seno del mismo gobierno. La izquierda marxista luchó por mantener la independencia política de las masas y su concentración alrededor de sus propias consignas, cosa que, en último término, se logró. La cuestión no aparecía muy clara porque los mismos acontecimientos habían colocado a Tórres y a las masas en la misma trinchera frente a la conspiración fascista, como componentes de un frente tácito.



Sindicatos y direcciones políticas se orientaron a buscar armas para el pueblo, pidiéndoselas al general que había comenzado a dialogar telefónicamente con el Alto Mando de Miraflores, sede de los facciosos fascistas. Todos estaban seguros que el amigo del general Alfredo Ovando, al verse colocado en situación sumamente difícil, cosa por demás evidente, no tendría más camino que armar el pueblo, para fortalecerse así de manera indirecta. La esperanza de que el enfrentamiento de los sectores castrenses en pugna permitiría armarse a las masas, se alejaba más y más, porque era decisión de los generales, por encima de todas sus diferencias políticas y sus ambiciones personales, mantener la unidad del ejército, evitar el derramamiento de sangre y arreglar los problemas políticos dentro del concepto institucionalista, entendiendo a éste como la defensa, por encima de todas las cosas, de la integridad de las fuerzas armadas. Torres trataba a sus opositores como a sus hermanos caprichosos y sostenía invariablemente la necesidad de un entendimiento con ellos. Sería absurdo concluir que esta actitud se debía a la ingenuidad de los generales de tal o cual bando, tenían, contrariamente, plena conciencia de que el pueblo armado acabaría con el ejército. Este temor dominará a Torres durante todas las crisis políticas futuras. Educados en esta experiencia, los explotados se encaminaron a armarse por su propia cuenta.

Torres, buscando fortalecer a su naciente gobierno, ofreció al Comando Político el 25% de ministerios de su gabinete. La discusión desencadenada sobre este problema fue seguramente una de las más importantes, pues definió el porvenir de la clase obrera y de las masas. Nacionalistas y moscovitas estaban prestos a aceptar la propuesta presidencial, que la consideraban muy generosa. La propuesta del co-gobierno no impedía que el general Torres, y su equipo mantuviesen en sus manos los resortes del Poder Ejecutivo (Ministerios del Interior, Finanzas, COMIBOL y demás entidades autárquicas). La clave de la cuestión radicaba en que la incorporación de la clase obrera al seno del gobierno nacionalista pequeño-burgués la identificaba con él, la obligaba a abandonar sus propias banderas, a levantar otras ajenas y, esto lo más grave, a cerrar la perspectiva de la estructuración de su propio gobierno. Los demócrata-cristianos equivocadamente sostienen que la clase obrera fue cogobernante en algún momento del régimen movimientista, olvidando que para que esto ocurriese habría sido necesario que el partido político del proletariado se hubiese sentado junto al MNR, cosa que no sucedió en momento alguno. De mala fe se llamó co-gobierno a la componenda en las cumbres del Estado de los sectores movimientistas-lechinistas, en ese momento la izquierda del partido pequeño-burgués, con el centrismo paz-estensorista.

Los esfuerzos de Torres por ganar el apoyo de las masas o por ganar posiciones frente a sus oponentes militares partiendo de este apoyo, no pararon en los ofrecimientos del co-gobierno, sino que llegó a ofertar al Comando Político la mitad de los ministerios, aunque defendió tercamente su derecho de tener a sus hombres de confianza en los puestos claves. A los "marxistas" les resultó imposible lograr el rechazo de proposición tan tentadora y que comenzó a hacer perder la chaveta a los políticos profesionales. Una de las fracciones fundamentales (FARO) del futuro Partido Socialista fue prácticamente absorbido por el gobierno a través de este canal. El aparato gubernamental no se agota en los ministerios sino que forman parte de él los ingentes recursos y medios económicos y materiales. Por esta razón, sin olvidar la importancia que tiene la tremenda presión de las clases extrañas al proletariado sobre los elementos que se emancipan relativamente de sus bases, existía el temor de que los inicialmente portavoces del Comando Político concluyesen convirtiéndose en cabezas de puente del oficialismo en el seno de las organizaciones masivas, era imposible olvidar tan fácilmente la experiencia negativa que en este terreno se tuvo durante los gobiernos



movimientistas. Por extraño que parezca, se pudo contener a la tendencia oportunista y hacer aprobar con el Comando condiciones que prácticamente arrancaban a los ministros del control presidencial: los ministros serían designados por la organización popular, serían portadores de mandato imperativo y cuyo ejercicio se revocaría en cualquier momento, al lado del ministro actuarían un comisario político, etc. Sin embargo, no pudo realizarse plenamente el ensayo, porque el Presidente Torres retiró su ofrecimiento con el argumento (se trataba, en realidad, de una falsedad) de que las guarniciones militares se habían levantado en armas por considerar que el Presidente se había convertido en comunista. Creemos que los extraños ofrecimientos de dejar en manos del Comando el control ministerial no tenía más finalidad que ganar fuerza para presionar sobre el Alto Mando Militar, cosa que logró exitosamente el general Torres. Más tarde, y esta vez también falseando los hechos, Torres ha indicado que no hubieron ministros obreros porque el Comando tardó mucho en designarlos. ¿Todo era cuestión de horas?

En octubre a nadie se le habría ocurrido plantear que el Comando se convirtiese en órgano de poder obrero o cosa parecida, los más radicales pensaban que debía estabilizarse, algunos hablaron de institucionalizarlo como parlamento popular, que lo más que habría hecho hubiera sido fiscalizar los actos del nuevo gobierno. El impetuoso desarrollo de los acontecimientos virtualmente arrolló todos estos sueños semilegalistas y francamente colaboracionistas.

Octubre de 1970 marca el punto de arranque de la radicalización, movilización y organización de las masas. Ni la huelga política ni la victoria lograda en las calles (aunque no se hubiese tomado el poder) fueron inútiles. Se dio un gigantesco paso político hacia adelante y fue posible crear la Asamblea Popular.

Fue suficiente que transcurriesen setenta días para que se modificase totalmente la fisonomía de las masas. El gobierno anunció que el diez de enero de 1971, se había descubierto un complot fascista (la derecha gorila no dejó de conspirar un solo minuto, pero el gobierno a veces decía haber descubierto complots con fines totalmente subalternos y para obligar a algunos sindicatos a pronunciarse en su favor). Las masas rápidamente dieron su respuesta: ganar las calles para aplastar a los fascistas y lanzarse a estructurar el gobierno propio de los trabajadores, lo que suponía superar políticamente al débil régimen torrista. Los mineros, armados de dinamitas y de unos pocos fusiles, se lanzaron hacia La Paz, que virtualmente fue ocupada por ellos. La masa ululante se apostó en la histórica Plaza Murillo y entabló un acre diálogo con el Presidente de la República. Las consignas dominantes eran "armas al pueblo", "gobierno obrero", "viva el socialismo", "fusilamiento de los gorilas", "desarmar al ejército", etc. Torres pronunció un titubeante discurso, lleno de contradicciones y muy difícilmente pudo hacerse entender en medio de las protestas, los silbidos y las risotadas. Cuando en cierto momento, buscando ganar algunos aplausos ofreció la participación popular en el gobierno, los trabajadores le respondieron que ellos exigían un gobierno obrero y la implantación del socialismo. Es un hecho lleno de sugerencias el que los demócrata-cristianos cuando se refieren a estos acontecimientos (y no hay más remedio que mencionarlos si uno quiere ubicarse en el desarrollo del proceso político) oculten obstinadamente que el grito dominante de las masas era la demanda del gobierno obrero. Es esta consigna la que más les asusta; ellos quieren la instauración de su propio régimen con adornos populistas, con adornos obreros y campesinos.



Al día siguiente un otra manifestación de trabajadores fabriles y sectores de la clase media de La Paz, subrayó las demandas expresadas de manera tan vehemente por los mineros. Torres sólo atinó a decir que si el pueblo quería el socialismo así se haría. Parece que nadie tuvo el acierto de recordarle que el socialismo sólo podía ser construido por los obreros desde el poder.

Estos hechos palpables más que todas las teorías y los esquemas que bullían en la cabeza de los intelectuales convencían que se fisonomizaba con nitidez una poderosa corriente en el seno de las masas y que sería ella la línea maestra de su inmediata evolución: la urgencia de marchar hacia la conquista del poder estatal. Era tarea impostergable, porque obedecía a una necesidad histórica estructurar organismos capaces de canalizar y potenciar mucho más esta tendencia. Así y para esto nació la Asamblea Popular. Después de las jornadas de enero surgió de una manera natural, el planteamiento de modificar cualitativamente el Comando Político, más que en su forma de representación, en sus finalidades. Si en octubre apenas se podía esperar que el Comando se convirtiese en una forma de parlamento popular, después de enero de 1971 sólo podía ser, para ser fieles con la revolución, un órgano de poder, como anticipo del futuro gobierno obrero-campesino.

Se habla mucho de que la Asamblea Popular no era expresión fiel de las bases obreras, de que no estaba vitalmente ligada a ellas o de que en su serio no imperaba la democracia. Todos estos reproches no tienen razón de ser. Ninguna otra organización tuvo representación más genuina de las capas más vastas de las masas.

Los delegados eran elegidos en asambleas y por voto directo, llevaban mandato imperativo de las bases y sus gastos eran costeados por su organización (ésta es una de las razones por las cuales el período de deliberaciones era sumamente breve). Puede ser que el proceso de designación de delegados se hubiese movido pesadamente, era el precio que se pagaba por el afán de contar con una representación genuina de la voluntad de las bases. Organizaciones intermedias (Asambleas Populares regionales y en los lugares de importancia política y obrera) ligaban a la Asamblea Popular con las bases. La dirección nacional no encontró tiempo ni recursos para desplazarse a lo largo y ancho del país para organizar a sus filiales locales, pero éstas surgieron espontáneamente, como consecuencia de la actividad sindical y política timoneada por la izquierda marxista. Volvió a reinar la más amplia democracia para las masas en el seno de la Asamblea Popular, pero a muchos les pareció incompleta y hasta una forma dictatorial porque el derecho a la discrepancia tenía un límite: los documentos políticos y programáticos de la Central Obrera Boliviana y de la misma organización popular. Esto nos parece que estaba bien. Es tonto el dejar arrastrarse a las posiciones contrarrevolucionarias por el único afán de demostrar apego incondicional a la democracia formal. Se dijo desde el primer día que el verdadero fortalecimiento de la Asamblea Popular dependía de las posibilidades que tuviese de entroncarse en el ascenso de masas. Pero éstas daban muchas sorpresas al observador superficial.

La inauguración formal de la Asamblea Popular fue fijada para el Primero de Mayo de 1971, que, a diferencia de muchas otras partes del mundo, en Bolivia es un día de protesta y de reafirmación de la lucha revolucionaria. Aprobados los documentos básicos en el Comando Político y realizados algunos trabajos preparatorios, se constató que las masas apenas si se movían y demostraban una tremenda negligencia en la designación de sus delegados. Nos parece que se desconfió de ellas una descomunal confianza en su poderío, en que todo saldría bien, se intervenga o no en los trabajos diarios. Puede



ser también que la clase estaba interesada en concentrar sus fuerzas para lanzarse a una nueva arremetida. La alta dirección de la Asamblea Popular, particularmente el equipo timoneado por Juan Lechin, llegaron al extremo de mostrar escepticismo acerca de las posibilidades de éxito de la Asamblea Popular en la marcha del Primero de Mayo, al extremo de que el líder cobista opinó en sentido de postergar el acto de posesión. La situación era vidriosa porque el gobierno de Tórres había lanzado virtualmente un desafío al anunciar que no tenía razón alguna para entregar el local del Palacio Legislativo a una organización que estaba funcionando al margen del ordenamiento jurídico vigente. El Comando Político replicó que no había razón alguna para esperar la venia de nadie ni la dictación de una ley expresa para existir y en la fecha anunciada no haría más que instalarse en el local del Palacio Legislativo.

La Manifestación callejera del Primero de Mayo de 1971 fue indiscutiblemente imponente por su número, pero sumamente apática y se percibía en su seno que el oficialismo había ejecutado pacientemente muchas de sus maniobras para la impresión falsa de que contaba con el apoyo mayoritario de los trabajadores. En algunos pequeños grupos obreros aparecieron fotografías del presidente general Tórres.

Nadie ignoraba que el general Juan José Tórres pugnaba por aparecer como político popular en el seno de las masas bolivianas radicalizadas; fue esto lo que le empujó a colocarse forzosamente a la cabeza de los manifestantes y a soportar el desprecio de éstos que lo dejaron totalmente solo, al extremo de que no tuvo más remedio que marchar hacia el Palacio de Gobierno.

Cuando una parte de los obreros y estudiantes marchó con dirección a la histórica Plaza Murillo, encontró las puertas del tan discutido Palacio Legislativo abiertas de par en par.

De manera casi natural, sin necesidad de vencer ningún obstáculo, la multitud que ingreso al Legislativo presenció y escuchó discursos encendidos y una sesión en la que se deliberó libremente y remarcó su optimismo con referencia al futuro de la revolución boliviana. La prensa del país y del continente registró el acontecimiento.

Así tuvo lugar la instalación oficial de las labores de la Asamblea Popular, que apenas duró algunas horas. El primer período de sesiones se postergó hasta el 24 de junio, aniversario de la Masacre Minera de San Juan.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Ocho organizaciones políticas se encontraban en la universidad paceña el día en que se organizó el Comando Político de la Central Obrera Boliviana y del Pueblo, que habían ganado ese derecho en plena batalla, aunque era muy discutible el que todas ellas se ajustasen a los lineamientos programáticos de la Central Obrera Boliviana. Enumeraremos a esos partidos y grupos.



El Partido Obrero Revolucionario (POR), aunque fundado en 1935, llevó una larga vida larvaria hasta la cuarta década del presente siglo. Se trata del partido trotskysta boliviano tradicional, de vida accidentada y que nada tiene que ver con las organizaciones que pululan en el exterior, ostentando nombres parecidos y reclamándose de la Cuarta Internacional fundada por León Trotsky.

Le ha correspondido al POR jugar un papel importantísimo en la transformación del Comando Político del Pueblo y de la Central Obrera Boliviana en Asamblea Popular, que nace englobando a las organizaciones que formaron parte del primero, excepción hecha de una fracción movimientista.

Testimonian su incansable trabajo en el seno de las masas y su firme adhesión a los principios revolucionarios, los documentos más importantes del movimiento obrero, desde la Tesis de Pulacayo hasta las bases constitutivas de la Asamblea Popular.

El Partido Comunista Boliviano (pro-soviético), nació en 1950 como heredero del stalinista Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), capitalizando a sus sectores obreros y juveniles (el PIR concluyó aliado con la rosca). Ni duda cabe que se trata de un partido contrarrevolucionario como en todas partes del mundo, inclinado a sostener a los movimientos nacionalistas de contenido burgués, a imponer a las masas los caminos electorales y a desplazarse hacia la derecha y aposturas proimperialistas en el momento de la prueba, a fin de impedir que se consuma la revolución acaudillada por el proletariado. En la base de su ideología se encuentra una titubeante adhesión a la revolución democrático-burguesa (obliga a cooperar a la burguesía considerada "progresista").

En Bolivia ha dejado de ser partido comunista influyente y ni siquiera muestra un imponente aparato como en otras latitudes. Para conservar alguna popularidad adopta una actitud seguidista de las masas y no se cansa de repetir algunas conclusiones poristas (claro que se trata de una repetición incoherente y fragmentaria), sin duda que se trata del partido stalinista más penetrado de trotskismo del mundo. Su política diaria es extremadamente oscilante entre las posiciones obreras y burguesas.

Como no podía ser de otra manera, el PCB sufre la presión de las clases sociales en pugna y su actuación última refleja, de alguna manera, la extrema radicalización de las masas. Su conducta, contradictoria en extremo, es dual: internamente desarrolla tesis inconfundiblemente reaccionarias (en su último congreso acordó rehabilitar al equipo de Mario Monje y combatir sañudamente al Che, seguramente para detener anticipadamente cualquier nuevo peligro escisionista venido desde el polo foquista) o en sus relaciones con otros partidos comunistas y se presenta como radical en público, cuando las masas conocen un ascenso revolucionario.

Es ilustrativo que el PCB hubiese cooperado al POR en el trabajo encaminado a la transformación radical del Comando Político del Pueblo y en la configuración de la Asamblea Popular. Se puede argumentar que el stalinismo, en ese momento de extrema agitación de las masas, no tenía plena conciencia de la descomunal fuerza revolucionaria que se estaba desencadenando, lo que vendría a confirmarse por la campaña internacional hecha por el stalinismo en sentido de que aquella organización fue propiciada por el general Tórres como sostén del nacionalismo considerado revolucionario; por la prédica subterránea desenvuelta por su dirección contra la Asamblea Popular y sobre todo contra el extremo de tratarse de una organización de



rasgos soviéticos, etc. Pero existen testimonios escritos de que sus militantes, sobre todo obreros, tal vez violentando las decisiones de la burocracia, adoptaron en el seno de la Asamblea Popular las mismas posiciones que las enarboladas públicamente por el POR. Uno de ellos expresó en el calor del debate que la revolución boliviana debe conducirnos a la dictadura del proletariado. Pese a todo, estamos convencidos de que en el momento decisivo, el PCB habría entrado en crisis.

El Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN) o lechinismo se encuentra muy disminuido y profundamente escisionado en tendencias contrapuestas. Centrista por vocación oscila entre planteamientos obreristas y otros francamente burgueses.

Oficialmente continúa adherido a la tesis del nacionalismo de contenido burgués (MNR), pero, en la práctica, su línea política la define Juan Lechin, que por momentos aparece ultra-radical y no pocas veces se coloca autoritariamente por encima de las luchas fraccionales. En la actualidad el lechinismo se apoya en los sectores más rezagados de las masas y ha sido llevado a los cargos más altos de la Central Obrera Bolivia y de la propia Asamblea Popular gracias a un pacto sin principios entre los maoístas, demócrata-cristianos, falangistas, movimientistas y prinistas. Su verdadera postura es la convertirse en cabeza de la contra-revolución. Si últimamente se ha radicalizado y seguido de cerca la orientación porista es porque, comprendiendo que su partido ha fracasado, espera salir a flote en brazos del sindicalismo radical.

Acertadamente se ha bautizado con el rótulo de partidos universitarios tanto al Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (comprende al Partido Demócrata Cristiano Revolucionario y al Movimiento Espartaco) y a los maoístas.

La Democracia Cristiana Revolucionaria viene de turbias posiciones clericales y anticomunistas. Suficiente observar con un poco de atención para descubrir que detrás la levita asoma invariablemente la sotana. En gran medida es parte de la profunda crisis de la iglesia -una profunda crisis ideológico-política y no organizativa únicamente- y su historia es la vivida por el desplazamiento de uno de sus sectores hacia el pueblo y la izquierda, que en el país se resume en la experiencia de ISAL. Se trata de una otra organización centrista típica, oscilante entre el cristianismo ortodoxo y el marxismo difuso, que tiene como referencia obligada al stalinismo; se afana por encontrar el término medio unificador de ambas concepciones, que en su esencia son contrapuestas y excluyentes.

Constantemente le hemos visto desplazarse entre el foquismo guevarista (ese es su origen y hasta la fecha no ha llegado a superarlo autocríticamente) y la revolución hecha por las masas, que según los cristianos se expresa tanto a través del maoísmo como del trotskismo, lo que les obliga a sonreír a ambos y deambular de un extremo al otro.

La Democracia Cristiana Revolucionaria y los curas tercermundistas vienen copiando, desde hace tiempo, los documentos y las tesis radicales, marxleninistas-trotskyistas, vale decir del POR.

Estas corrientes, aunque fueron una fuerza indiscutible en diversas universidades del país, lo cierto es que no han logrado penetrar de manera indiscutible en los medios



obreros del país ⁸.

El Grupo Espartaco no ha podido superar del todo su movimientísimo de la primera hora, pues nació y vivió parasitariamente por mucho tiempo dentro del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Es también una capilla centrista que dificultosamente se viene moviendo entre stalinismo y trotskismo. Esta ausente de los medios obreros y carece de significación política y numérica.

Los maoístas (Partido Comunista Marxista Leninista, PCML) muy difícilmente pueden sobrevivir a sus múltiples y permanentes crisis ideológicas y organizativas.

Para justificar su existencia y la vigencia de la tesis de la guerra popular reclutan, de tarde en tarde, a grupos campesinos que son destinados a consumir de tarde en tarde acciones armadas.

Estos partidos universitarios son, en verdad, los más grandes enemigos de la Asamblea Popular, porque ideológicamente está contra ella y, sin embargo, se mueven dentro de ella. Esta actitud contradictoria y aparentemente paradójica, obedece a que la existencia de la organización soviética importa su total destrucción como tendencia ideológica.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario -aparentemente una fracción izquierdista de él- participaron en la fundación del Comando Político del Pueblo y de la COB, sin que este hecho importe negar que se trata de un instrumento del Departamento de Estado.

En cierta oportunidad pugnamos porque el MNR permaneciese en el Comando Político del pueblo para poder destruirlo políticamente y arrancarle a los pocos obreros que todavía controlaba. Creemos que a esta altura el plan ha sido cumplido plenamente.

Cuando su dirección publicó un pronunciamiento que importaba el desconocimiento de los documentos programáticos básicos de la Asamblea Popular, el MNR fue públicamente expulsado. Después de las jornadas de agosto de 1971, el MNR ya no cuenta para las masas.

FARO, una escisión por la derecha del PRIN, encarnó la tendencia supuestamente marxista que cree un deber elemental apuntalarlo al nacionalismo revolucionario. Ahí comienza y ahí se agota. Participó en la creación del Comando Político, pero fue aislado no bien se integró al primer gabinete ministerial del general Tórres.

Las organizaciones enumeradas e historizadas sucintamente, han formado también parte de la Asamblea Popular.

⁸ Los demócrata- cristianos revolucionarios y con ellos el MIR en su conjunto se distinguen por su extrema heterogeneidad ideológica. Este rasgo se transforma con frecuencia en el mayor de los oportunismos. En sus documentos se leen las tesis más contradictorias. En el documento que hicieron aprobar en el congreso universitario de fines de 1970, sostienen que corresponde a Bolivia estructurar un Estado Nacional con un gobierno popular, como etapa previa hacia el socialismo. Posteriormente consignaron en otro documento la consigna del Estado Socialista y del gobierno obrero.



Otros políticos profesionales, entre los que hay que contar a los flamantes socialistas, sostuvieron tercamente que se trataba de una forma renovada de parlamento, seguramente porque tenían la esperanza de que les sirviese de escenario para explayar sus dotes oratorias.

Cuando la Asamblea Popular demostró que era nada menos que el canal más importante de la movilización de masas, todos esos partidos y grupos que hicieron franca campaña en su contra, formaron cola para poder ingresar a su seno, que resultó sumamente difícil dadas las severas condiciones establecidas en los Estatutos para la admisión de nuevos miembros.



CAPÍTULO III

LA CORPORACIÓN MINERA DE BOLIVIA Y LAS UNIVERSIDADES

Los demócrata-cristianos y los del Ejército de Liberación Nacional creen de su deber puntualizar que la Asamblea Popular adoptó muchas medidas importantes y de manera sumamente curiosa pasan por alto el aspecto de mayor trascendencia: el acuerdo para imponer la coparticipación obrera mayoritaria en la Corporación Minera de Bolivia, Ir, empresa de la minería estatizada.

A nosotros nos interesa puntualizar algunos aspectos de dos medidas, cuya importancia radicaba no solamente en que interesaban a todo el país, sino porque podían provocar una gran movilización de masas. Nos estamos refiriendo a la coparticipación ya indicada y a la creación de la universidad única bajo la dirección hegemónica del proletariado.

Desde el momento que la discusión sobre estos dos aspectos puso en evidencia la verdadera naturaleza de las diversas tendencias políticas, la referencia a ellos resulta imprescindible para comprender lo que en realidad significa la Asamblea Popular.

El gobierno de Torres, empeñado en tener en sus manos el control de las masas, esto porque sólo así podía cobrar fortaleza y realmente gobernar, elaboró un proyecto de participación laboral en COMIBOL y una medida similar impuso, mediante decreto, en YPFB. En ambos casos la participación laboral fue presentada como si se tratase de efectivizarla en la misma proporción que el control estatal. En las diversas instancias de la dirección y administración de las empresas se estableció que se instalarían igual número de delegados obreros y empresariales, pero bajo la presidencia de un elemento dependiente del Poder Ejecutivo o de las gerencias, pudiendo por tanto decidir con su voto los problemas más importantes. Así se rompía una burda impostura: los obreros podían participar en la dirección de las empresas en calidad de subordinados, pero se les negaba el derecho de decidir de su suerte. La finalidad de la maniobra gubernamental era clara: había que alentar en los trabajadores la ilusión de que la empresa es de ellos y de que su porvenir ha sido depositado en sus manos, por esto era importante decirles que su participación en la dirección sería del 50%. La consecuencia de la impostura, en caso de imponerse, habría sido nefasta para los obreros, pues éstos tendrían que tomar a su cargo el, desbarajuste y la bancarrota de entidades estranguladas por la burocracia y la camarilla gobernante. La tarea inmediata más importante radica en la disminución sensible de los costos de producción; la proyectada participación habría permitido descargar sobre las débiles espaldas del trabajador la solución del problema. La creencia de que la dirección de las empresas está en manos de los trabajadores obligaría a éstos a trabajar más y a marginarse de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo. A los gobiernos militares, vivamente interesados en financiar las necesidades del poder con el saqueo de las empresas estatales, no les queda más camino que hacer trabajar más a los obreros mediante el uso de la violencia o de la demagogia. Torres escogió la segunda variante.

Los petroleros, debido a la excesiva burocratización de sus organizaciones sindicales, al hecho de que sus cuadros dirigentes se reclutaban entre los empleados, muchos de ellos de confianza de la empresa y bien remunerados y a sus escasa politización,



cayeron en la trampa y aprobaron entusiasmados el decreto gubernamental.

Correspondió a los mineros tomar al toro por las astas y plantear con meridiana claridad la posición de los trabajadores con referencia a la administración de las empresas estatizadas en función del proceso revolucionario. En el proyecto gubernamental la dirección de la empresa quedaba en manos del Poder ejecutivo, porque éste se reservaba la facultad de designar al gerente general, no sólo la autoridad ejecutiva, es decir, la más importante, sino el encargado de presidir a los delegados obrero-gubernamentales en el más alto nivel. Esta misma mentalidad se aplicaba en todos los estadios de la administración. La Federación de Mineros decidió inclinar la balanza en su favor reclamando para sí la designación del gerente y anulando el voto del presidente en el directorio, que bien podía corresponder a la autoridad ministerial.

Partiendo de la experiencia negativa del control obrero durante el régimen movimientista, cuyo defecto básico radicaba en su carácter individual y no colectivo y en su burocratización, porque el dirigente concluía emancipándose de la vigilancia de las bases, se proyectó colocar en el punto de arranque de la participación obrera en la administración de COMIBOL a la asamblea sindical, como autoridad máxima.

En los países atrasados la clase obrera debe participar en la administración de las empresas nacionalizadas inclusive en minoría (en Bolivia esto ha sido superado debido al nivel político del proletariado y a la experiencia vivida en este terreno), no sólo porque las nacionalizaciones efectuadas por la burguesía o sus sucedáneos son actitudes que chocan con el imperialismo, por lo menos de una manera parcial, sino porque pueden permitir movilizar a las masas alrededor de la necesidad del control de la economía y del poder por la clase trabajadora. Esta participación, pese a todos los peligros que lleva en su seno, debe ser considerada dentro de la perspectiva de la estructuración del gobierno obrero y no como una medida que importe la cooperación con el nacionalismo, bien se titule revolucionario o no.

Tratándose de COMIBOL el problema se presentó con meridiana claridad. El que domina las minas en Bolivia se convierte en el amo de toda su existencia y también en amo del poder político. Plantear el control de las minas por la clase obrera significaba reducir al gobierno a la inoperancia, a la condición de trasto inservible. Si el general Torres, debido a su tremenda debilidad e incertidumbre, habría sorprendido al país accediendo a la demanda laboral, es claro que la jerarquía castrense se hubiera opuesto al desvarío del Presidente mediante el golpe de Estado, como efectivamente lo ha hecho el 21 de agosto. Poco cuentan las dubitaciones del general Torres frente a la tendencia dominante dentro de las fuerzas armadas de convertirse en una gran potencia económica, a semejanza de lo que ocurre en los Estados Unidos, el Brasil o la Argentina. El ejército pugna invariablemente por lograr el control de las empresas nacionalizadas y autárquicas y resultaba sumamente problemático que pacíficamente abandonase el manejo de COMIBOL. En la última época los militares han ido concentrando en sus manos el control de las fuentes de recursos materiales y han logrado créditos para montar empresas de las más diversa naturaleza.

Lo que no pudo ver la miope ultraizquierda es que la lucha por la imposición de la coadministración obrera mayoritaria abría, al mismo tiempo, la lucha por el poder político. Aun en el caso de que el gobierno Torres hubiese cedido simplemente COMIBOL a los mineros, el manejo de la empresa y sus implicaciones (comercialización, trato con las importadoras controladas por consorcios norteamericanos, necesidad de lograr



créditos de una banca manejada por intereses foráneos, etc.) habrían obligado a generalizar la nacionalización a todos los medios de producción. Los roces crecientes entre la dirección obrera de COMIBOL y el gobierno constantemente acuciado de dinero, obligarían a los trabajadores a plantearse, de manera perentoria, la cuestión del control del poder político⁹.

No debe olvidarse que los obreros, simultáneamente, plantearon la integración de la industria minera, paso decisivo para un país minero. Se trataba de incorporar a COMIBOL a la Empresa Nacional de Fundiciones, al Banco Minero, al Instituto Metalúrgico y otras pequeñas entidades. La proposición adquiere importancia si se considera que la fundidora de Vinto ganaría mucho dinero comprando a COMIBOL mineral de estaño al precio mundial (superándose así, a costa de los trabajadores que perforan las rocas, el problema de los altos costos del beneficio de mineral) y vendiéndolo en el mercado internacional. Los mineros buscan el control de los dólares provenientes de la venta del estaño y no únicamente manejar la administración de la empresa minera de estaño más grande del mundo.

No se pudo discutir ni probar la justeza de la posición de la Federación de Mineros, porque fue precipitado el golpe fascista para evitar que prospere la lucha por el control de COMIBOL por parte de los obreros. Y todavía los ultraizquierdistas se toman la libertad de ignorar este problema, que es tanto como dar las espaldas a la misma revolución boliviana.

La coparticipación obrera mayoritaria en COMIBOL sólo podía lograrse -cosa que se dijo con toda claridad en el seno de la Asamblea Popular- a través de una poderosa movilización y una tenaz lucha revolucionaria, que tarde o temprano debía plantear la cuestión del poder. Algo más, la lucha por imponer la coparticipación era el verdadero canal de movilización hacia el poder. A esta altura de los acontecimientos no puede haber duda acerca de que el golpe fascista se precipitó para evitar que las minas cayesen efectivamente en poder de los trabajadores.

El actual gobierno fascista está empeñado en cortar de raíz (en las actuales condiciones supone la destrucción física de las organizaciones laborales) todo intento de participación obrera en las empresas nacionalizadas. Para complacer las exigencias de los financiadores del golpe contrarrevolucionario del 21 de agosto, el régimen castrense está dando pruebas inequívocas de que abandona los senderos del estatismo.

El general Juan José Tórres creó el Instituto Boliviano del Café (INBOLCA) para que pudiese comercializar este producto en el exterior, la medida importó un serio golpe a algunas empresas particulares que se dedican al manipuleo del café. El Decreto Supremo del 16 de septiembre de 1971 destruyó INBOLCA, "restableciendo el comercio interno y externo del café" ("El Diario", La Paz, 17 de septiembre). Otro ejemplo: las dificultades e importancia de la industria azucarera obligaron al gobierno a estatizarla

⁹ Cuando se discutía el proyecto de los mineros en la Asamblea, la ultraizquierda, expresando así su vergonzante oposición, sostuvo que la coparticipación aminoraría la lucha de clases y obligaría a los obreros a limitarse a luchas estrechamente económicas. Así demostraron su desconocimiento de la experiencia histórica vivida por el proletariado boliviano en este plano.



progresivamente y dentro de esta política fue creada la Empresa Nacional del Azúcar, entidad que desapareció, como emergencia del Decreto de 17 de septiembre, "por haber resultado -dicen los nuevos dueños del poder-, en la realidad, contraproducente su ejecución" ("Hoy", La Paz, 18 de septiembre de 1971). La política antiestatista se complementa obligadamente con un antiobrero acentuado.

Lo expresado se confirma plenamente con el texto del Decreto que echa por tierra la intervención del Poder Ejecutivo del Poder Ejecutivo en Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), que en los últimos años fue duramente atacada por su extrema burocratización y por haber convertido en refugio de la inmoralidad. El 19 de mayo de 1971, el general Tórres decidió asumir la presidencia de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos. La centralización administrativa de las entidades autárquicas era en sí una medida progresista. Según el Decreto de intervención, el directorio de YPFB estaba constituido por tres ministros de Estado y tres representantes obreros. El presidente Hugo Bánzer creyó de su deber borrar toda huella de obrerismo tan acentuado y puso las cosas en el lugar que estaban conforme al Decreto de enero de 1971: directorio integrado por tres subsecretarios de Estado (Hidrocarburos, Planificación y Finanzas), tres miembros de YPFB (gerentes general, de Planeamiento y de Finanzas), dos representantes de la Federación de Trabajadores Petroleros y uno de los técnicos. El nuevo régimen dijo con claridad que buscaba la autonomía completa de las empresas estatizadas: "que uno de los objetivos del Gobierno Nacionalista es el de devolver al país su normalidad institucional, determinando, en consecuencia, que las empresas públicas desarrollen sus actividades dentro de la autonomía que les fijan sus estatutos y disposiciones legales". El golpe consistió en aislar a las empresas estatizadas del control directo del gobierno central.

Hay un otro problema que interesa a todo el país: el poner en orden la enseñanza universitaria y remozarla.

Al movimiento obrero y revolucionario preocupaba la cuestión estudiantil (universitaria y media) por dos consideraciones: primero, por su enorme importancia en la lucha diaria y en la agitación, pues en muchas ciudades los universitarios juegan el papel de fuerza decisiva y segundo, porque en el seno de la inteligencia pequeñoburguesa fructifican generosamente las tendencias foquistas y aventureras.

Los estudiantes han dicho que reconocen la dirección política del proletariado, forman parte de la Central Obrera Boliviana y de la Asamblea Popular, y añaden que acata las disposiciones programáticas contenidas en la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana; sin embargo, con demasiada frecuencia se desplazan hacia la ultraizquierda y comprometen el porvenir de la revolución con sus posturas aventureras y provocadoras.

Por estas consideraciones la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia propuso organizar la universidad única del país -dentro de la cual se incluiría la proyectada universidad obrera-, bajo la dirección hegemónica del proletariado. Esta nueva modalidad universitaria se dio ya en algún modo en la Casa Superior de Estudios de Potosí, donde la dirección estaba compuesta por diez y nueve delegados obreros



frente a nueve que representaban a los estudiantes y otros nueve a los docentes. No se trataba sólo de aprovechar mejor los recursos económicos y humanos -es notoria la escasez de profesores capacitados-, de coordinar los planes y programas de estudio, etc., todo esto se hubiera hecho, sino de colocar efectivamente . al movimiento universitario bajo la dirección política del proletariado. En otras palabras, se buscaba convertir a la actividad universitaria en uno de los aspectos de la política revolucionaria proletaria.

Durante el desarrollo de las deliberaciones de la Asamblea Popular se pudo descubrir que los sectores ultraizquierdistas del estudiantado y los partidos políticos que reflejan sus desviaciones no podrían menos que desencadenar una sorda campaña contra el proyecto de los trabajadores, como efectivamente lo hicieron bajo el pretexto de la defender la autonomía en abstracto.

La autonomía universitaria, una reivindicación inconfundiblemente democrática, es progresista solamente si permite actuar a la vanguardia revolucionaria y orientarse a la masa estudiantil contra el gobierno entreguista y antiobrero. Tratándose de la lucha revolucionaria del proletariado sería invocar la autonomía para que los estudiantes hagan lo que les venga en gana. En este caso no puede haber autonomía con referencia al proletariado. Pero, no debe confundirse la lucha por la creación de la universidad única con la intervención movimien lista de las universidades que tuvo lugar en 1954, en este último caso se trataba de destruir la autonomía con relación al gobierno central y se buscaba convertir a las casas superiores de estudio en simples agencias gubernamentales. Dadas las actuales condiciones de lucha contra el imperialismo y la vigencia plena de las garantías democráticas, la defensa de la autonomía universitaria sigue siendo una posición progresista.

Lo que se busca, en último término es que la autonomía universitaria frente al gobierno central se subordine a la lucha de la política revolucionaria del proletariado, cuyo objetivo central es la revolución social, es decir destrucción de la sociedad capitalista y la radical transformación de la enseñanza en general, de la educación.

El golpe fascista del 21 de agosto de 1971 impidió que la Asamblea Popular materilizase sus propuestas y el proyecto de la estatización de los medios de producción, que debía discutirse en las reuniones del mes de septiembre.

Las circunstancias negativas pueden obligarle a desarrollarse clandestinamente o bien a desaparecer temporalmente. En cualesquiera de estos casos seguirá siendo la más importante creación y conquista de las masas radicalizadas, se incorporará al arsenal de lucha del pueblo y llevará vida larvaria en la subconsciencia de las mayorías explotadas, para luego, en un nuevo período de agudización de la lucha. volver a resurgir en un plano político superior.



CAPÍTULO IV

ALGUNOS DE NUESTROS CRÍTICOS

a) RESPUESTA AL PABLISMO

Habría sido inconcebible que los pablistas no hubiesen estado presentes entre los que tan sañudamente están atacando, en escala internacional, al tan publicitado Partido Obrero Revolucionario de Bolivia y al trotskismo internacional. Tenemos en las manos los números de "Rouge" parisino, correspondientes al 2 de septiembre y 2 de octubre de 1971, cuya lectura nos ha facilitado escribir la siguiente respuesta obligada.

Nuestros lectores deben tener en cuenta que el Secretario Unificado de la supuesta IV Internacional, desarrolló las tesis pro-burguesas y pro-stalinistas de Michel Pablo y cambió de contenido de clase al sumarse al foquismo guevarista, al castrismo pequeño-burgués.

Las tesis antiporistas -vale decir anti-trotskyistas- del pablismo pueden resumirse así:

1. El Partido Obrero Revolucionario boliviano es reformista y causante de la derrota del 21 de agosto.
2. Ha utilizado a la Asamblea Popular para colaborar al general Juan José Tórres y se ha apropiado abusivamente de aquella organización.
3. Se ha opuesto al armamento del proletariado y así asegurado la victorias de los fascistas.
4. Ha seguido una táctica distraccionista (proposiciones sobre la Corporación Minera de Bolivia, la Universidad Unica, etc.) y
5. Ha cooperado con el Partido Comunista de Bolivia y de esta manera ha abandonado la línea trotskista.

Lo primeramente remarcable es la identidad de razonamiento del pablismo con la ultraizquierda boliviana constituida por el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (cristianos-movimientistas), con el foquista Ejército de Liberación Nacional, al que está estrechamente vinculado, con los maoístas.

Es tiempo de preguntarse si los pablistas tienen todavía algo que ver con el movimiento trotskista -los rótulos dicen muy poco al respecto-, esto porque sus escritos y su actuación diaria ponen en evidencia de que se han pasado con armas y bagajes a las filas del aventurerismo pequeño-burgués. El terrorismo verbal que emplean los pablistas puede perjudicar seriamente al proletariado, allí donde lograsen adquirir alguna importancia, porque es un elemento que conduce a la derrota.



En Bolivia hemos discutido largamente con la ultra-izquierda, aunque no con el pablismo propiamente, acerca de la posición que debe adoptar el partido frente al proceso revolucionario. Hay que subrayar que para foquistas, blanquistas y demás aventureros, la revolución es un fenómeno totalmente extraño a las masas, a su lucha diaria, que debe ser impuesta desde afuera, conforme a los esquemas elaborados por algunos intelectuales en sus escritorios. Parten del supuesto de que el partido lleva la madurez política desde las nubes hasta el pueblo y se resisten a considerar al primero como producto y causa en el proceso de formación de la conciencia de clase.

El programa de transición permite movilizar a las masas, partiendo de su actual nivel político, de sus necesidades e intereses inmediatos. Para el aventurero, las reivindicaciones transitorias son distraccionismo, pérdida de tiempo y reformismo que impiden la revolución. Solamente le interesan las consignas agitativas sobre la captura inmediata del poder, no importando cuándo ni en qué condiciones.

Únicamente la profunda movilización de las masas, su fortalecimiento y educación en el cuadro de su propia lucha diaria, puede permitirle al proletariado convertirse en caudillo nacional y estructurar su propio gobierno. Es evidente que el Partido Obrero Revolucionario propuso una serie de reivindicaciones con miras a profundizar la movilización de las masas, pero las concibió no como una finalidad en sí, sino dentro de la perspectiva del gobierno obrero. Este es el camino que conduce a la revolución y no ningún otro. A la desesperación pequeñoburguesa, cuya expresión más acabada es el foquismo, se le antoja reformismo puro y pérdida de tiempo todo lo que se haga para contribuir a la madurez y fortalecimiento de la clase obrera, a fin de que sea capaz de conquistar el poder. El paciente y largo trabajo del Partido Obrero Revolucionario en el seno de las masas contribuyó positivamente a la evolución de la conciencia de clase del proletariado, al fortalecimiento de la Central Obrera Boliviana, al nacimiento de la Asamblea Popular, a fisonomizar estas organizaciones e imprimirles sus rasgos característicos, que hacen de ellas instrumentos revolucionarios al servicio de los explotados. El Partido Obrero Revolucionario está estrechamente enraizado en la historia de los explotados del país desde la Tesis de Pulacayo hasta las jornadas del mes de agosto.

La Asamblea Popular, soviét real y viviente y no simplemente un germen no debidamente configurado, como piensan muchos, fue arrancado por las masas de sus propias entrañas como el instrumento de las tendencias más poderosas que se agitan en su seno y una de esas -producto de la madurez de la clase y no de la especulación intelectual- tiende hacia la construcción del gobierno obrero-campesino, a la conquista del poder. Es esta realidad la que permite afirmar que la Asamblea Popular nació y creció -en los pocos días que duraron sus deliberaciones- para objetivizar y materializar la consigna de la revolución social timoneada por la clase obrera y de la construcción del gobierno propio de ella. El Partido Obrero Revolucionario comprende claramente que es esta tendencia la que fortalece y que traduce todo su trabajo anterior y presente. Resulta pues absurdo insinuar siquiera que la Asamblea Popular se hubiese fijado como meta el apoyo incondicional al general Tórres o el co-gobierno con él. Nació contra los deseos y planes gubernamentales y por voluntad de los explotados. Solamente una profunda modificación en su dirección y en su orientación política, claramente delimitadas por la Tesis Política de la Central Obrera Boliviana y por bases programáticas constitutivas de la Asamblea Popular, hubiera permitido que esta poderosa organización se pusiese al servicio del nacionalismo pequeñoburgués, al que expresamente condena al fracaso inevitable.



Leales al trotskismo y a las enseñanzas de Lenin al respecto, rechazamos el absurdo ultraizquierdista -consideración que alcanza también a los pablistas- de identificar a Tórres con Barrientos o con Nixon. Los gobiernos militares últimos son expresiones de un mismo fenómeno, del ciclo nacionalista de contenido burgués iniciado en abril de 1952 y que está lejos de cerrarse, pero entre ellos existen diferencias, cuantitativas si se quiere, en la medida que utilizan diferentes métodos de gobierno, aunque todos ellos buscan materializar los objetivos democráticos dentro del capitalismo. Una política revolucionaria e inclusive reformista consecuentes no pueden desarrollarse si se comienza olvidando este hecho. La táctica, particularmente, debe tener en cuenta estas diferenciaciones. Meter apresuradamente en el mismo saco a Tórres, Barrientos y Banzer es la mejor forma de desarmar al proletariado y de empujarle a las aventuras y a la derrota. La actitud de la ultraizquierda es explicable, pues precisa de esa distorsión de la realidad para justificar su aventurerismo, que parte del absurdo de que en todo momento puede tomarse el poder con sólo anunciarlo.

La Asamblea Popular movilizaba a las masas hacia la conquista del poder, lucha que debía pasar ineludiblemente a través del aplastamiento del gorilismo fascista. En esta lucha, conforme han demostrado los acontecimientos, los que

proclamaban ser revolucionarios y los nacionalistas del sector Tórres pueden verse colocados en un frente contra los conspiradores reaccionarios, impuesto por el mismo desarrollo político, lo que ciertamente no supone que proletariado y nacionalismo burgués borren sus fronteras y diferencias, sino únicamente que el aplastamiento efectivo del fascismo conduce al gobierno obrero y esto ya supone la derrota política definitiva de un gobierno del tipo del general Tórres.

El despecho y la impotencia empujan a los pablistas a acusarnos de haber estado enredados en componendas con el gobierno del general Tórres. Deliberadamente se olvida que los trotskistas hemos sido los que hemos evitado la existencia de ministros "obreros". Es una sucia falsificación la especie de que nosotros hubiésemos pedido tal o cual cantidad de ministros en octubre de 1970. La verdad -que se desprende de las publicaciones de prensa- es que los poristas hemos peleado a brazo partido contra toda forma de participación en el equipo ministerial, otra cosa es que el Comando Político hubiese derrotado nuestra propuesta de rechazo de la segunda oferta del Poder Ejecutivo del cincuenta por ciento del cuerpo de ministros. En ese momento hicimos el mayor de los esfuerzos para lograr que los probables representantes obreros quedasen controlados por el Comando Político y por el presidente Tórres (hicimos aprobar condiciones precisas al respecto). Esta lucha fue librada contra nacionalistas y stalinistas. ¿Mientras tanto qué hacían los pablistas? Seguramente estaban papando moscas en París, porque nadie los vio en el escenario de los más grandes acontecimientos de la historia boliviana. A posteriori ofrecen un esquema que pretende ser presentado como norma de perfecta conducta revolucionaria.

Según los pablistas, la Asamblea no debía discutir las normas y objetivos de la lucha diaria de las masas, sino limitarse a declarar la inmediata insurrección y la constitución del ejército popular vaciado en un molde foráneo. Una y otra vez repiten que los trotskistas nada hicieron para armar a los obreros y que, en esta medida, traicionaron a la revolución.



No puede haber la menor duda de que el problema de la revolución es, sobre todas las cosas, político y no puede ser reemplazado por ninguna otra consideración. El problema del armamento debe ser planteado como parte de ese problema político. En determinado momento la cuestión de las armas puede cobrar importancia decisiva. El mismo ejército y la actitud del partido frente a él deben ser analizados a la luz de la cuestión política. No se trata simplemente de derrotar a las fuerzas armadas regulares en combate formal, esto puede conducir a planteamientos suicidas. El ascenso de la ola revolucionaria contribuirá al desplazamiento de las bases de las fuerzas armadas y la labor del partido puede contribuir a acelerar este proceso. La ultraizquierda y los pablistas desfiguran la cuestión porque concluyen propugnando el armamento por el armamento, olvidándose de los planteamientos políticos.

Los acontecimientos bolivianos han puesto en evidencia que existía un tremendo desnivel entre la gran politización y radicalización de las masas y su defectuoso armamento. En el futuro debe subsanarse radicalmente esta falla.

Los que tan irresponsablemente hacen terrorismo verbal alrededor del armamento del pueblo demostraron que en la práctica nada serio hicieron al respecto.

Los pablistas están vivamente interesados en hacer creer que la Asamblea Popular fue nada menos que escenario de la polémica entre los trotskistas y ellos. La verdad es muy diferente. Los seguidores de Mandel y de Pierre Franck fueron el personaje ausente de los grandes acontecimientos, nadie sabe donde estuvieron, tal vez charlando en un café o deambulando por las montañas como parte de una pandilla de foquistas. Las tendencias que militan dentro del movimiento de masas, ya sean grandes o pequeñas, tienen siempre la posibilidad de contribuir positiva o negativamente al desarrollo de los acontecimientos.

La verdad es que los pablistas bolivianos no cuentan para nada en el desarrollo de la lucha de clases, por la sencilla razón de que sus artículos periodísticos -escritos a posteriori y a miles de kilómetros de distancia del país- no interesan a nadie y son como palabras lanzadas al viento. Ni una sola vez estas gentes expresaron sus ideas o hicieron conocer sus famosos esquemas y esto por la sencilla razón de que no estuvieron en el seno de la Asamblea Popular. Es pues arbitrario que ahora se diga que nosotros fuimos contra sus tesis o que ellos opusieron tales o cuales reparos a nuestra conducta. Nada de esto ocurrió. El movimiento revolucionario pasa sin percibir que existen o no los pablistas. Una tendencia política, por muy pequeña e insignificante que sea, que se coloca al margen de la realidad del proceso revolucionario no merece existir.

Contradiciéndose, en algún lugar los pablistas sostienen que fuimos los militantes trotskistas los que nos opusimos al ingreso de los pablistas a la Asamblea Popular, de que elaboramos los estatutos especialmente destinados a esa finalidad y recurrimos a toda especie de maniobras para materializar nuestro propósito.

Los pablistas no se sentaron en la Asamblea Popular porque no tuvieron ningún rol en los acontecimientos revolucionarios, el derecho de participar en ella, pese a quien pese, se conquistó luchando en las calles. Si hubiera algo de verdad en lo que escriben irresponsablemente los pablistas habría que preguntarse lo siguiente: ¿por qué prosperaron nuestras maniobras contra ellos o acaso éramos los dueños de la organización de masas más grande del país?



El ultraizquierdismo de los pablistas se pone en evidencia cuando sostienen que el estudio de los problemas nacionales y sociales por la Asamblea Popular fue pura pérdida de tiempo y que impidió la declaratoria de la insurrección. Como quiera que esta organización emergió como una autoridad real para las masas, le eran planteadas las cuestiones más pequeñas, lo que es muy natural, por otra parte. Los pablistas parlanchines habrían deseado que la Asamblea Popular cobre tales ínfulas de soberbia al extremo de darse el lujo contrarrevolucionario de ignorar la vida diaria de las masas.

Para los renegados del trotskismo, fue pérdida de tiempo la discusión y planteamiento de las soluciones revolucionarias al problema de la Corporación Minera de Bolivia o de la universidad. Esta gente está totalmente equivocada y lo prueba el simple hecho de que el debate sobre estas cuestiones ha sido lo más importante y ha conmovido a todo el país.

El movimiento revolucionario se fortalecerá continuando esa discusión. No se trataba de co-gobierno o de colaboracionismo clasista, sino de ir a la conquista del poder a través de la movilización revolucionaria para imponer el control mayoritario de la Corporación Minera de Bolivia por los obreros y que equivale, en las condiciones bolivianas, al control del país todo. Sobre la universidad se adoptó la única solución revolucionaria concebible, convertir la actividad universitaria en un aspecto de la lucha revolucionaria del proletariado.

A los pablistas se les antoja que el hecho de que en ciertos momentos hubiesen actuado lado a lado trotskistas y delegados del Partido Comunista Boliviano, particularmente obreros, constituye una flagrante traición al programa y a la conducta trotskistas y concluyen muy alegremente que se trata de una línea política tradicional del Partido Obrero Revolucionario.

Para comenzar citan malintencionadamente un párrafo de la Tesis de la Central Obrera Bolivia donde se habla de la necesidad de realizar la revolución democrática como etapa previa del socialismo. Ese párrafo fue impuesto, juntamente con otros pasajes, por los delegados pecistas en los sindicatos y en la Central Obrera Boliviana. Pero, se trata de un remiendo que no ha logrado hacer desaparecer y desvirtuar totalmente la línea central del documento programático que es trotskista: las tareas democráticas en Bolivia quedan aún pendientes por el proletariado no ha tomado el poder y éste, convertido en clase gobernante, transformará las democráticas en socialistas, como partes constituyentes de un único proceso, de la dictadura del proletariado.

La Asamblea Popular es un frente antiimperialista revolucionario, que permite a la clase obrera dirigir a todas las masas, lo que se logra después de derrotar políticamente a las direcciones de las otras clases sociales. La preeminencia del proletariado se presenta como preeminencia ideológica frente a la clase dominante y a la cabeza de la nación oprimida por el imperialismo.

Para lograr esto es preciso mezclarse con las tendencias que tienen presencia en el seno de las masas y es claro que un partido revolucionario tiene que saber apoyarse en una y otra tendencia, utilizar a éstas para ganar posiciones, pero manteniendo en algo su programa que expresa la política revolucionaria del proletariado. Así se gana la dirección de las masas.



Los pablistas debían haberse preguntado quién capituló ante quién. Los delegados pablistas se han sumado a nuestras posiciones y no a la inversa. Esto nos parece correctísimo y constituye indiscutiblemente una victoria del movimiento revolucionario.

b) LA CONTRARREVOLUCIÓN DISFRAZADA DE TROTSKISMO

El "Bulletin" de 27 de septiembre de 1971 del Worker's League de Estados Unidos de Norteamérica, aprovecha la inserción de un informe nuestro sobre los acontecimientos bolivianos del 21 de agosto de 1971 para colocarle como frontispicio una malintencionada "introducción"- Su autor, el inefable Tim Wohiforth, demuestra, al desenmascarse, que en las filas trotskystas todavía quedan algunos contra-revolucionarios disfrazados de bolcheviques.

La lectura del "Bulletin" nos lleva al convencimiento de que Wohiforth se ha desplazado hasta identificarse con las posiciones ultraizquierdistas y aventureras del pablismo, al que, al mismo tiempo, dice combatir. La revolución boliviana ha tenido la virtud de polarizar las tendencias políticas en escala internacional y dentro del movimiento trotskysta. Hay que felicitar a los conocidos adversarios y también los que hasta ayer pasaban de ser nuestros amigos, se hubiesen visto obligados a definirse con respecto a la estrategia y a la táctica poristas.

Wohiforth, para poder justificar su tesis anti-trotskysta, ha elaborado a priori un esquema y pugna por meter dentro de él los pujantes y polifacéticos acontecimientos revolucionarios. Siempre han obrado así populistas, espontaneistas y petardistas de toda laya. No tiene que extrañarnos que los pablistas hubiesen reproducido la tan publicitada pieza periodística del líder del Worker's League, que les vino como anillo al dedo para reforzar sus propios argumentos antiporistas y contrarrevolucionarios.

El segundo párrafo del artículo que comentamos contiene un descomunal error acerca del nivel alcanzado por el proceso revolucionario en Latinoamérica y del desarrollo de los acontecimientos bolivianos. Es completamente falso que los trabajadores mineros estén armados en sus lugares de trabajo; han estado y están, precisamente, desarmados. Durante las jornadas de agosto no ha sido posible salvar el gran abismo existente entre la calificada y experimentada dirección política de las masas, expresada en la Asamblea Popular, y las tremendas deficiencias materiales de los combatientes, sobre todo en el aspecto de las armas. Si se plantean así las cosas, es evidente que surgen la crítica y la autocrítica, a fin de subsanar esas fallas en el futuro próximo. Tratándose de los populistas, su argumentación, conduce a otro lugar: se ven obligados a imaginarse a las masas perfectamente armadas porque según ellos se debía haber tomado el poder en cualquier momento del lapso que media entre octubre de 1970 y agosto de 1971, si no se lo ha hecho así es culpa del reformismo del Partido Obrero Revolucionario, etc.

Si por desgracia los que razonan así tuviesen influencia política en Bolivia, es claro que habrían empujado irresponsablemente a los explotados a una sangrienta aventura. Seguidamente, dice Wohiforth que la clase obrera está a la ofensiva en el resto de América Latina. Esta absurda generalización le permite al articulista borrar de un solo plumazo -lo que demuestra que se trata de un presuntuoso pequeñoburgués- el



indiscutible y alarmante desnivel que existe en el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores latinoamericanos. Se puede decir que en algunos países la clase obrera está a la ofensiva, pero en otros no es esa la situación. En el primer caso no se puede nivelar simplemente lo que ocurre en la Argentina, Chile y el Perú, por ejemplo. En el Brasil se ha operado el aplastamiento y pulverización del movimiento revolucionario. Nuestro crítico ha colocado, muy complacido, al nivel del proletariado boliviano -que ha sido capaz de construir la Asamblea Popular- al resto de la clase obrera latinoamericana. De premisa tan peregrina se puede sacar la conclusión de que es posible tomar el poder no importa en qué país latinoamericano y en cualquier momento. Cosas de Wohlforth.

El articulista de "Bulletin" nos recuerda que la cuestión crítica del armamento de los trabajadores estaba subordinada a la cuestión política de la tipificación de Tórres. Tal formulación no es del todo correcta. El armamento de la clase debe ser planteado con referencia al desarrollo del proceso revolucionario, a la proximidad de la toma del poder. La existencia de la Asamblea Popular y no de Tórres, obligaba a discutir y solucionar este problema, pero el soviet boliviano no tuvo tiempo para discutir y resolver ese problema que estaba planteado.

Tórres es traído de los cabellos en el intento de demostrar lo indemostrable, que el método del Partido Obrero Revolucionario es reformista. Esta vez el contrarrevolucionario aparece de cuerpo entero, habla y actúa como portavoz del imperialismo norteamericano. Coloca en el mismo saco al general Tórres y a la derecha fascista del ejército y considera que las diferencias existentes entre ellos no deben ser tomadas en cuenta. Si hubiésemos cometido el tremendo error de identificar a Torres con Barrientos seguramente un disparo en la nuca habría acabado con nosotros; Wohlforth puede teorizar tranquilamente sobre esta identidad porque está marginando del proceso revolucionario y pasea su humanidad satisfecha por Estados Unidos, nadie puede dudar que en esta forma se beneficia, aunque en mínima proporción, de la plusvalía que los amos de Wall-Street exprimen al proletariado latinoamericano. El articulista aplica al ejército y a la clase gobernantes bolivianos el mismo criterio que le merecen el Pentágono norteamericano y la burguesía imperialista y en este terreno da las espaldas al marxismo, a Lenin y Trotsky.

Selich¹⁰ y Banzer actúan movidos por la CIA y el Pentágono, Paz Estenssoro es la carta que el Departamento de Estado ha colocado sobre la mesa; frente a ellos se levantó Tórres como expresión del nacionalismo de un país oprimido y explotado por el imperialismo norteamericano, del desplazamiento a la izquierda del proceso nacionalista iniciado en 1952 y que todavía no se ha cerrado. Es lástima que a la sesera del "teórico" norteamericano no pueda penetrar lo que los obreros iletrados de las minas y de las fábricas bolivianas saben por propia y amarga experiencia: Banzer y Barrientos son sinónimos de masacre, de crimen político y de cancelación de las garantías democráticas; Tórres dio un respiro democrático y sirvió para reorganizar y movilizar a las masas. Si estuviéramos obligados a escoger entre Tórres y Selich -en los hechos esto nunca nos planteamos- no dudaríamos un solo instante para inclinarnos en favor del primero. Tórres era la izquierda del ejército y del nacionalismo

10 Selich, después de haber sido descubierto en sus trajines conspirativos, fue enviado al destierro dorado y sustituido en el Ministerio del Interior por Adet Zamora, otro verdugo del pueblo.



pequeñoburgués y nada más, solamente a un tonto se le podía ocurrir confundirlo con el proletariado y exigirle que realice el socialismo o cosa parecida.

En Bolivia correspondió al Partido Obrero Revolucionario el gran mérito de haber señalado las limitaciones del nacionalismo pequeñoburgués -más concretamente, de contenido burgués, esto aunque sea civil o militar-, su incapacidad de realizar las tareas democráticas, entre otras la liberación nacional. Partiendo de este antecedente decisivo señaló el objetivo estratégico del gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado) y puso en pie el instrumento capaz de efectivizarla. La lucha para nosotros no era entre Tórres y las masas, sino entre el gorilismo y éstas últimas. Tórres no era propiamente un poder, el gobierno estaba, en los hechos, vacante. El gobierno obrero-campesino solamente podía lograrse a través del aplastamiento del gorilismo, lo que habría importado el simultáneo arrinconamiento de Torres.

Al formular la finalidad estratégica del gobierno obrero-campesino para la lucha en el presente período se cerraba la posibilidad de batallar en pro del fortalecimiento del gobierno Tórres. La revolución y la estructuración del gobierno obrero la íbamos a hacer nosotros y no los trotskystas norteamericanos. A estos les correspondía, como expresión de! proletariado, salir en defensa del gobierno de Tórres ante el ataque de la burguesía imperialista norteamericana, pese a todas sus limitaciones y defectos. Lenin para defender a los movimientos nacionalistas en los países atrasados, pidió que éstos permitiesen al proletariado y a su partido organizarse de manera independiente. Los Wohlforth no pueden comprender esta elementalidad porque están controlados umbilicalmente por el imperialismo.

"Bulletin" falsifica en cada línea nuestro pensamiento y nuestra acción. Cita parte de uno de nuestros artículos donde sostenemos que en octubre existía el equívoco de creer que las armas podían ser entregadas por los general en pugna, pero presenta como si se tratase de una convicción valedera para todos los momentos de la lucha. Resulta que el Partido Obrero Revolucionario luchó con firmeza para vencer este prejuicio de las masas y ese objetivo se logró al final. Damos un hecho real que no puede encajar de manera alguna en el esquema de Wohlforth: el gobierno de Tórres concluyó proporcionando la miseria de cuatrocientas unidad de armas viejas, esto al amanecer el 21 de agosto. Nos adelantamos en señalar que nosotros no modificamos nuestra caracterización de Tórres por este dato.

Se eleva el grito al cielo porque en la noche del 20 de agosto los puristas fueron a lo de Tórres junto a Lechin, a un representante del Partido Comunista y también de toda la ultraizquierda, para exigirle la entrega de armas al pueblo. Este ultimátum puede ser considerado como un método pedagógico para enseñar a las masas a confiar únicamente en sí mismas. Lo que extraña es que nuestro impugnador mañosamente elimine de todos estos actos a los ultraizquierdistas. Así mañosamente quiere hacer pasar gato por liebre.

Los hechos nos obligaron a luchar lado a lado con los ultraizquierdistas y los efectivos militares leales a Tórres. Había una ventaja para nosotros, trotskystas, sabíamos lo que buscábamos. Solamente a un imbécil se le habría ocurrido aconsejar que en ese instante de la lucha se volcasen los pocos fusiles que tenían las masas contra el gobierno de Tórres. Esta táctica de locos habría precipitado la victoria fascista.



En los párrafos que siguen las mentiras y falsificaciones son todavía de mayor volumen, aunque carecen de significación teórica. Por ahí se dice que el trabajo partidista casi desapareció a costa del esfuerzo hecho para mantener en pie a la Asamblea Popular. Un revolucionario no puede olvidar que la existencia de la Asamblea Popular, políticamente dirigida por el Partido Obrero Revolucionario, constituye una victoria sin precedentes y que debe ser cuidadosamente estudiada y asimilada por quien se precie de ser marxista.

La Asamblea Popular es presentada como un bloque de nacionalistas, comunistas y trotskystas. Esto es el absurdo llevado a extremos insospechables. La Asamblea Popular fue un frente antiimperialista dirigido política y orgánicamente por la clase obrera, en cuyo seno se encontraba todo el espectro del movimiento revolución revolucionario, excepción hecha del pablismo, lo que es por demás sugerente.

Leemos otra tontería que seguramente nadie podrá tragarse. La tesis estúpida del pablismo dice que la Asamblea Popular apoyó incondicionalmente nada menos que al general Juan José Tórres. La irresponsabilidad pablista arremete frontalmente a los hechos históricos y de público conocimiento. Enumeramos algunos datos ilustrativos:

La Asamblea Popular nació -al hacerlo proclamó que era órgano de poder de los explotados y oprimidos y que su objetivo central era la lucha por el socialismo- contra la voluntad del gobierno presidido por el general Tórres, declaración que fue registrada por toda la prensa, y al margen del ordenamiento jurídico vigente en ese momento.

La nueva organización declaró públicamente que luchaba por estructurar el gobierno propio de los explotados y materializar el socialismo.

Solamente a un imbécil se le puede pasar por la mente que la Asamblea Popular nació y vivió para fortalecer al gobierno castrense timoneado por el general Tórres.

El "amigo" Tim Wohlfort ha cometido un verdadero timo ideológico y resulta explicable su conducta si se considera la relación existente entre un país atrasado y el imperialismo. La burguesía imperialista presiona poderosamente sobre las tendencias seudo revolucionarias y éstas, como en el caso que venimos comentando, pueden expresar un punto de vista contrarrevolucionario tratándose del porvenir de los explotados de los países atrasados.

c) UN DISPARO AL AIRE (A PROPÓSITO DEL FOLLETO "¿POR QUE BOLIVIA CAYO EN MANOS DEL FASCISMO?")

Es tarea difícilísima seguir los escritos de René Zavaleta debido a su estilo retorcido y extremadamente confuso. En el documento que tenemos a la vista se comprueba nuevamente su afán de recargar los adjetivos en desmedro de los verbos y de la comprensión del texto. Su autor parece estar mirándose en el novelista y emeenerista Augusto Céspedes, sin alcanzar en ningún momento la autenticidad de este último en el uso generoso del adjetivo picante y burlón. Nos esforzaremos en asir las ideas de Zavaleta para poder analizarlas.



El folleto “¿Por qué Bolivia cayó en manos del fascismo?” comienza estudiando la naturaleza y origen del gobierno militar encabezado por el general Tórres. Esas primeras líneas ya sucumben bajo el peso enorme de innumerables equívocos (deformación de los hechos y su errada interpretación).

Las clases sociales y los sectores políticos, que sólo excepcionalmente siguen una misma finalidad estratégica, pueden coincidir en muchos puntos en su lucha diaria, vale decir, en el campo táctico, lo que ciertamente está lejos de constituir una alianza de colaboración clasista, que supone la renuncia de la estrategia revolucionaria del proletariado en beneficio de las otras clases sociales, que pueden adoptar posturas progresistas y que, por este mismo hecho, no pueden ser ignoradas. La coincidencia a la que nos estamos refiriendo es el resultado del desarrollo objetivo de una determinada situación política y supone que las fuerzas sociales de ese proceso siguen, en último término, direcciones diversas, aunque no necesariamente opuestas. Puede haber coincidencia momentánea que no suponga necesariamente compromiso político de largo alcance.

La alianza política se refiere a un entendimiento alrededor de la finalidad estratégica y por esto mismo es preciso preguntarse qué clase social es la que sale ganando en un, determinado compromiso. Hay alianzas y alianzas, unas beneficiosas y otras repudiables. La coincidencia en la lucha es algo episódico y expresión de posiciones y tendencias diferentes, que no siempre importa un compromiso de largo alcance. Una actitud política puede ser combatida desde la derecha y desde la izquierda, esta coincidencia episódica alrededor de un objetivo, no quiere decir que haya identidad de línea política o de propósitos finales.

En octubre de 1970 hubo, en verdad, una coincidencia entre el grupo militar formado alrededor del general Tórres y el movimiento obrero -que en ese momento pasa de la duda y la desconfianza en sus propias fuerzas al combate osado- en la lucha, entiéndase bien, contra la conspiración fascista. Nada más que coincidencia circunstancial, porque seguidamente se demostrará que los trabajadores siguen una orientación que no es la misma que la del jefe militar que llegó a la Presidencia apoyándose en la huelga general política (obsérvese que de facto, sin ningún entendimiento o compromiso previos). Y no podía ser de otra manera si se tiene en cuenta que el proletariado ha madurado en la escuela de traiciones y frustraciones del nacionalismo pequeño-burgués, para superarlo en el plano político, precisamente. Zavaleta desearía que las alianzas políticas fuesen perfeccionadas ajustándose a las prescripciones del Código Civil, respetando la libre voluntad de los pactantes, etc. Semejante criterio es producto del subjetivismo. Las actitudes asumidas por los protagonistas les lleva a contraer compromisos temporales con otras organizaciones, al margen de todo formalismo.

Un amplio movimiento de vieja data e independiente de masas, particularmente proletarias, que sigue las vicisitudes de la organización autónoma frente a la influencia ideológica y organizativa de clases sociales que le son extrañas, desemboca en las jornadas de octubre de 1970, de enero de 1971 y en los acontecimientos que tienen lugar con motivo del nacimiento y desarrollo de la Asamblea Popular. Por todo esto resulta falso sostener que ese movimiento existió porque el militarismo le dio su venia: “el ascenso de masas ocurría bajo la permisión militar”. El ascenso de masas fue para los militares un hecho objetivo y tuvo lugar pese a sus deseos y planes.



El defecto global del folleto que estamos comentando radica en que no distingue entre estrategia y táctica, algo más, en que ignora por completo la estrategia de la clase obrera y se pierde en seguir y pretender vanamente explicarse la acción diaria. No es, pues, casual que no se consignen las grandes tendencias que se agitan en el seno de los explotados y de esta manera se concluye despojando de todo sentido sus pasos tácticos.

En cierto lugar se lee: "Los obreros y los militares siguen siendo los sectores estratégicamente superiores, los grupos decisivos en las luchas sociales del país". Si se planean las cuestiones de manera tan abstracta, el análisis político se torna incomprensible. Los militares, de una manera general, son criaturas y, en ciertos casos, expresión de la clase dominante, de la burguesía.

Como generalidad sólo se puede decir que en nuestra y también en Bolivia el proletariado es la clase revolucionaria por excelencia. Esa clase para convertirse en fuerza decisiva en las luchas sociales y políticas tiene que dejar de servir a sectores de, una clase enemiga y cobrar fisonomía propia, lo que importa que adquiera conciencia de clase y se estructure como partido, conforme ya ensañaba el "Manifiesto Comunista".

Cuando se añade que el otro grupo decisivo, en oposición a la clase obrera, está conformado por los militares se sienta una tesis extremadamente imprecisa y por momentos errónea. No son todos los militares unos gorilas o fascistas, como es el caso de la alta jerarquía castrense, sino que muchos de ellos sinceramente siguen a las tendencias nacionalistas que entran en fricción con el imperialismo y sería absurdo descartar la posibilidad de que algunos evolucionen hasta las posiciones marxistas. La clase obrera puede y debe encontrar aliados dentro de las mismas fuerzas armadas.

Ni siquiera en la metrópoli opresora están cerradas las posibilidades de que las fuerzas revolucionarias ganen para su programa o neutralicen a parte del ejército, entre ellos a los militares de carrera. No se puede comprender debidamente el rol de la entidad castrense y de los militares bolivianos en la política si no se parte de la evidencia de que se trata de un ejército de un país atrasado y que es erróneo darle el mismo trato que si fuera de la metrópoli. En Bolivia es tremendamente peligroso catalogar globalmente a las fuerzas armadas en el polo de la contrarrevolución fascista y, además, es erróneo. El ejército de un país atrasado, criatura como es de la clase dominante, reproduce de manera particular las características y limitaciones de la burguesía nacional. Esto explica que una y otra vez aparezcan y se desarrollen tendencias nacionalistas antinorteamericanas en los medios militares. Frente a estas tendencias tiene que observarse la misma conducta que observamos frente al nacionalismo burgués antiimperialista. En cierto momento, los nacionalistas con charreteras se convierten en aliados de la clase obrera y no en sus enemigos jurados. El ejército está metido en medio de la lucha de clases --pese a que el hecho es negado tercamente por la alta jerarquía castrense-- y soporta la poderosa presión tanto del imperialismo y sus agentes como del proletariado. En cierto momento se refleja en su seno la lucha de clases y la victoria de la revolución no puede concebirse sin la simultánea disolución de las fuerzas armadas por su amplia base social.

De aquí se puede concluir que los supuestos intereses de la "institución armada", considerados por encima de la misma sociedad, solamente pueden jugar algún papel si se identifican con la reacción, con la lucha nacionalista o bien tienden, a nombre de la clase obrera, a ganar a soldados y jóvenes oficiales para la revolución. Son las



variantes que sufre la lucha de clases que determinan en ciertos jefes militares se desplacen de derecha a izquierda y a la inversa y no los "intereses de la institución", formulados como una abstracción. La sensibilidad de ciertos oficiales del ejército boliviano frente a las tendencias nacionalistas y a la prédica socialista es consecuencia de las particularidades de nuestro ejército y no de los "intereses de la institución", etc.

No es cierto que el ejército en su conjunto, en momento alguno, hubiese "tratado de ganar puntos y prestigio ante la izquierda", es sólo una parte de él que se aproxima a las masas y a sus expresiones izquierdistas, la otra - desgraciadamente la mayoritaria - no perdió oportunidad alguna para aplastar sangrientamente a la mayoría nacional. Cuando se escribe que el ejército buscaba "ganar puntos y prestigio ante la izquierda", se tiene la sensación de que buscaba ser dirigida por esa izquierda, cuando la verdad es que trató vanamente de arrastrarla detrás de sus limitados objetivos nacionalistas. Este proceso se dio como aproximaciones y distanciamientos y en esta medida fue reflejo de la lucha de clases. Resulta ingenuo sostener que es el Institucionalismo" el culpable de que un gobernante militar de izquierda no hubiese entregado la suficiente cantidad de armas a los obreros; se debe, más bien, al miedo que tiene la burguesía nacional o su sucedánea pequeñoburguesa, de ser sobrepasada por el movimiento revolucionario acaudillado por el proletariado.

René Zavaleta considera que la concentración de poder político en manos de un partido o de un sector social constituye toda una desgracia porque no destruye las contradicciones (¿qué contradicciones?, porque hay contradicciones y contradicciones). La dictadura del proletariado es nada menos que una descomunal concentración de poder político en manos del proletariado y, sin embargo, nadie pretende que viva, se desarrolle y, desaparezca al margen de sus contradicciones internas; también existirá en contradicción con el capitalismo mundial y con los sectores sociales reaccionarios.

Se dice que la izquierda no desarrolló una táctica segura frente a los gobiernos de Ovando y Torres. No sabemos en qué sentido esa actitud titubeante es considerada errónea o no. Más adelante se indica que el error fue no tener la iniciativa frente a los militares y permitir que estos dijese primero su palabra. En definitiva; estas son nimiedades frente al problema de saber qué política debía observar la izquierda revolucionaria frente al nacionalismo de contenido burgués de los gobiernos militares, que necesariamente entraban en fricción con el imperialismo y los sectores fascistas. Algo más, uno de los errores consistió en creer que esos gobiernos podían destruir al fascismo; los marxistas sabían desde el primer día que esa tarea es muy grande para el nacionalismo de contenido burgués.

Podríamos utilizar los argumentos de Zavaleta contra él. El folleto es titubeante y no se atreve a decir que el más grande crimen cometido por el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria consiste en haber actuado como si el enemigo fundamental fuese el general Torres y no los militares fascistas. Se podrá responder que ahora su posición es diferente; sin embargo, un error en política sólo puede ser completamente superado si se tiene el suficiente coraje para someterlo a la autocrítica más despiadada y radical. El folleto llega a la conclusión de que debía pactarse con el gobierno Torres. Planteada la cosa así se tiene que suponer que el objetivo era ingresar en el seno de ese gobierno, lo que supondría que se obligue al proletariado a abandonar su estrategia. Lo correcto habría sido contrariando la conducta mirista, establecer acuerdos tácticos frente a la insurrección fascista, cosa que se hizo en los hechos.



Como quiera que Zavaleta no se toma la molestia de caracterizar, particularmente desde el punto de vista de clase, a los gobiernos presididos por Ovando y Torres, encubre su flojera con el fácil recurso de bautizarlos como "semibonapartista". El lector dirá que se trata de un progreso, teniendo en cuenta que antes sostenía furiosamente que eran cien por cien bonapartistas. En primer lugar, sólo una ligereza irresponsable puede permitir que se confunda a Ovando con Torres. Si es evidente que Torres no encarnaba al ejército -y esto desde el mismo octubre de 1970- y su espada no era considerada una prenda de garantía ni para el imperialismo ni para los empresarios privados del país, es claro que no pudo ser bonapartista en ningún porcentaje.

El escrito de Zavaleta resulta incomprensible porque mezcla caprichosamente dos posiciones extremas y excluyentes: la concepción foquista y la certidumbre de que la revolución debe hacerse con las masas. En varios pasajes es visible el extremo esfuerzo hecho por reivindicar la validez del ultrismo foquista. No sin extrañeza leemos que para Ovando el desafío fundamental fue Teoponte y no la clase obrera; se da entender que ésta prácticamente no existió como fuerza política durante este período. Si los trabajadores hicieron "posible el 7 de Octubre" quiere decir, ni duda cabe, que ya existían como fuerza política. La huelga general de obreros desarmados modificó el curso de la historia en pocas horas e hizo posible el ascenso de Torres al poder, en ese mismo momento los foquistas deambulaban por la selva de Teoponte y lastimosamente se morían de hambre. Sustener que este sacrificio primaveral fue más trascendental que la actuación obrera es pueril.

Es tiempo de decir con toda claridad que las acciones armadas contribuyen a la evolución de la conciencia de clase (factor clave de la revolución en la que estamos empeñados) sólo cuando estas acciones son parte de la actividad de las mismas masas. El foco es un fenómeno exterior y extraño a la clase, aún en el caso de ser conformado exclusivamente por obreros. De una manera indirecta y débil, ciertamente que tiene algo que ver con las masas, como todos los demás fenómenos que tienen lugar en la sociedad. La política militar revolucionaria tiene que comenzar asimilando críticamente la rica experiencia que sobre la materia tienen obreros y campesinos. Nuestra clase obrera no sólo que se armó y ha sido desarmada varias veces sino que ha librado batallas contra fuerzas regulares del ejército y los organismos de represión en varias oportunidades y de la manera más diversa. Es absurdo pretender imponer a los proletarios una concepción militar basada en experiencias que le son ajenas.

Hay algo realmente intragable en el mencionado escrito y es eso de las "masas populistas"; por mucha buena voluntad que se ponga es difícil saber qué quiso decir su autor. Las masas no son una generalización, sino que ellas están conformadas por clases sociales y en el caso boliviano esas masas se movilizaban, hacia la toma del poder bajo la dirección política del proletariado. La lucha partidista refleja esta realidad y a ésta se la puede calificar de cualquier modo menos como "populismo".

Si bien todo el folleto es el esfuerzo desesperado que hace su autor por acomodar verbalmente la realidad a sus necesidades políticas del momento, el análisis de la Asamblea Popular constituye el punto culminante de las distorsiones y de las interpretaciones capciosas.

En primer lugar estaría la posición del POR, "que considera que la Asamblea es ya el poder dual, el brazo obrero en el poder dual, y que debe comenzar a ejercitar su poder cuanto antes, mediante la acción de las masas". A este atrevimiento se opondrían la



sabiduría y moderación del MIR y PCML (en la Asamblea él no figuró como tal y para ganar un voto apareció como PDCR y Espartaco), "que tomaban a la Asamblea como un germen de poder dual, es decir, un embrión del Estado obrero, que no podía existir si no creaba su aparato coercitivo previamente, es decir, su fundamento armado, independiente de Torres y del ejército, aunque eventualmente aliado a ellos". Así una vieja tesis es presentada con retoques. Los ultras no hablaron de eventual alianza con Torres, sino de la urgencia de derribarlo de inmediato y de decretar la insurrección (el que se oponía a tan descabellada conclusión era tildado de reformista) y el "aparato coercitivo" recibió el nombre de ejército popular.

Abusivamente se le atribuye al POR cosas que nunca sostuvo. El trotskismo considera a la Asamblea, cosa que puede leerse en los documentos partidistas y en los de la misma Asamblea, como órgano de poder del proletariado y de las masas. El POR no pudo en momento alguno decir que era el "brazo obrero en el poder dual", esto porque la Asamblea nació como frente anti-imperialista de varias clases, de las masas bolivianas (ver sus "Estatutos"), y luego porque la dualidad de poderes la planteaba ella misma y no se trataba de un fenómeno que le fuera extraño. La dualidad de poderes existe desde el momento que actúa un organismo con rasgos soviéticos y es evidente que pasa por varias etapas. Era la Asamblea-Soviet el germen del futuro gobierno revolucionario y no de la dualidad de poder en sí, como equivocadamente sostiene Zavaleta. En su momento se habría lanzado la consigna de "todo el poder a la Asamblea" y no a la dualidad de poder, que estaba llamada a desaparecer en favor de la contra-revolución o de la victoria del gobierno obrero.

Ni el poder obrero, ni la dualidad de poderes dependen de la constitución del "ejército popular" (si, los trabajadores pudiesen organizar este ejército sería una muestra de que ya son dueños del aparato estatal), porque su existencia se debe a que la organización soviética se convierte en la única autoridad para las masas y adopta sus decisiones sin tomar en cuenta la voluntad del gobierno central ni el ordenamiento jurídico imperante. Las bases constitutivas de la Asamblea señalan que esta organización tenía resuelto ejecutar sus decisiones utilizando los métodos propios de la clase obrera, en cuya base se encuentran la movilización y la acción directa de masas. Salta a la vista que para cumplir este mandato no es indispensable contar con un ejército o con grupos armados. Las masas en su empeño por imponer su voluntad pueden verse obligadas a recurrir a las armas, la forma cómo se plantee este problema y la forma de resolverlo dependen de circunstancias políticas concretas.

El proletariado, con el que se identificó el POR en los planteamientos teóricos y en la práctica diaria, tenía una concepción diferente. La tarea primordial radicaba en acentuar y profundizar la movilización de las masas, a fin de que ellas se viesen colocadas ante la situación de tomar el poder. Así, era preocupación fundamental encontrar la fórmula que permitiese esa movilización. Sabemos que en la insurrección hay un momento en que todos los problemas políticos se resuelven como una operación militar, nos referimos al hecho físico de la toma del poder. Esa lucha final no podrá menos que ser armada, de aquí se deduce que el armamento de las masas es una consigna vigente. Pero, ese armamento debe responder a las necesidades de las masas en su lucha y en su movilización. El MIR formula el armamento como hecho anticipado y necesariamente al margen de los sectores mayoritarios de los explotados. De una u otra manera, concluye sosteniendo que el armamento de la Asamblea debía consistir en la preparación militar de los brazos armados de algunos partidos. La cuestión era otra: se trataba de poner los fusiles al alcance de miles de trabajadores y campesinos,



que tradicionalmente se movilizan en los momentos de mayor agudeza de la lucha.

La acentuación de la marcha de las masas era la tarea política preeminente y la Asamblea consideró que ese objetivo se lograría luchando por la conquista e imposición de la participación obrera mayoritaria en la administración de COMIBOL (que equivale a decir el control de la economía misma del país). En las discusiones públicas se dijo que no se trataba, en definitiva de convertirse en buenos administradores sino de considerar ese planteamiento como una reivindicación transitoria capaz de unir y movilizar a las masas y conducir las a la conquista del poder. Se remarcó, una y otra vez, que se descartaba que el gobierno cediese pacíficamente ante la exigencia y que el ejército no permitiría la implantación de ese tipo de participación. En resumen, se marchaba con la certeza de que antes de lograr la participación obrera mayoritaria en la administración de COMIBOL las masas se verían obligadas a tomar el poder. Por otro lado, partiendo de la experiencia negativa del control obrero individual y burocratizado en COMIBOL, se puso mucho cuidado en que esa participación fuese colectiva y ejercitada por la clase misma, pues la autoridad máxima radicaba en la asamblea sindical y los organismos primarios de ejecución estaban en manos de los obreros reunidos en sus lugares mismo de trabajo. El punto conflictivo de mayor envergadura con los planes y esperanzas del gobierno se encontraba en la exigencia obrera de que la designación del gerente general debía quedar en sus manos.

A lo anterior llama Zavaleta ocupación "desde arriba" de las minas, para oponerla a la "ocupación desde abajo" que Bizque pregonaba el MIR. Para justificar su tesis incurre en la falsedad de que la tendencia proletaria buscaba la participación a través de un entendimiento y una componenda con el gobierno, de lo que puede deducirse que se pugnaba por lograr la pacífica transformación del régimen imperante en socialismo. Sin embargo, debemos decir que esto sólo existe en la cabeza del autor del folleto.

La tan publicitada "ocupación desde abajo" parece referirse a algunas ocupaciones de pequeñas minas, muchas de las cuales se dice que estuvieron inspiradas por las mismas autoridades. Con todo, se trataba de un movimiento caótico y frente a él la gran movilización nacional alrededor de la participación obrera propuesta originalmente por la Federación de Mineros era, ni duda cabe, un gran paso hacia adelante.

Desaprensivamente dice Zabaleta que en la Asamblea se impuso la tendencia sindicalista e insinúa que frente a ella estaba el "marxismo" del MIR. La tesis es muy atrevida. El MIR no tiene programa y su difusa ideología se confunde con el populismo: no puede, pues, ofrecer marxismo y ni siquiera un conducta coherente. Lo que aquí se llama tendencia "sindicalista" no es otra cosa que la expresión programática de los intereses históricos del proletariado: fue la ideología y el programa obrero los que se impusieron frente al caos pequeño-burgués encarnado en maoístas y miristas. No era cosa del azar que se hubiese exigido e impuesto que los delegados de la clase obrera fuesen el 89% del total, se quería así dar la expresión tangible a la dirección proletaria de la Asamblea. La clase obrera estaba presente no sólo físicamente, sino como programa político.

No eran los partidos políticos en general los que sufrieron mengua en la constitución de la Asamblea. Lo que ocurrió fue que las tendencias pequeño-burguesas resultaron arrinconadas y aplastadas por la ideología proletaria y esto nos parece que estaba muy bien; más como se suele decir, Zabaleta tiene derecho al pataleo. Se habla de una clase obrera sin influencia partidista. Si se tiene en cuenta que el proletariado



boliviano es altamente politizado y que ha sido capaz de estructurar la organización soviética llamada Asamblea Popular, partiendo de un programa político marxista y muy elevado, lo correcto es descubrir qué tendencias políticas han hecho posible tan admirable evolución de los explotados. La Asamblea Popular es la culminación de un largo proceso de formación de la clase que transcurre por lo menos a lo largo de treinta años, a partir de la Tesis de Pulacayo, pasando por la experiencia dentro del MNR y de su diferenciación política frente a él, hasta la Tesis Política del IV Congreso de la COB y las bases constitutivas de la propia Asamblea. Lo admirable para cualquier observador es la continuidad de esa línea política, su terca persistencia en los puntos fundamentales y la reiteración de una concepción ideológica; eso sólo puede lograrse si un núcleo político ha vivido, actuando y desarrollándose en el seno de la clase.

¿Cuándo Torres aceptó negociar con la Asamblea y sobre qué? En ningún momento se estableció un diálogo entre ambos y la especie es producto de una pura especulación. Además, nada había que negociar, si tomamos en cuenta las resoluciones fundamentales adoptadas por la Asamblea.

El POR explanó, sin atenuantes ni tergiversaciones la estrategia del proletariado y luchó apasionadamente por imponerla. En esta medida es absurdo decir que este partido se unió a tal o cual caudillo o partido político, las cosas sólo podían haber ocurrido de modo inverso.

El "predominio concreto de los obreros sobre los universitarios" es presentado como una manifestación del obrerismo puro", vale decir, de la desviación sindicalista. Nuevamente nos encontramos frente a una deformación de los hechos. El planteamiento, aprobado por la Asamblea, de la universidad única dirigida por la clase obrera era un paso estrictamente político, buscaba convertir la cuestión universitaria en un aspecto de la política revolucionaria de esta clase. No se trataba ni de odio ni de desprecio a los universitarios.

En la página 8 se sostiene que la Asamblea era un Soviet sin partido político, lo que habría determinado la victoria de la tendencia sindicalista. Los Soviets pueden existir esté o no en su seno el partido revolucionario de la clase obrera, pues no es éste el que determina sus características esenciales. La dirección política lo que hace es asegurar una determinada orientación y nada más.



CAPÍTULO V

LA CONTRARREVOLUCIÓN DE AGOSTO DE 1971

El 19 de Agosto de 1971 estalló el tan esperado y anunciado golpe de Estado de la derecha del ejército, teniendo como soporte civil a la desmembrada FSB de Mario Gutiérrez (un sector timoneado por Riveros se reclama de la izquierda) y al MNR. inconfundiblemente como la carta segura del imperialismo norteamericano en el llamado Pacto de Lima.

El Ministro del Interior Jorge Gallardo Lozada, hizo el anuncio oficial y añadió que se había declarado estado de emergencia nacional ("El Nacional", La Paz, 20 de agosto).

"El Gobierno Revolucionario comunica que ha estallado el golpe fascista en Santa Cruz, encabezado por Mario Gutiérrez, jefe de la Falange Socialista Boliviana y grupos minoritarios de la derecha del MNR.

"Ante la subversión derechista, cuyo esquema golpista ha sido perfectamente detectado, se declara estado de emergencia nacional y se convoca a las organizaciones populares y revolucionarias movilizarse en torno al Gobierno Revolucionario para defender las conquistas del pueblo boliviano y destruir a la contrarrevolución fascista. El gobierno controla la situación en el país y se mantiene firme en los postulados del 7 de octubre junto al pueblo".¹¹.

Con anterioridad se denunció que el gorilismo iniciaría las operaciones contrarrevolucionarias en la periferia del país, teniendo como eje a los efectivos militares ubicados en el oriente. Efectivamente, el movimiento subversivo se extendió rápidamente a las divisiones de Riberalta, Camiri, Bermejo, hasta Tarifa. Esa tenaza de fuego -tenaza poderosa, ciertamente, porque en ella estaba comprometido parte del ejército- fue presionando y encerrando más y más a La Paz, no tanto a la población como a la jerarquía castrense. La defección de las guarniciones de Cochabamba y Oruro tornó en insostenible la situación del Presidente Torres, planteándosele como tarea ineludible la retoma de la última ciudad, que se encontraba fuertemente cercada por el Rangers de Challapata.

La insurrección castrense se presentó enarbolando la bandera de un furioso anticomunismo, que debe entenderse como la lucha contra la decisión de las organizaciones de masas y revolucionarias para implantar en el país un régimen socialista y un gobierno propio de obreros y campesinos; contra el fortalecimiento de la Asamblea Popular, como órgano de poder de las masas y del proletariado y cauce de movilización que objetiviza la consigna de gobierno obrero-campesino; contra el peligro que significaría para el Estado la participación obrera mayoritaria en Comibol y la Universidad Unica, bajo la dirección hegemónica del proletariado. Dicho de otra manera, el gorilismo, al comprobar que el avance acelerado del proceso revolucionario

11 El Decreto Supremo de 19 de agosto encomienda a los Ministros del Interior y de Defensa el mantenimiento del orden y "la movilización total y activa del pueblo en torno al gobierno".



planteaba su inminente aplastamiento, se vio obligado a consumir un golpe contrarrevolucionario preventivo.

La campaña encaminada a justificar el golpe, centró sus fuerzas contra el programa del proletariado, particularmente, y sólo tangencialmente se refirió al General Torres y a su gobierno. La verdadera lucha se libró y se sigue librando, entre la mayoría nacional y el gorilismo y en ella Torres juega un papel de poca importancia.

Torres permaneció equilibrándose en la punta de un alfiler durante 9 meses gracias a la aguda tensión establecida entre los extremos en pugna, que acumulaban fuerzas sin atreverse a iniciar el ataque. Se tienen datos en sentido de que la Embajada norteamericana veía con mucha desconfianza al régimen castrense porque prácticamente había dejado de gobernar. De una u otra manera, los bandos en pugna se esforzaron por utilizar al gobierno como punta de lanza contra su adversario. El régimen nacido el 7 de octubre de 1970, no pudo en ningún momento concentrar en sus manos el control total, o por lo menos predominante, sobre las fuerzas armadas. Se agotó en los esfuerzos que hizo por ganar a los generales conspiradores, a cambio de las concesiones cada vez mayores que les hacía, al extremo de que en todo momento pudieron moverse con bastante libertad; después de cada golpe de estado fallido los gorilas en la mayor parte de los casos eran simplemente cambiados de destino (hubo casos en los que no se les privó de su mando sobre la tropa) y excepcionalmente enviados al destierro. El plan contrarrevolucionario consistió en quitarle a Torres todo apoyo militar y en vísperas del 19 de agosto el Presidente muy difícilmente era obedecido por el 20% de los mandos militares. Inspirándose en la experiencia de octubre, el gorilismo trabajó firme y pacientemente para alcanzar una correlación de fuerzas que le fuese clara e indiscutiblemente favorable, a fin de capturar todo el poder político sin lucha y sin disparar un solo cartucho, ésto para evitar que las masas ganasen las calles y diesen un curso imprevisible a los acontecimientos. Esa preocupación alcanzaba también a los jefes castrenses adictos al oficialismo que dieron nuestras inequívocas de temer más a las masas que a la derecha del ejército.

Desde el momento de iniciación de la revuelta fascista en Santa Cruz hasta la partida de Torres del Palacio Quemado, transcurrieron tres escasos días y, sin embargo, fue un lapso suficiente para que las masas ganasen las calles; el centenar de muertos y el medio millar de heridos constituyen elocuentes y trágicas pruebas.

A las once de la noche del día 20 se reunió el Comando Político, organismo de la Asamblea Popular encargado de tomar en sus manos la dirección del movimiento de masas entre uno y otro período de sesiones de aquella, y determinó convocar a todos los explotados a ganar las calles para combatir activamente a la conspiración gorila. El comando militar fue ampliado con representantes de los partidos políticos pertenecientes a la Asamblea.

(1) El D. S. de 19 de agosto encomienda a los Ministros del Interior y de Defensa el mantenimiento del orden y "la movilización total y activa del pueblo en torno al gobierno".



RESOLUCIÓN DEL COMANDO POLÍTICO

Los últimos acontecimientos registrados en el país, evidencia, una vez más, que el gorilismo, la reacción fascista, y los sirvientes del imperialismo, utilizan el golpe de estado, el terrorismo y todos los medios en su vano intento de aplastar al movimiento revolucionario y a la clase obrera.

El Comando Político, a nombre de la Asamblea Popular, reitera que su objetivo fundamental es la construcción del socialismo, que sólo podrá lograrse a través del total aplastamiento del gorilismo fascista y de la reacción, aplastamiento que supone la destrucción de su poderío económico, desgraciadamente intacto en muchos sectores.

El golpe fascista, que ha venido avanzando y proclamando a tambor batiente la catástrofe nacional que tanto desea, tiene un carácter preventivo con referencia a la inevitable participación obrera mayoritaria en Comibol, a la victoria segura del pueblo boliviano y de su clase proletaria, que será la victoria definitiva del socialismo. La defensa de nuestra causa, que es la causa de los hombres y mujeres que habitan este país, nos obliga a rechazar con toda energía y decisión la provocación fascista.

En este momento crucial creemos de nuestro deber puntualizar que la reacción puede conspirar, cómodamente, utilizar parte del aparato y recursos estatales, debido a las dudas, debilidad y peligrosas oscilaciones de la derecha a la izquierda del Gobierno del general Torres. El Pueblo Boliviano no puede estar de acuerdo ni complicarse con esta conducta y señala que toda concesión al gorilismo fascista, todo acuerdo con él importa un rudo golpe al proceso revolucionario, una traición a los intereses nacionales y un marcado servicio al imperialismo.

Por todo lo anterior el Comando Político, dirección frente único antimperialista y revolucionario, llama a todos los bolivianos, a los hombres y mujeres, a los trabajadores e intelectuales de avanzada, a los soldados, clases y jóvenes militares revolucionarios a ponerse en pie de combate a ganar las calles para aplastar total y definitivamente al gorilismo golpista, a la derecha cavernaria y a los sirvientes del imperialismo.

El Comando Político llama a todos los bolivianos a defender su revolución, que es su propio porvenir; a salvar al país del descarado gorilismo y a arrancar de cuajó a la contra revolución.

BOLIVIANOS: El pueblo está en guerra a muerte con el gorilismo fascista. Como en toda guerra, el objetivo central consiste en vencer y aplastar al enemigo.

Los explotados confían únicamente en sus organizaciones y su propia fuerza y es alrededor de aquellas que deberán movilizarse.

La Paz, 19 de agosto de 1971.

El viernes 20, por la tarde, se efectuó la multitudinaria manifestación antifascista y antimperialista. Los trabajadores respondieron positivamente al llamado que les hiciera el Comando Político y la COB. La marcha duró aproximadamente 4 horas, originalmente se había acordado realizar la concentración frente al local de la Asamblea Popular (ex Palacio Legislativo). Sin embargo, por el espíritu conciliador de Lechin, el Palacio de Gobierno sirvió de testera al acto. Los oradores estuvieron muy por debajo del espíritu



que animaba a los manifestantes y ninguno señaló con claridad los objetivos por los cuales se debía luchar y morir, Torres y Lechín fueron abucheados con frecuencia y este último, hablando bajo el látigo de sus adversarios, buscó aparecer radicalizado con la consigna de expropiar las empresas de los conspiradores fascistas. Torres nuevamente dio muestras de su seguidismo servil ante las masas movilizadas. Los manifestantes gritaban: J. J. dale duro y el Presidente respondía como un chiquilín: "les daré duro".

La manifestación, entre risas y rechiflas, volvió a demostrar que Lechín era una figura totalmente envejecida y superada. "Ultima Hora" (23 de agosto), que le es totalmente adicta, escribió: "Lechin habló entre rechiflas y voces de definición política. Este veterano dominador de multitudes con su oratoria revolucionarista, esta vez fue incapaz de imponer su dominio. Dijo, tal vez, conceptos diferentes a los que esperaba hacerlo, alcanzando a pedir la unidad de todas las fuerzas de izquierda y a que se apoderen de las propiedades y empresas de quiénes se hubieran alistado en la conspiración". Aquí aparece como un achacoso Belzu.

La marcha antifascista tuvo un rostro sonriente, explicable si se tiene en cuenta que todos, hombres de la calle y gobierno, estaban seguros que sus descomunales dimensiones habían ya aplastado a la conspiración fascista. Algunas horas más tarde se verá con clara nitidez que la rebelión militar solo podrá ser aplastada empuñando el fusil.

En octubre de 1970 la clase obrera ocupó el escenario político sin armas, como una simple masa. Ya entonces se comprendió claramente que para poder vencer al gorilismo era preciso poner un arma de fuego en manos del obrero politizado. En ese entonces era idea generalizada -compartida hasta por nosotros marxistas- que las armas serían cedidas por el equipo militar gobernante, por considerar, que solo apoyándose en las masas y dotándoles de una adecuada capacidad de fuego podría, por lo menos, neutralizar a la derecha gorila. La conclusión resultó completamente equivocada, no se tuvo en cuenta que Torres consideraba preferible pactar con sus compañeros generales, capitular ante ellos, antes de armar a las masas que dieron pruebas evidentes de que se encaminaban al socialismo y cuya movilización ponía en serio riesgo al ejército como institución. El rumbo tomado por los acontecimientos iniciados a fines de 1970, la incapacidad demostrada por la dirección castrense de ganarse la confianza de los explotados, de purgar del seno de las fuerzas armadas a la extrema derecha y de encontrar una salida de izquierda al impase político, obligó a ciertas capas reducidas de jóvenes oficiales, clases y suboficiales a evolucionar, hasta llegar a la conclusión de que si fuera necesario para la victoria socialista no habría por qué oponerse a la destrucción del Ejército. Una proclama anónima de clases y suboficiales llevó a la confusión y no pocos creyeron que el ejército estaba totalmente escisionado entre clases y oficiales y que la tropa desobedecería toda orden dada para disparar contra el pueblo. Ya se sabe que las cosas ocurrieron de otra manera. La proclama, nacida en la aviación de La Paz tuvo poca repercusión en el resto del ejército. El gobierno, tuviese o no algo que ver con este hecho, se dio modos para sacar ventaja de la proclama y alentó las reclamaciones de orden económico de estratas inferiores de las fuerzas armadas.

Con todo, el ascenso y radicalización de las masas impactaba, cada día más y más en el seno del ejército, probablemente en mayor medida en los clases y suboficiales que en los jóvenes militares, iniciándose así su desintegración, común a todas las instituciones y al mismo orden establecido. El crecimiento de la ola revolucionaria



socaba la base de sustentación de las fuerzas armadas (los soldados son en su mayor parte, obreros, campesinos y elementos de la clase media con experiencia sindical y política) y concluye desmoronándolas, más que vencéndolas en batalla formal. Los soldados huyen o no obedecen a sus superiores, que tienen que cuidarse de los que combaten en las calles y de sus subordinados. Entonces el pueblo tiene a su alcance a su arsenal natural. Es todo lo que ya ocurrió el 9 de abril de 1952.

El 20 por la noche el Comando Político centró casi toda su discusión en el problema del armamento. Hasta entonces el presidente Torres y sus ministros habían ofrecido, una y otra vez, que entregarían armas al pueblo, promesa que despertó ilusiones desmedidas en varios sectores obreros. Comprendiendo que la conspiración fascista avanzaba por todo el país y la amenaza de su victoria se tornaba cada vez más seria, se acordó enviar una última comisión (Lechín, Mercado, Lora, López, Reyes y Eid) al Palacio de Gobierno para hacer saber al presidente que si no cumplía su promesa de entregar armas, la Asamblea Popular seguiría su propio camino, Torres, para justificar su negativa, dijo que si él desarmaba a los soldados para entregar los fusiles a los obreros, los oficiales responderían rebelándose. No sabríamos decir si en algún momento el presidente pensó seriamente en entregar armas a los trabajadores (más parece que utilizó como chantaje contra oponentes de izquierda y de derecha), pero lo evidente es que se encontraba fuertemente presionado por los militares para no hacerlo. Circuló insistentemente el rumor en sentido de que la jerarquía castrense conminó a Torres a no entregar armas bajo alternativa de rebelión. El resultado de la entrevista molestó en extremo a los asistentes de la Asamblea Popular.

Fue en esta ocasión que Torres hizo conocer su plan de retoma de Oruro, operación que según él estaría consumada a las seis de la mañana del 21. Pidió ayuda para enviar emisarios clandestinos que tomaran contacto con los trabajadores, a la sazón concentrados en San José y cercados por efectivos militares. A la maniobra se le bautizó con el nombre de "cien pies, aguilita voladora". Los delegados izquierdistas de Oruro, entre ellos Emilio Pérez, quedaron satisfechos por esta solución, en un estado de cosas que ellos lo consideraban sumamente delicado. Al promediar las deliberaciones del Comando Político se hicieron presentes dos poristas que representaban a los mineros de Siglo XX y Huanuni, que al no poder vencer a los rangers que custodiaban Oruro permanecían acantonados en las proximidades de Vinto. Estos trabajadores no tenían más que dinamitas y aunque lo sensato habría sido que se replieguen a sus bases en espera de armas, pues existían lejanas posibilidades de conseguirlas, permanecieron en sus precarias posiciones en espera de la llegada de las tropas leales.

Más tarde se supo que los regimientos enviados por Torres para rescatar el punto estratégico del altiplano prontamente se sumaron a los rebeldes. Debido a que las masas se encontraban desarmadas, las verdaderas batallas se libraban no en las calles sino entre los mandos militares que utilizaban a los regimientos de soldados como a fichas de ajedrez. Pese a que los regimientos encargados de recapturar Oruro habían defecionado, la radio estatal "Illimani" siguió enviando mensajes cifrados a aquella ciudad en sentido de que la operación "Cien Pies -Aguilita Voladora" iba a consumarse al anoecer. Esta mentira criminal dicha en clave, para que los trabajadores creyesen, determinó que estos asaltasen la ciudad y fuesen virtualmente masacrados por las tropas del ejército.¹²

12 "Presencia" (La Paz, 23 de agosto), sostiene que "un insensato enfrentamiento de trabajadores mineros con las fuerzas del ejército el día domingo 22 a horas 17, dejó por lo menos 8 muertos y 27 heridos" en las proximidades de la fábrica "Rockett" a seis kilómetros de esta ciudad entre



El día sábado 21, aproximadamente a horas 10, se apersonaron al local de la COB, donde funcionaban el Comando Político y su Comando Militar (se habían declarado en sesión permanente) los ministros del interior J. Gallardo y de Salud Pública, Javier Torres Goitia, para hacer saber que el Castrillo se había rebelado, que dentro de algunos minutos se atacaría el Gran Cuartel General de Miraflores para capturarlo. El plan consistía en que formasen un cerco de fuego los regimientos Colorados, comandado por el mayor Rubén Sáchez, y el acantonado en San Jorge, el pueblo, multitudinariamente organizado, debía presionar por la Avenida Saavedra (el local de la Facultad de Medicina estaba ya en poder de los facciosos), a fin de asaltar a la ciudadela militar en el momento oportuno. En la Confederación de Fabriles se repartieron alrededor de 400 fusiles Mauser y Garant, una parte de ellos en mal estado y 2.000 proyectiles.

Lechín leyó por radio una convocatoria a todo el pueblo para que, con sus armas, se concentrase en la Plaza del Estadium. Rápidamente se reunieron unas 2.000 personas. El día sábado amaneció como un día de gran tensión, la noche anterior La Paz se estremeció por los dinamitazos que hacían estallar los mineros de Milluni.

El Ministro de Gobierno había prometido que sus efectivos ocuparían la colina de Laikacota, que separa Miraflores del centro de la ciudad y que tiene una gran importancia estratégica. Contrariamente efectivos del Castrillo apostaron nidos de ametralladoras en ella. El Comando Militar se ubicó en las proximidades del Stadium Siles para poder dirigir las operaciones, pero no pudo hacerlo de manera eficiente por que carecía de informes precisos sobre la situación general, en este terreno dependía exclusivamente de la cadena radial timoneada por Radio Illimani, que difundía una serie de falsedades por razones tácticas, y de las informaciones que proporcionaban las autoridades a través de una unidad de radio patrulla. Llegó al Stadium otro lote pequeño de viejos fusiles Mauser, que virtualmente desaparecieron en medio de la sed de armas de la gente. De tarde en tarde llegaban pequeñísimas cantidades de municiones.

La multitud allí concentrada asaltó la Intendencia de Guerra y extrajo una gran cantidad de armamento, una parte totalmente inservible.¹³

En las calles que desembocan en el stadium se encontraban obreros y universitarios y en menor proporción elementos de las otras clases sociales. La mayor parte de estos

efectivos pertenecen a los partidos políticos de izquierda. Ni a quienes estaban ahí concentrados y mucho menos a los dirigentes del Comando Político se les ocurrió la idea de asaltar inmediatamente el Cuartel General, pues la capacidad de fuego del Castrillo era muy grande. El objetivo era permanecer en posición de apronte, hasta tanto las tropas leales obligasen a rendirse a la ciudadela militar, para luego lanzarse

la aeropista "Juan Mendoza" y la "Fundición de Estaño de Vinto". En el choque que según la prensa tuvo poca duración, participaron unos 1.500 mineros venidos de Siglo XX y Huanuni, en cerca de 40 camiones contra el Rangers y "del Batallón Divisionario y del Centro de Instrucción de Operaciones en la Selva, que en horas de la mañana a bordo de un transporte militar, llegaba fuertemente armado de Riberalta". Hubieron también choques incruentos en Machacamarca (a 25 kilómetros de Oruro) entre mineros y el Regimiento "Loa", que desde Uyuni se trasladaba a Oruro.

13 "Hoy" (22 de agosto) titula una de sus crónicas a cinco columnas "Asalto a la Intendencia fue el inicio": "Las fuerzas de la COB avanzaron y en su primer intento lograron ocupar la Intendencia de Guerra de la Avenida Saavedra de donde lograron obtener algo más de 1.200 viejos fusiles de sus almacenes. La Intendencia de Guerra contaba con solo una docena de soldados que no hicieron mayor resistencia a los efectivos civiles de la COB, que ingresaron a la vetusta edificación militar".



al asalto. Los que al mediodía marchaban al stadium estaban seguros que iban allí a organizarse para dar fin a la operación dirigida desde el Palacio de Gobierno. La verdad es que el regimiento de San Jorge no se movió. A las 18 ó 19 horas, el Ministro del Interior pidió que la gente armada marchase hasta el Parque Triangular, ubicado a 200 metros del Cuartel General, la sugerencia fue desestimada, porque habría importado llevarla al matadero. Según Gallardo se trataba de aumentar la presión sobre el Gran Cuartel.

Desde Laika-Cota se hostigó sin cesar a la gente apostada en las proximidades del stadium y resultó mucho más grave la acción de los francotiradores ubicados en los edificios de la zona, políticamente identificados con los conspiradores de derecha. Muchos muertos y heridos cayeron víctimas de ese fuego combinado.

Obreros y estudiantes se fijaron como objetivo capturar Laika-Cota. Cuando la operación se realizaba exitosamente se pidió a la gente bajar del cerro, porque, se dijo, sobrevolarían aviones para atacar a los facciosos. La verdad era que desde horas 17.35 la fuerza aérea, que a las 15.30 había retirado su apoyo al gobierno y lanzado un ultimatum al mayor Sánchez para que deponga las armas, pasó sobre la zona convulsionada para atacar al Colorados y a los civiles. Finalmente, obreros y universitarios lograron acallar a las ametralladoras de Laika-Cota.

Sólo más tarde se supo que a las 13.30 horas, el General Reque Terán, Comandante en Jefe del Ejército, se trasladó al Palacio de Gobierno para notificar a Torres que debía abandonar el poder. Reque fue detenido por las milicias populares y éstas se limitaron a pedirle armas, en el entendido de que permanecía fiel a Torres. "Sin embargo, la entrevista entre ambos no dio resultado y al parecer se suscitó un altercado verbal" ("Ultima Hora", 23 de agosto). El mismo Reque tuvo que cumplir la incómoda misión de "parlamentar con los efectivos del regimiento Colorados, a fin de suspender el fuego. Al haber sido rechazado su intento se embarcó en un jeep, circunstancias en las que se escuchó una ráfaga de ametralladora. El capitán Terrazas, cuando se aprestaba a cubrir con su cuerpo a su jefe, cayó acribillado por la espalda, juntamente con un suboficial, mientras Reque sufría una herida en el pie, de la que fue atendido en el Hospital Militar" ("Ultima Hora"). Así quedó marcado con fuego el que traicionó a su Capitán General.

Hombres y mujeres dispuestos a aplastar al fascismo se apostaron en las zonas marginales (Alto San Pedro, Villa Victoria, Agua de la Vida y el Calvario) y lanzaban cargas de dinamita.

A mediodía estaban de retorno a La Paz los regimientos Andino y Motorizado de Viacha, después de haber defecionado en las inmediaciones de Oruro.

A las 16.30 horas, jóvenes y mineros corrieron al Ministerio de Defensa en busca de armas (alguien tuvo la ocurrencia de decirles que allí les darían fusiles) y fueron recibidos a bala. Resultado: más muertos y heridos.



A las 20.45 horas el General Torres abandonaba el Palacio. él mismo que hasta las 19 horas no se cansaba de convocar al pueblo para que siguiese combatiendo con firmeza. La prensa del día 24 confirmó que el ex Presidente, que no se tomó la molestia de renunciar, estaba asilado en la Embajada de Perú y, según el Ministro de Relaciones Exteriores, varios de sus parciales, entre ellos el mayor Sánchez.

Los carros de asalto del regimiento Tarapacá, que sembraron terror y desolación en las calles paceñas, hicieron su aparición a las 20 horas en las zonas altas de la ciudad (Munaypata y Villa Victoria). La Radio del Estado difundía instrucciones no realizables para sabotear la marcha de los tanques, cuando se aproximaban a la Plaza Murillo dejó de transmitir Radio Illimani y se produjo la fuga de Torres. A la misma hora se reunieron por última vez los pocos elementos que quedaban en Miraflores del Comando Político (Lechín, Alandia, Lora) y que ignoraban la verdadera situación reinante. Seguían llegando rumores de que ya el Cuartel General se había rendido.

Tres tanques se posesionaron en la Plaza Murillo y otros 4 se dirigieron hacia Laika-Cota, la marcha de estos monstruos de fuego causó la mayor cantidad de muertos. Descargas de ametralladoras y dinamitazos se prolongaron hasta la madrugada. Al día siguiente (22), la aviación continuó su tarea de limpieza, teniendo siempre como a su primer objetivo a Laika-Cota.

(1) "Presencia" (La Paz, 23 de agosto), sostiene que "un insensato enfrentamiento de trabajadores mineros con las fuerzas del ejército el día domingo 22 a horas 17, dejó por lo menos 8 muertos y 27 heridos" en las proximidades de la fábrica "Rockett" a seis kilómetros de esta ciudad entre la aereopista "Juan Mendoza" y la "Fundición de Estaño en Vinto" En el choque que según la prensa tuvo poca duración, participaron unos 1.500 mineros venidos de Siglo XX y Huanuni, en cerca de 40 camiones contra el Rangers y "el Batallón Divisionario y del Centro de Instrucción de Operaciones en la Selva, que en horas de la mañana, a bordo de un transporte aéreo militar, llegaban fuertemente armados de Riberalta" Hubieron también choques incruentos en Machacamarcá (a veinticinco kilómetros de Oruro) entre mineros y el Regimiento "Loa", que desde Uyuni se trasladaba a Oruro.

(2) Hoy" (22 de agosto) titula una de sus crónicas a 5 columnas "Asalto a la Intendencia fue el inicio": "Las fuerzas de la COB avanzaron y en su primer intento lograron ocupar la Intendencia de Guerra de la Avenida Saavedra de donde lograron obtener algo más de 1.200 viejos fusiles de sus almacenes. La Intendencia de Guerra contaba con solo una docena de soldados que no hicieron mayor resistencia a los efectivos civiles de la COB, que ingresaron a la vetusta edificación militar".

LOS ACONTECIMIENTOS DE ORURO

La movilización de los trabajadores mineros en la región de Oruro fue gigantesca para aplastar al gorilismo. Consignamos algunos detalles:

En Siglo XX se supo del levantamiento fascista en Santa Cruz el día 19 e inmediatamente la dirección sindical se puso en emergencia y convocó a las milicias armadas para resguardar los campamentos y el local del sindicato.



Al día siguiente (20), a horas 10, los dirigentes determinaron que los obreros abandonasen el trabajo para trasladarse a la ciudad de Oruro, a fin de asistir a la manifestación antifascista determinada por la Federación de Mineros. En efecto, aproximadamente a las 13 horas, partieron los efectivos en treinta camiones. A la altura de Playa Verde se pudo comprobar que dirigentes y trabajadores retornaban de Oruro, los mismos que informaron que la ciudad había sido tomada por los rebeldes (Rangers), una mitad de los camiones retornaron a Huanuni y la otra siguió rumbo a Oruro, sin dar mayor importancia a tales datos. A la altura del puente del Tagarete (a dos kilómetros de la ciudad), una comisión de San José ratificó las anteriores informaciones. En ese momento se destacó una comisión formada por dos poristas y el radialista Mancilla para constatar en el terreno la situación reinante, al retorno de esta comisión se realizó una asamblea general que determinó el repliegue táctico hasta las instalaciones de la Empresa Nacional de Fundiciones en Vinto. Simultáneamente fueron enviados a La Paz delegados de Siglo XX y Catavi, con la misión de tomar contacto con la Federación y recibir instrucciones, a ese equipo se integraron tres radialistas. A las 20 horas, se determinó, después de una breve asamblea en Vinto, replegarse hasta la mina Huanuni, donde se realizó una reunión de dirigentes y delegados de Siglo XX, Catavi y Huanuni, en la que se formó un comando único que determinaría la conducta de los trabajadores, a dicho comando se sumaron representantes de Santa Fé, Japo, Machacamarca y de las minas pequeñas próximas a Oruro.

El día sábado 21, a las 9 horas, se realizó otra asamblea para escuchar la información de los comisionados que ya retornaron de La Paz. Se determinó esperar últimas instrucciones de la Federación. A esta altura se informó que se realizaba una asamblea general en Siglo-XX, la misma que acordó marchar sobre la ciudad de Oruro para retomarla. Se eligió un comando político-militar, a cuya cabeza se encontraba un trotskysta, que debía ser la única autoridad capaz de decretar la marcha de los obreros; sin embargo, cuando aparecieron los camiones procedentes de Siglo XX toda la masa los siguió. En el trayecto se conjuncionaron los comandos formados en Siglo XX y Huanuni, incluyendo al representante de los locatarios.

A la altura del cruce del camino que va a Machacamarca, llegó el informe de que entre esta localidad y Antequera se encontraba un convoy ferroviario que llevaba refuerzos y armamento a Oruro, inmediatamente una parte de los trabajadores se encaminó a destruirlo y la otra continuó su marcha hacia Oruro.

En Machacamarca se libró una batalla desigual. Ciento cincuenta soldados armados hasta los dientes resguardaban el convoy y los obreros sólo contaban con cinco fusiles y 25 proyectiles. El choque arrojó el resultado de 4 muertos y varios heridos. Ahí cayó el magnífico militante de la juventud porista Ramón Troncoso.

El choque en Oruro fue negativo para los obreros y entre los heridos se encontraba otro trotskysta; sin embargo, pudieron ingresar a la ciudad varios trabajadores, entre ellos cuatro militantes del POR., que retornaron a su base sin novedad al día siguiente.

Después de estos acontecimientos, en el distrito de Siglo XX imperó un tremendo nerviosismo. El día domingo 22, por la mañana, se realizó una asamblea conjunta de delegados y dirigentes de Siglo XX, Catavi y del Sindicato "20 de Octubre", con la finalidad de analizar el momento político y el radiograma enviado por Comibol a la gerencia de la empresa, instruyendo la inmediata reanudación de labores en vista de haberse posesionado el nuevo gobierno. La reunión planteó los siguientes puntos:



1.- Inamovilidad de todos los trabajadores.

2.- Respeto irrestricto al fuero sindical y amplias garantías para los dirigentes sindicales y políticos.

Los dirigentes de Siglo XX cursaron un cable en este mismo sentido al Presidente de la República.

Los trabajadores eran conscientes de que se perdió simplemente una batalla y que no constituía una derrota que pudiese obligar al retroceso indefinido de las masas. Todos esperaban armarse para volver a arremeter a la bestia fascista.

Un primer revés a movimientistas y falangistas. El 25 de agosto de 1971 se realizó en Llallagua un cabildo abierto del pueblo para designar al Alcalde Municipal, en ese acto participaron los poristas. Violentando los deseos de los oficialistas, se ratificó, por amplio margen, al anterior Alcalde.

DRAMA Y FARSA EN LA PAZ

En las primeras horas del domingo 22 de agosto de 1971 fue ocupada militarmente la Universidad de La Paz y se dijo que en su interior quedaban una veintena de estudiantes armados. Al día siguiente 23, se constituyó en el monoblok una comisión mediadora (Arzobispo de La Paz, diplomáticos, Cruz Roja, representantes de catedráticos y universitarios), para lograr la salida de los presuntos refugiados. Al promediar el medio día, cerca de 500 universitarios bloquearon la avenida Villazón y acordaron reunirse en asamblea. Muchos estaban sentados frente a los tanques para impedir el retorno de las tropas a la Universidad. El ejército conminó al tumulto a disolverse de inmediato, se dice que a esta altura se escuchó un disparo proveniente de algunos de los pisos, superiores. Los aviones, los tanques y los soldados disolvieron a bala a los asambleístas, habiendo muerto 7 personas y quedando heridas más de 27. Los estudiantes sostienen que fueron fusilados cuatro de sus compañeros y apresados otros. Con todo, se pudo aprobar el siguiente pronunciamiento; y que demuestra que la Universidad era ya una fuerte trinchera de resistencia al nuevo gobierno:

“La Asamblea Docente-Estudiantil de la Universidad Mayor de San Andrés, reunida el día 23 de agosto de 1971, resuelve:

1- Declarar que la autonomía universitaria constituye un principio básico de la vida institucional boliviana, sobre el que no se puede transigir.

2- La autonomía universitaria lograda a través de un acto democrático-director en el referendun de 1932 y plasmada en la Constitución Política del Estado es violada cuando el cambio de autoridades políticas del país determina el desconocimiento de las autoridades universitarias y cuando fuerzas armadas irrumpen en los predios y edificios universitarios.



- 3- La UMSA será intransigente en la defensa de la autonomía universitaria.
- 4- La asamblea docente-estudiantil dispone que en tanto las autoridades surgidas de las elecciones de 1970 puedan ejercer sus funciones, o se constituyan las nuevas autoridades en el acto plebiscitario que se realizará próximamente, designa una directiva universitaria integrada por los decanos y delegados estudiantiles de las facultades más antiguas: Derecho, Medicina y Farmacia, que se encargarán de la conducción y administración de la Universidad.
- 5- Solicitar del Gobierno de la República el inmediato retiro de toda tropa y policía de los edificios y predios universitarios.
- 6- Demandar garantías y libertad para los docentes y estudiantes perseguidos y detenidos.
- 7- Ratificar su adhesión plena a los postulados de la revolución de 1970.
- 8- Declarar duelo universitario por los docentes y universitarios muertos en los últimos acontecimientos.

La Paz, 23 de Agosto”.

En esta jornada fueron apresados más de 200 estudiantes.

“Desde antes del medio día fueron congregándose grupos de ciudadanos convocados por la emisora del Estado para brindar su apoyo al gobierno establecido por el Frente Popular Nacionalista” (“Presencia”, 23 de agosto). Esta información demuestra que los gorilas buscaban el apoyo popular. La tragedia cedía su lugar a la farsa. Grupos de movimientistas, que habían sentado su cuartel general en la calle Colón, frente al cine Tesla, recorrían en motorizados las calles de la ciudad, haciendo propaganda para que todos se sumasen a la concentración. Otro tanto, aunque demostrando menor actividad, realizaban los falangistas, que asaltaron la Confederación de Estudiantes de Secundaria (calle Yanacocha), para poder instalar su secretaria.

La multitud concentrada en la Plaza Murillo no fue pequeña, pero estuvieron ausentes del todo universitarios y obreros. Comenzaron a agruparse alrededor del MNR y de FSB capas de la clase media, formadas por pequeños comerciantes y propietarios, empleados públicos, desocupados, empresarios, todos deseosos de que se establezca un régimen de estabilidad institucional, social y de garantías para ellos y que les proporcione oportunidades para mejorar económicamente. La consignas que comenzaron a agitarse tendían a satisfacer, por lo menos verbalmente, estas exigencias: fin a la anarquía y al abuso; amanecer del orden; trabajo y disciplina; respeto a la propiedad privada; destierro del comunismo y de la violencia y su reemplazo por la ley, etc.

El coronel Hugo Banzer, con toda sinceridad, aunque en castellano imperfecto y titubeante, definió nítidamente su filiación política: “Seguiré los pasos de Busch, Villarroel y Barrientos”, dijo. En tono desafiante hizo saber que seguía siendo el gorila que se levantó en armas junto al General Miranda y su más caro sueño era continuar la política fascista de Barrientos. Ya no fue tan claro, demostrando, más bien, la tremenda confusión de que es presa su cerebro, cuando proclamó un nacionalismo tan puro, dentro del cual ya no sería posible hablar de derecho ni de izquierda. Banzer era ya la derecha con referencia al gobierno de Torres, aunque ambos hablaron de nacionalismo



y no sean más que expresiones particulares del proceso nacionalista pequeño-burgués iniciado en 1952. Las actuaciones del movimientista Lema Peláez y del falangista Mario Gutiérrez fueron mucho más deslucidas, para todos era evidente que se trataba de dos oportunistas. Sus discursos fueron frecuentemente interrumpidos por rechiflas y algunas horas antes, cuando intentaban ingresar al Palacio, se los llenó de insultos y sobre ellos se arrojaron naranjas podridas. Mientras en lo alto peroraban los líderes, en la plaza cambiaban puñetazos los militantes de los dos partidos hermanados en sucio contubernio. Seguramente por el miedo a que estallase en mil pedazos la frágil alianza, se designaron como ministros algunos técnicos apartidistas (se trataba de elementos ultra conservadores, políticamente hablando), a fin de que actuaran como amortiguadores en las luchas internas dentro el gobierno. Dadas estas condiciones, el ejército continuó siendo la fuerza decisiva. El basamento partidista del régimen nació totalmente resquebrajado.

A los siete años de su derrocamiento, retornó Víctor Paz al país en circunstancias aparentemente sorprendentes. Derrocado por Barrientos y Ovando, por no haber podido embridar a las masas obreras levantiscas, es traído por los propios barrientistas para pregonar todo lo contrario de lo que hizo y dijo desde el poder. No en vano remarcó, en tono emotivo, que retornaba a la Patria para ya no cometer los errores del pasado. ¿Cuáles podían ser esos errores? Sus deslices izquierdistas, sus veleidades obreristas que le arrastraron a lo que ahora llama caos y anarquía. Retornó formando alianza, que la desea férrea y eterna, nada menos que con el falangismo, que como expresión de los intereses vulnerados del gamonalismo, de la gran minería y de los industriales luchó encarnizadamente contra las desviaciones comunistas del MNR.

La alianza entre falangistas y movimientistas obliga a preguntarse cuál de ellos se ha desplazado a las posiciones del otro. Las posiciones asumidas por Gutiérrez en los últimos años, la lucha intransigente contra la izquierda aparecida en su propio partido, la conspiración sin tregua al lado del gorilismo, demuestran que FSB sigue siendo la expresión política de la reacción. Es el MNR el que se ha desplazado hacia las posiciones falangistas. Paz retornó al país como una de las cartas más seguras del Departamento de Estado de los EE. UU. y es este hecho el que le obligó a aproximarse y pactar con barrientistas y falangistas. Paz es, ahora, un conspicuo exponente de la contrarrevolución. Tiene como caballito de batalla el nacionalismo revolucionario, totalmente superado por el desarrollo de los acontecimientos bolivianos, por la radicalización de las masas y por la evolución de la conciencia de clase del proletariado. Este nacionalismo, que en 1952 podía aparecer como revolucionario y despertar muchas ilusiones en las masas, se presenta ahora como inconfundiblemente reaccionario.

Paz tiene plena conciencia que las masas están convencidas de que ha traicionado su vieja prédica y se ha convertido en un derechista, por eso pone tanto énfasis en recalcar que su nacionalismo es de izquierda.

Seguramente el jefe movimientista soñaba con volver a la Presidencia en próximas elecciones y tal vez este problema fue materia del frente golpista. Sin embargo. Banzer dijo, desde el primer día, que sería prematuro hablar de elecciones. También expresó que no tiene plazo fijado para permanecer en el poder por el momento, ya que "primero debo atender mis obligaciones con el pueblo como gobernante" ("Ultima Hora", 24 de agosto). Al mismo tiempo dijo no existir ningún pronunciamiento de la guarnición paceña exigiendo elecciones para mayo de 1972, aunque hay pruebas evidentes de ser cierto el acuerdo adoptado por medio millar de oficiales del ejército en ese sentido.



Se repitió lo ya ocurrido en diciembre de 1964. Los políticos profesionales estaban seguros que los generales victoriosos les entregarían el poder fácilmente, ya sabemos que las cosas ocurrieron y ocurrirán de otra manera. Gutiérrez y sus amigos movimientistas hablaron de pacificar el país y de que cesen las persecuciones, inmediatamente los militares (verdaderos amos de la situación) anunciaron la destrucción de todos los izquierdistas.

Así quedó planteada la batalla entre la revolución y la contrarrevolución.

En Santa Cruz fue dictado el Decreto que creaba el triunvirato militar que debía sustituir al Presidente Torres (Jaime Florentino Mendieta, Hugo Banzer S. y Andrés Selich), que, sin embargo, no tuvo vida más que en el papel. El 22 de agosto de 1971 juró ante sí mismo el nuevo Presidente Hugo Banzer Suárez y seguidamente los ministros recolectados entre la militancia del MNR y FSB, que juntamente con el gorilismo habían formado el llamado Frente Popular Nacionalista.

Muy pocos han parado mientes en que solo uno de los triunviros ha llegado hasta el Palacio Quemado, los otros fueron destinados a puestos secundarios. Entre ellos no sólo habían intereses personales encontrados, por encima del principio de que el soldado debe limitarse a obedecer las órdenes de sus superiores jerárquicos, sino también diferencias de matiz sobre la política fascista a seguirse.

Desde el primer día se hicieron perceptibles profundas fisuras en las cumbres gubernamentales. Banzer debutó como la figura central, pero ya habían fuerzas que actuaban por encima de su voluntad. El Ministro del Interior Selich fue uno de los mayores resentidos por su desplazamiento de la primera Magistratura. Exigió y logró tener carta blanca en la tarea de barrer con toda la izquierda, dijo con firmeza que él sabría cómo hacerlo. Se llegó al extremo de que algunos allegados del mismo Presidente tuvieran que soportar las consecuencias de la represión. Selich se presentó como el hombre malo del régimen, sabía que esto era así y parecía no inquietarse por ello. Después de arreglar cuentas con la oposición dirigió sus fuegos contra el mismo Banzer, pero fue vencido por sectores castrenses y las ambiciones de los partidos políticos que actualmente sirven al fascismo.

GOBIERNO Y FRENTE POPULAR NACIONALISTA

El jefe movimientista ha argumentado que su alianza con FSB y también con los barrientistas era necesaria para tomar por lo menos parte del poder. Su primera actitud fue la de poner en pie su maltrecho partido, que desde entonces despertó interés en amplios círculos de la clase media. Se descartaba su relativo crecimiento numérico (la prensa informó que en Oruro en pocas horas se inscribieron 1.500 en los registros movimientistas), pero ya no podrá volver a ser la organización polarizadora de la clase obrera. Inclusive en la pequeña burguesía politizada, el MNR, genera poderosas resistencias. Las llamadas células movimientistas no han podido neutralizar a las capas radicalizadas del magisterio y de los estudiantes universitarios y de educación media. Con todo, para el MNR es un problema de vida o muerte demostrar que es un partido multitudinario, conforme viene pregonando todos los días su jefe, en caso contrario éste resultará un caudillo fantasma.



FSB tiene menos posibilidades que el MNR de realizar maniobras tendientes a presentarse, como un partido de grandes masas, confía más en su organización, en su retorno a su época de grupo de choque al servicio de la reacción. En último término, Gutiérrez parece cifrar todas sus esperanzas en la lealtad de Paz, lo que significaría que aquel señor ha olvidado las enseñanzas de la historia. Las tradiciones falangistas permiten esperar que, en determinadas condiciones, podrían actuar de acuerdo con los gorilas contra sus aliados de hoy.

Los movimientistas, más que los falangistas, estaban seguros que les sería sumamente fácil deshacerse de los coroneles y generales utilizando la maniobra de las elecciones, el camino les pareció sumamente sencillo después de que la guarnición de La Paz hizo una solicitud en ese sentido. Es verdad que la corriente institucionalista de la oficialidad vería con simpatía el repliegue de los militares a sus cuarteles. Sin embargo, una cosa muy distinta son los planes y las ambiciones de los gorilas.

Los militares tienen plena conciencia, como vienen demostrando todos sus actos, que el contubernio bautizado con el pomposo nombre de Frente Popular Nacionalista es algo sumamente precario y preparan activamente las condiciones que les permita capitalizar su desintegración, para sustituirlo con otro frente o partidos nacionalistas. Ellos buscan estructurar un gobierno fuerte que les permita permanecer mucho tiempo en el poder. Para alcanzar este objetivo no tienen más remedio que poner en pie su propia organización política. Los generales y coroneles siguen su propio camino, importándoles muy poco las opiniones de los jefes del MNR y FSB. Algo más, hacen muchas cosas con la exclusiva finalidad de diferenciarse políticamente de sus obligados aliados y que no pueden menos que molestar a éstos y hacerles perder popularidad (homenajes a Barrientos, apresamientos y atropellos, ocupación de la universidad, etc.). El MNR y FSB no tienen más remedio que ajustarse a la línea fijada por el gorilismo si desean permanecer cerca al Palacio de Gobierno en espera de que se produzca el milagro de la vacancia de la silla presidencial.

El gorilismo cuenta ya con su propio aparato político y trabaja afanosamente para ensancharlo. Han tomado el control de la burocracia sindical campesina (tienen su propia Confederación) y no dejarán que nadie ingrese al agro, ni siquiera sus aliados. La alineación de los barrientistas junto a los gorilas puede tornar muy difícil la situación del MNR y de FSB, desesperados pretendientes al control total del poder.

Mucha de la gente que se aproximó al MNR y FSB está sumamente desilusionada porque no lograron beneficiarse con ningún cargo público. Víctor Paz tuvo que explicar crudamente, o mejor brutalmente, la imposibilidad material de satisfacer a todos sus allegados.

Víctor Paz, en un largo documento fechado en Lima en el mes de agosto de 1971, pretende justificar "teóricamente" su alianza con los gorilas, y con FSB. Por extraño que parezca, esa argumentación constituye el basamento político del golpe contrarrevolucionario que el 21 de agosto ha capturado el poder, pretendiendo cerrar el paso a las masas radicalizadas y dirigidas por el proletariado. Muchos dirán que el Paz que suscribe la declaración que comentamos no es el Paz de 1952 que tronaba contra el imperialismo y que no tuvo más que dictar algunas medidas radicales no previstas en el programa del MNR. Nosotros creemos que el movimientismo tradicional y Víctor Paz como su expresión más elevada, siguen siendo los mismos, lo que no desmiente que bajo la presión del indiscutido poderío de las masas hubiese entonces dicho y hecho cosas de



las que ahora reniegan.

Lo que se ha transformado profundamente es la correlación de las fuerzas internas de la revolución. La profunda diferencia con 1952 radica en el alto nivel alcanzado ahora por el proceso político, es este hecho el que nos permite considerar en sus verdaderas dimensiones el tradicional pensamiento movimientista. El nacionalismo revolucionario resulta ahora francamente reaccionario. En 1952 sus promesas arrastraron a la mayoría nacional; ahora chocan con la perspectiva del socialismo, única finalidad estratégica capaz de movilizar a los bolivianos. En 1952 los explotados veían en el MNR a su propio partido y le atribuían sus aspiraciones más profundas, es por esto que Paz tuvo que usar la demagogia para complacerlos; hoy buscan, por todos los medios, estructurar su propio gobierno. El MNR reubicado en sus viejas posturas se encamina naturalmente hacia las posiciones falangistas.

Paz sueña con retomar el hilo que fue roto en 1964 y de un modo definitivo, esto porque las mayorías nacionales se han colocado políticamente mucho más a la izquierda que el más izquierdista del MNR. Retornar al esquema que regía durante la segunda presidencia de Paz sería nada menos que un franco retroceso histórico, esto es contrarrevolucionario. La actual situación no puede quedar como está, necesariamente, las fuerzas progresistas sabrán encontrar una salida verdaderamente de izquierda.

El jefe movimientista, en su vano empeño de borrar el criterio predominante en sentido de que se ha entregado maniatado al gorilismo y a FSB, a fin de saciar sus apetitos personales, desarrolla la tesis de que el nacionalismo revolucionario es un tránsito hacia el socialismo y que para llegar a esta etapa debe previamente cumplirse el objetivo de superación del atraso del país (es decir, liquidar las tareas democráticas); se trata, como se ve, de actualizar la teoría stalinista de la revolución democrático-burguesa, que ha sido totalmente sepultada por la historia. Es fácil hablar de socialismo para un futuro indeterminado y ahora empecinarse en salvar la propiedad privada y el sometimiento al imperialismo. Si se sostiene que previamente debe cumplirse la etapa democrática de manera total, es claro, como demuestra la experiencia movimientista de doce años, que aquella seguirá empantanada y que no será posible formular y realizar el socialismo. Por este camino se vuelve a abrir la posibilidad de los golpes fascistas. Hemos tenido un 21 de agosto porque la clase obrera no ha podido aun, por muchas razones, llegar al poder. La formulación de Paz es estrictamente antisocialista, es decir, reaccionaria.

El teórico del MNR lamenta que el Comando Político hubiese expulsado de su seno a dicha organización. Lo que acaba de suceder pone en evidencia que el Comando Político no se equivocó al caracterizar al MNR del Pacto de Lima como fuerza reaccionaria.

Un proceso de profundas transformaciones estructurales no puede menos que violentar el derecho de propiedad privada, el que ahora protesta porque esto ocurra ha olvidado que la revolución de 1952 marchó exactamente por ese camino y los excesos contra los propietarios fueron mayores.

La desgracia del MNR radica en ser policlasista, porque esto permite que los proletarios y los sectores mayormente explotados sean dirigidos por la pequeña burguesía reformista y timorata -fielmente expresada en el pensamiento ecléctico y titubeante del Dr. Paz- hacia posiciones contrarrevolucionarias. Nunca hemos dejado de reconocer que la revolución en nuestro país, de la cual el anti-imperialismo es uno de los objetivos



fundamentales, no podrá menos que ser nacional y englobar a las clases oprimidas, pero para vencer necesariamente tendrá que someterse a la dirección política del proletariado, lo que abre la perspectiva de que se transforme en socialista.

Es la historia la que ha agotado las posibilidades del nacionalismo revolucionario. El Dr. Paz da vuelta al calcetín y tiene la ocurrencia de sostener que sigue en vigencia porque a él no le dejaron concluir su período presidencial, que se distinguió por su indiscutible entreguismo y por su conducta marcadamente antiobrera.

Ha llegado el momento de hacerse simpático ante los generales, por eso el MNR promete construir un Estado fuerte, consigna repetida por FSB desde hace decenios, de establecer el orden y un régimen de mayor trabajo y disciplina. Ya Barrientos demostró que así se llega al empleo de los métodos fascistas de gobierno.

El gobierno militar fascista (con propiedad se llama militar, porque en su seno la fuerza decisiva es el ejército, que tiene en su poder las armas y los ministros civiles, políticos o independientes, no son más que adornos, obligados a danzar de acuerdo al ritmo que toquen los generales y coroneles) debutó mostrando notables fisuras en su estructura.

El pacto entre el MNR y FSB es un pacto entre viejos bandidos y cada uno de ellos hará lo indecible para lograr que su actual aliado sea desplazado del poder. Con todo, algunos dirigentes del MNR, y seguramente también de FSB, esperan que juntos podrían librarse en las próximas elecciones de los militares. Este último plan sólo podría cumplirse a largo plazo. Hay problemas urgentes que obligarán a considerar las cosas desde otro punto de vista. Casi toda la militancia movimientista y falangista tiene una tremenda sed de ganar dinero fácilmente y por esto busca ubicarse en los casilleros del presupuesto nacional, obligadamente no muy numerosos en un país empobrecido como Bolivia. Los actuales empleados públicos y los maestros presionan para que sea respetada la inamovilidad funcionaria y el Presidente Banzer y algunos ministros ya se han pronunciado positivamente al respecto. No queda pues más salida que cada partido civil procure monopolizar algunos cargos que pueden ser ofrecidos a la militancia y para esto hay que eliminar o neutralizar a los opositores.

Por su lado, el equipo castrense, en que existen muchos ambiciosos que no ocultan su decisión de permanecer agazapados hasta tanto se presente la oportunidad que les permita asaltar la silla presidencial, están montando rápidamente su propio aparato que le pueda permitir en breve plazo despedir al MNR y FSB como intrusos indeseables. El ejército controla los puestos claves de los Ministerios del Interior, Defensa y Comibol (pesan decisivamente en el presupuesto de gastos estatales) y también colocan a sus incondicionales en el Ministerio de Asuntos Campesinos, a fin de poder manejar a su antojo a la enorme masa campesina, por lo menos nominalmente. Prácticamente ha sido reconstituida la vieja Confederación, con Alarcón a la cabeza, y desconocidos los acuerdos y organismos salidos del último congreso de Potosí, Banzer es ya el "Líder Campesino" de turno.

Lo más probable es que a breve plazo los generales despidan a uno de los sectores civiles que actualmente les prestan incondicional apoyo, esto con la cooperación del otro partido. ¿El MNR o FSB será la primera víctima? Esto lo dirán los próximos acontecimientos.



Muchos piensan que los militares están prácticamente retirándose de la política y razonan así porque sólo tienen tres o cuatro ministerios. Para llegar a esta conclusión se olvidan las declaraciones categóricas del coronel Banzer en sentido de que ellos todavía no saben hasta cuando se quedarán en el Palacio de Gobierno. Dentro del actual gabinete, el Presidente podrá siempre imponer su voluntad porque cuenta con el apoyo incondicional de los llamados "ministros independientes" y que son más reaccionarios que el resto de sus colegas.

El MNR ha sufrido ya fuertes golpes debido a su ingreso al gobierno. La actuación brutal de los militares les hará perder popularidad. A raíz de los vergonzosos acontecimientos de la universidad, varios connotados movimientistas (Alvarez Plata, Fellman V., Ñufló Chávez, Luis Peláez Rioja), le pidieron a Paz que el MNR abandone el gobierno.

PRIMEROS AVANCES DEL FASCISMO

El Decreto de 7 de septiembre de 1971 puso en vigencia la Constitución Política del Estado de 1967 (ya anteriormente se había pronunciado en ese sentido el Presidente Banzer), en la medida en que no violente el espíritu de la "revolución de 21 de agosto". Nadie ignora que la Constitución constituye la viga maestra de un ordenamiento jurídico, marco del cual no pueden, al menos teóricamente, salir los gobernantes. Aprobar la vigencia de una Constitución de manera condicionada, limitada por las interpretaciones que de ella hagan los dictadores, importa, en los hechos, declarar que la única ley en el país será la voluntad del dueño del Palacio de Gobierno. Este es el rasgo de un régimen dictatorial, que cuando está al servicio de la reacción y el imperialismo y se orienta a destruir físicamente las organizaciones sindicales, populares y revolucionarias, se llama fascismo.

Durante los días 6 y 7 de septiembre se conoció la noticia de que las sedes de los sindicatos y federaciones de maestros en Oruro y La Paz, ocupadas militarmente, inmediatamente después de los acontecimientos del 21 de agosto, fueron "devueltas" a grupos de maestros llamados "demócratas", que se declararon incondicionalmente servidores del oficialismo. Este paso, arbitrario desde cualquier punto de vista, marcó claramente los primeros pasos del avance del fascismo. Su marcha se veía entorpecida por la terca resistencia ofrecida, de manera abierta o no, por las bases y las organizaciones de la clase media (maestros y estudiantes; en Sucre se declaró huelga general en protesta por las medidas adoptadas por el gobierno).

De un plumazo fueron desconocidas las organizaciones sindicales de los maestros y en, su lugar los "demócratas" constituyeron comités provisionales que pugnaban por funcionar como direcciones regionales. Es evidente que estos señores (ya convertidos en autoridades del Ministerio de Educación) no lograron constituirse en una genuina dirección sindical debido al repudio de los elementos de base; se trataba de gente demasiado conocida como traficante y sirviente de todos los gobiernos (se publicó un comunicado de la Federación Departamental de Maestros Urbanos en este sentido). Los usurpadores "demócratas" actuaron gracias al apoyo directo que les prestó el oficialismo. Por otro lado, algunos de los genuinos dirigentes del magisterio fueron eliminados del escenario como consecuencia de su apresamiento y envío a zonas de



confinamiento. Para el gobierno no cuenta para nada la voluntad del grueso de los sindicalizados, únicamente cuentan sus necesidades inmediatas.

Si las autoridades hubiesen podido habrían actuado en la misma forma dentro de los sindicatos obreros y si no han pasado al ataque es porque son conscientes de que la resistencia en estos sectores será mucho más violenta y militante. Con todo, se puede estar seguro que inmediatamente que se arreglen las cuentas con la pequeña burguesía, el fascismo arremeterá contra los trabajadores y sus organizaciones.

Los hechos anotados muestran el perfil inconfundiblemente fascista del actual gobierno militar y denuncian la manera cómo actuará en el futuro para aplastar, si es que puede, a la clase obrera. La respuesta no puede ser otra que unir a los explotados en general (clase media y obreros) alrededor de la defensa de las garantías democráticas, por muy pequeñas que éstas sean, con miras a poner atajo a la marcha del fascismo. Por este camino, en determinado momento del proceso, las masas se verán colocadas ante la necesidad de enfrentar al gobierno y plantearse objetivos más ambisiosos que los puramente democráticos.

El gobierno militar debuta en medio de una tremenda impopularidad y la resistencia de las mayorías nacionales, esa resistencia es unas veces activa y otras pasiva, actitud de simple expectativa. Las nuevas autoridades parecían ciegas, dando bastonazos a diestra y siniestra; sin embargo, las circunstancias les obligaron a adoptar una táctica visible a simple vista: no atacar frontalmente, por lo menos en el comienzo, a los sectores proletarios que son los más fuertes (menudearon declaraciones en sentido de que no entrarían tropas en los campamentos mineros, que se respetarían la inamovilidad de los trabajadores y el fuero sindical, exceptuando a los comprometidos en los últimos sucesos, etc.) e inicialmente batir a las organizaciones de la clase media (universitarios, maestros, etc.), bajo la acusación de tratarse de nidos castristas. Lo que tiene que comprenderse con toda claridad es el fracaso de ésta primera etapa de la arremetida fascista, el no cumplimiento del primer objetivo impidió que se lanzara impetuosamente a destrozarse todas las organizaciones obreras y populares. Con todo, queda en pie el plan fascista del gorilismo.

Las universidades han sido militarmente ocupadas y, en los hechos, ha sido desconocida la autonomía universitaria (autogobierno y manejo independiente de los recursos económicos).

Mediante Decreto-Ley de 4 de septiembre de 1971, el gobierno militar suspendió las labores universitarias hasta fines de febrero de 1972 y en los hechos canceló la autonomía universitaria. Se trata, ni duda cabe, de una medida extrema y sumamente delicada para el porvenir del propio oficialismo y del movimiento revolucionario. La universidad se convirtió en los últimos tiempos en un centro de belicosa resistencia a la reacción y al propio nacionalismo pequeño-burgués. Una y otra vez se ha pretendido cancelar la autonomía universitaria, a fin de convertir a las casas superiores de estudio en instrumentos dóciles al servicio incondicional de los gobiernos de turno. Tampoco han faltado los proyectos y maniobras tendientes a controlar, de manera directa o no, al movimiento universitario. La radicalización de las masas trabajadoras y su politización se reflejaron directamente en los medios estudiantiles, cuya consecuencia ha sido, precisamente, la movilización de los núcleos intelectuales de la pequeña burguesía detrás del proletariado y la adopción por aquellos de la estrategia revolucionaria de la clase obrera. La lucha a muerte entre las tendencias revolucionarias



y contrarrevolucionarias, es decir, entre la clase obrera, convertida en caudillo de toda la nación, y el fascismo, adquirió su expresión más elevada en la acentuación de la postura radical del estudiantado o en su destrucción. Algo más, los planes fascistas de destrucción de las organizaciones obreras y populares sólo podían funcionar sí, previamente, se ajustaban las cuentas con las ciudades, vale decir, con el movimiento estudiantil.

En uno de los considerandos del mencionado Decreto se dice que el objetivo del gobierno no es otro que retornar a los sanos principios de la autonomía universitaria, que no puede más que entenderse como el autogobierno de profesores y estudiantes y el manejo propio de los recursos económicos, al margen de toda influencia foránea. En plena vigencia de la Constitución Política de 1967 (en cuyo texto se incluye el régimen de la autonomía como principio constitucional), la suspensión de clases, el despido de catedráticos y altos funcionarios, la fijación de fechas de exámenes al margen de los organismos tradicionales de la universidad, la constitución de una comisión para consumir la llamada reforma de las universidades, etc., no son otra cosa que una virtual cancelación de la autonomía, rasgo común de los gobiernos castrenses aparecidos últimamente en varios países latinoamericanos. La autonomía sólo puede servir si ésta está en manos de sectores revolucionarios y puede convertir a la universidad en un canal de movilización contra el régimen enemigo del pueblo y sirviente del imperialismo. Esto explica por qué la lucha por la defensa de la autonomía es parte integrante de la lucha revolucionaria en su conjunto. No es necesario repetir que la autonomía no puede ser considerada como un principio eterno e intangible, está condicionada por la lucha de clases y sus proyecciones dependen de quién la maneja. En 1971, la defensa de la autonomía se convirtió en un elemental deber de los revolucionarios y su destrucción en algo inseparable de la conducta contrarrevolucionaria y fascista.

No se trata simplemente de un atentado contra la autonomía (una reivindicación democrático-burguesa), sino de la destrucción física de la resistencia universitaria, parte integrante de la lucha revolucionaria por el socialismo (lo que supone el gobierno propio de los obreros). En esta medida en un paso típicamente fascista. Salta a la vista la evidencia de que este golpe no se detendrá en los muros de la universidad, sino que servirá de peldaño para el futuro ataque a fondo contra el movimiento obrero y sus organizaciones.

Constituye un deber elemental la lucha por la defensa de la autonomía, es decir, de una garantía democrática, que es parte integrante de la lucha revolucionaria. En esta forma se defiende la integridad de las organizaciones obreras y revolucionarias. Esta defensa puede adquirir las formas más diversas, según las circunstancias políticas concretas.

Los partidos políticos que sustentan al gobierno (FSB y MNR) sufrirán las consecuencias negativas de esta medida. Estas organizaciones no sólo se verán mella en su popularidad, sino que incluso tendrán que afrontar oposiciones internas. La avanzada universitaria del MNR se ha apresurado en rechazar la medida a la que califica de francamente fascista.

La decisión de arrancar de cuajo todo brote opositor, todo afán de resistir a las cavernarias medidas gubernamentales ha sido brutalmente anunciada. El desconocimiento de las garantías democráticas perjudica a las organizaciones obreras y revolucionarias y es claro que ellas pueden seguir vigentes para los capitalistas y para los lacayos del



imperialismo, no importando que éstos se titulen "izquierdistas". Banzer puede permitir que los stalinistas le hagan legal y leal oposición, esto porque su misión fundamental es luchar contra la insurgencia popular y obrera, aquí no habrá tregua ni cuartel. "En el país existe absoluta libertad para que todos puedan expresar sus ideas, pero no habrá garantías para aquellos anarquistas (antes eran llamados extremistas) que tratan de alterar el orden, la paz y el trabajo. Esos serán perseguidos y apresados", tales las palabras del Presidente Banzer expresadas a los periodistas ("Hoy", La Paz. 3 de septiembre de 1971). Acotó más adelante: "Si el Partido Comunista desarrolla su actividad dentro de su línea política, sin anarquizar y sin producir caos, no tenemos por qué perseguirlo ni privarle del juego político al que tiene derecho". La, alta dirección "comunista" pudo tomar en serio el ofrecimiento de Banzer y esmerarse en satisfacer sus exigencias, pero sus militantes obreros han sido y continuarán siendo despiadadamente perseguidos.

Las autoridades políticas del interior del país (prefectos) se esfuerzan por emular a Banzer en la sanguinaria represión al pueblo boliviano, y en este terreno hay una verdadera carrera por ganar méritos y en la que están comprometidos militantes de FSB y del MNR.

Trascribimos lo que dijo el Prefecto de Sucre Gastón Moreira Ostría: "Mi labor funcionaria estará enmarcada dentro de la Ley y el respeto por todos, los derechos humanos, pero advierto con energía que no permitiré so pretexto alguno brotes de anarquía y de caos que traten de sembrar la desunión de los chuquisaqueños" ("Presencia", 14 de septiembre).

El Prefecto de Santa Cruz, la zona brava y muy convulsionada del país, ha dicho públicamente que los izquierdistas no deben tener ni siquiera derecho a ganarse honradamente el pan de cada día: "El Prefecto del Departamento, Gustavo Melgar, advirtió que no permitirá el retorno a sus labores de aquellos trabajadores radialistas y periodistas que estuvieron detenidos durante los últimos sucesos políticos, sindicados de realizar actividades extremistas". En la nota suscrita por dicha autoridad y enviada a la Asociación Boliviana de Radiodifusión se lee: "En nuestra revolución hubieron vencedores y vencidos. Respeto a las ideas de los vencidos pero no estoy dispuesto a permitir que éstos tengan cabida en fuentes de trabajo que en corto o largo plazo serán utilizados como instrumento de ideas vinculadas con la violencia, el caos y la anarquía". Seguidamente el tremendo ukase: "Prohibo terminantemente la reconstrucción de estos elementos" ("Presencia", La Paz, 19 de septiembre).

Los fascistas están seguros que los tiempos de un ejército politizado y deliberante han pasado para siempre. Hay claros indicios que se tomarán medidas radicales para acabar con los brotes izquierdizantes. En el futuro se evitará toda posibilidad de que vuelva a repetirse el caso de clases y suboficiales haciendo protestas de adhesión a la causa popular, cómo ocurrió en vísperas de la caída del general Torres. "El Diario" de fecha 18 de septiembre anunció, a cuatro columnas, que el general Banzer había ordenado la inmediata reestructuración del ejército, medida que tenía la finalidad de imponer la despolitización de los elementos castrenses. Ningún miembro del ejército podía pertenecer o militar en partido político alguno, era suficiente y por demás que respaldase fielmente al dueño del Palacio de Gobierno.



Todo lo anterior muestra el rostro de un régimen totalitario de extrema derecha, que no permite el resquicio por donde pueda aflorar el pensamiento libre o la oposición y si este aparece se vuelca sobre él todo el aparato represivo hasta destruirlo completamente. Eso es lo que ha ocurrido con el magisterio y los estudiantes. Cuando se comprobó la existencia de posibilidades de que éstos pasarían a la protesta y acaso a ganar las calles, se procedió simplemente a clausurar el año escolar, faltando un poco más de un mes para la fecha de exámenes conforme a calendario.

Los golpistas debutaron en Santa Cruz fusilando a ocho universitarios, ordenado por el coronel Selich. A mediados del mes de septiembre de 1971, portavoces del Ministerio del Interior hicieron saber que habían perdido la vida más de treinta presuntos guerrilleros en batallas que dicen haberse desarrollado en la selva oriental. Los observadores más moderados sospechan que se trata de otros tantos fusilamientos sobre quienes pesan sospecha de estar comprometidos con las organizaciones izquierdistas. En La Paz y en todo el país corre el insistente rumor de que en el local universitario y el cerro Laíka-Cota fueron pasados por las armas varias decenas de estudiantes. En fin, podrían enumerarse hasta el cansancio ejemplos similares. Ni duda cabe que el fascismo está en marcha y que sus pezuñas ya están tintas en sangre boliviana.

Banzer ha retornado a los tiempos de Barrientos, en los que el crimen político era uno de los métodos de gobierno. El ultimar a los adversarios políticos de manera sistemática no es una creación de la maldad y picardía criollas, se trata de un método importado juntamente con la CIA, para esta organización, no deben haber prisioneros que sean motivo de agitación popular y que tarde o temprano pueden recobrar su libertad, deben haber únicamente cadáveres, mudos testigos de la bestialidad yanqui.

Las organizaciones revolucionarias libran una tenaz y heroica lucha clandestina y los sindicatos pueden verse obligados a recurrir al mismo método.

Los trotskystas soportamos la bestial arremetida de la misma manera que lo hicimos en el pasado, con toda fidelidad a nuestro programa, al proletariado y al pueblo boliviano. Seguramente se añadirán más mártires a los muchos que ya ostenta el Partido Obrero Revolucionario. Otros engrosarán a la legión formada por Agenor Alfaro, Sánchez, César Lora, Isaac Camacho, J. Carlos Thompson, Alberto Pérez, Julio Toranzo, Ricardo Troncoso, etc. Seguiremos luchando seguros de que la victoria será de la clase obrera, de nosotros.

El movimiento campesino estaba comenzando, antes del 21 de agosto de 1971, a dar los primeros pasos en el camino de la radicalización. Ciertamente que los progresos de su desburocratización eran veloces y el viejo mecanismo sindical montado por los anteriores gobiernos, con vistas a controlar desde arriba a los campesinos, se venía hundiendo a grandes pasos. Todo esto se demuestra por los resultados y naturaleza del último congreso campesino de Potosí, que reunió a más de medio millar de delegados, muchos de los cuales eran conocidos caciques. Como se sabe, no se pudo mantener en pie el pacto militar campesino y se aprobó un pronunciamiento en sentido de que los explotados del agro no podían menos que marchar hacia la unidad con los explotados de las ciudades y particularmente con los obreros. Tampoco se pudo dejar de acordar el enviar una genuina representación campesina al seno de la Asamblea Popular. Asesores habilidosos del ex-Presidente Torres aconsejaron aprobar una tesis política radical, anunciando la inminencia de una revolución india pura, al margen y hasta contra el proletariado. El oficialismo al verse perdido no tuvo más remedio que echar mano a este peligroso expediente.



En este estado de cosas sorprendió al movimiento campesino el golpe contrarrevolucionario fascista. Y por esto mismo tuvo tremendas consecuencias negativas en este plano. Cosa diferente ha ocurrido en los medios de la pequeña burguesía y del proletariado, donde la resistencia a las medidas totalitarias y reaccionarias sigue en pie y el gobierno está muy lejos de haber controlado totalmente la situación.

En el agro el golpe fascista ha podido, por lo menos temporalmente, contener el proceso de radicalización. La lucha antiburocrática se ha paralizado. Las viejas organizaciones estructuradas bajo el barrientismo han vuelto a ponerse en pie y enarbolan la bandera del anticomunismo. Las agrupaciones nacidas al calor de la radicalización han desaparecido fácilmente. El desplazamiento hacia la izquierda de los núcleos de base parece haberse paralizado. El manotazo fascista ha sido mortal para un proceso tan incipiente.

La burocracia campesina obedece estrechamente al equipo militar, aunque no escaseen las declaraciones en favor de los partidos que sirven a los gorilas. En el futuro próximo es seguro que la jerarquía castrense (ha vuelto a ponerse en vigencia el pacto militar-campesino) actuará teniendo como punto de apoyo a las confederaciones actualizadas desde arriba y esto le permitirá al Cnl. Banzer maniobrar fácilmente contra el MNR y FSB.

Por ahora puede descontarse la posibilidad de que una franca resistencia al gobierno gorila venga del agro; la tónica será marcada nuevamente por las ciudades, por las organizaciones obreras, estudiantiles y de maestros. El espejismo de que toda la masa campesina se ha unificado alrededor de los gorilas (lo que no es cierto, por el momento el grueso del agro dejará hacer simplemente), puede llenar de desaliento a los escépticos y a aquellos que consideraban a los campesinos como a elementos revolucionarios por excelencia, como a los llamados a encabezar y dirigir la transformación social. La realidad ha asestado un nuevo rudo golpe al ultra-izquierdismo.

LA DESCENTRALIZACIÓN DE LAS EMPRESAS DE COMIBOL

Comibol tiene como uno de sus mayores problemas los costos elevados y la baja producción, consecuencia de la falta de una debida correlación entre los empobrecidos filones de estaño y sus vetustos ingenios, además de la burocratización y otros vicios en la administración. Una y otra vez se ha intentado solucionar estos problemas sin ningún éxito, siendo la mayor tentativa hasta ahora el llamado Plan Triangular, que concluyó entregando la empresa nacionalizada al BID. En muchas oportunidades se ha aconsejado la total descentralización de las empresas de Comibol, lo que llegaría a convertir a ésta en una yuxtaposición de las que fueron en su tiempo empresas privadas. El proyecto ha sido desechado por no ajustarse a una administración moderna, precisamente.

El gorilismo, por boca de Carlos Serrate, Ministro de Minería y dirigente del MNR, ha vuelto a formular como solución a los agudos problemas de la minería (se ha dicho que agoniza por falta de liquidez), la descentralización de las empresas de Comibol.



Su planteamiento, según "Presencia", (La Paz, 1º. de septiembre de 1971), sería, en síntesis, el siguiente:

1-"El sistema de descentralización, llamado "Holding", hará posible que las responsabilidades se individualicen, ya que cada empresa tendrá que presentar informes separados sobre su gestión, sobre sus niveles de producción y su situación general para que la opinión pública juzgue si realmente responden al interés social del pueblo".

Si una empresa pierde, cosa que les puede ocurrir a todas por múltiples razones, será fácil cerrarla bajo el argumento de que "no responde al interés social del pueblo", un slogan que puede servir para todo y hasta contra el pueblo.

La minería es una actividad que no puede menos que planificarse para el logro de objetivos a largo plazo. Sería absurdo saquear simplemente un yacimiento para demostrar ganancias, pues para asegurar su porvenir es preciso realizar preparaciones, prospecciones y resguardo de reservas. Antes de explotar un rico filón es necesario, casi siempre, trabajar algún tiempo a pérdida. En una empresa de las dimensiones de Comibol, los cálculos de ganancias y pérdidas deben hacerse de manera global, lo que puede permitir y facilitar una planificación racional de la actividad minera. Como se sabe, los trabajadores mineros (considerados no como un sindicato, sino como un todo) plantearon la necesidad de la integración de toda la industria minera en Comibol. Se trataba de crear un gran coloso, con una sola dirección centralizada; ahora, se busca atomizar a la empresa nacionalizada. Si se aceptase: el criterio infantil de Carlos Serrate, las minas serían empujadas al caos y destruidas por los gerentes empeñados en demostrar que "responden al interés social del pueblo". Parecería que el gorilismo no tiene más plan salvador que proceder al inmediato cierre de las minas marginales (la experiencia y la lógica más elemental enseñan que las empresas hoy marginales dejan de serlo mañana) para obtener ganancias. Cuando a un administrador sólo le preocupa la ganancia del día y no así el porvenir de su empresa, tenemos que concluir que nos encontramos frente a un cretino o a un saqueador.

2. "Con la individualización de las responsabilidades, el país sabrá exactamente cuál empresa se maneja bien y cuál es la que significa una carga para el resto".

Tiene que extrañarnos que Serrate, tan amante del ordenamiento jurídico y la estabilidad de las instituciones, propugne instaurar nada menos que tribunales populares para sancionar a las empresas que se atrevan a perder. Con este criterio pueril no se puede administrar nada, Resulta elemental que el resultado de las operaciones de Comibol tiene que verse globalmente y calcularse no en un año, sino en cinco o diez. Los tribunales populares estarían bien para que al señor Serrate le den un tirón de orejas y lo envíen a un jardín de infantes.

3- "El capital extranjero que llegue al país para dedicarse a la minería será encaminado hacia las zonas marginales, pero se le dará todas las facilidades para que se desarrolle.... Es partidario de las empresas mixtas y espera que este sistema de administración se aplique en el caso del Mutún".

Ya sabemos lo que hará el gobierno gorila, volverá a entregar las riquezas mineralógicas al imperialismo. Las sociedades mixtas, no lo ignora nadie, son la forma moderna de la penetración de capital financiero, interesado en la participación estatal para



garantizarse a sí mismo y defenderse de toda amenaza laboral.

4- Con la "descentralización se ha solucionado no sólo el pedido de los trabajadores de Matilde....".

El Sindicato de Trabajadores de la Mina Matilde (Gerardo Hoyos, Secretario General, Guillermo Dalence, Secretario de Relaciones) pidió "añadir a la independencia de contabilidad expresada concretamente en el Decreto de Reversión, la descentralización técnica y administrativa de la Empresa Minera Matilde". Los argumentos esgrimidos son los siguientes: a) que tiene condiciones peculiares de explotación y mecanización; b) que el régimen de contratos, sueldos y salarios es diferente al imperante en el resto de Comibol; e) que están dadas las "condiciones para que la Empresa se autofinancie y muestre las bondades de una administración independiente".

Lo anterior es tomar el rábano por las hojas. Los mineros piden algo para una empresa determinada, invocando sus particularidades, y el Ministro de Minas aplica el pedido a toda Comibol.

EL SUPUESTO BONAPARTISMO DE TORRES

Extraña que algunos ultraizquierdistas hubiesen insistentemente calificado al gobierno Torres como bonapartista. Se trata de la aplicación mecánica de una fórmula con motivos políticos. Los pequeños-burgueses que abandonan las posiciones foquistas sin un previo análisis crítico de sus errores, generalmente se desplazan hasta las posiciones nacionalistas y comienzan a alimentar desmedidas ilusiones acerca de sus posibilidades revolucionarias. En ambos extremos se caracterizan por pasar por alto sobre la voluntad, pensamiento y acción de las masas.

Hemos negado, una y otra vez, el carácter bonapartista de Torres. Volvamos sobre el asunto, pues tiene importancia y justifica nuestra política.

Trotsky ha escrito muchas veces acerca de este problema y nos da los elementos teóricos básicos que pueden permitirnos descubrir si un gobierno es o no bonapartista. En este terreno no es suficiente lanzar generalidades, tienen que hacerse análisis concretos.

Por bonapartismo entendemos -dice Trotsky- un régimen donde la clase económicamente dominante, preparada en los métodos democráticos de gobierno, se encuentra obligada, a fin de salvaguardar lo que posee, a tolerar por encima de ella el dominio incontrolado de un aparato militar y policial, de un "salvador coronado". Este tipo de regímenes, ya previstos por Marx y Engels, aparecen en los períodos de extrema agudización de la lucha de clases. En los países atrasados, en los que la liberación nacional es uno de los objetivos fundamentales de la lucha revolucionaria, el régimen bonapartista oscila entre el imperialismo y la burguesía nacional o su sustituto pequeño-burgués, que en cierto momento aparece encarnando los intereses de la nación es por esto que precisa un amplio apoyo de las masas. Villarroel fue un típico gobierno bonapartista.



El mismo Trotsky calificó al gobierno soviético de bonapartista por considerar que se trataba de un "régimen personal", producto de una "viva lucha de clases entre el proletariado y la burguesía"; y porque "con la ayuda del aparato burocrático y policial, el poder de "salvador" y de árbitro de la burocracia (en tanto que casta dirigente) se eleva por encima de la burocracia soviética, reduciéndola a su propia sombra. La función objetiva del "salvador" es la de salvaguardar las nuevas formas de propiedad, usurpando la función política de la clase dominante".

En los países atrasados, una cosa es hablar de la tendencia de los gobiernos nacionalistas a transformarse en bonapartistas y otra muy diferente que se convierta esa tendencia en una realidad. Engels escribió, refiriéndose al período posterior a Bismark, que "todo gobierno actual deviene bonapartista", pero se estaba refiriendo a una tendencia del proceso. "En éste como en otros dominios, la cantidad se transforma en calidad. Pero el arte del pensamiento científico es determinar dónde precisamente la cantidad se transforma en una nueva calidad" (Trotsky).

El régimen torrista, particularmente en los últimos meses, no fue otra cosa que la personificación de la ausencia de un verdadero poder. Las fuerzas en pugna: proletariado y derecha castrense gorila (expresión de los intereses reaccionarios criollos e imperialistas) ignoraban al Presidente de la República y se limitaban a prepararse para el gran encuentro entre ellos. En cierta medida, el régimen Torres nació de la pugna clasista entre las fuerzas sociales señaladas más arriba. Circunstancias particulares determinaron que en cierto momento Torres se presentase como exponente del ejército. Se trataba de un espejismo más que de una realidad, vencedores y vencidos castrenses buscaban convertir al nuevo Presidente en un instrumento capaz de ser manejado discrecionalmente desde más allá del Palacio Quemado. Torres en ningún momento llegó a suplantar al ejército o a tener en sus manos su total control; más bien, era controlado desde fuera. No pudo colocarse por encima de las fuerzas armadas porque no logró arrastrarlas detrás de sí. La conspiración militar contra el régimen torrista tiene una historia de muchos meses y estaba planteada desde el momento mismo en que los efectivos castrenses lograron unificarse bajo la consigna de expulsar del poder a quien -según ellos- había caído en manos de los comunistas, lo que suponía un grave riesgo para la supervivencia del ejército como institución. Los "institucionalistas" lograron ganarse a los mismos oficiales que pasaban de izquierdistas, pero que eran partidarios de un nacionalismo de izquierda y no de tendencias marxistas que se las suponía interesadas, sobre todas las cosas, en eliminar del escenario a la institución armada. No puede concebirse a un Bonaparte que no sea más que un títere en manos del ejército, lejos de enseñorearse sobre él y convertirlo en su sombra. No puede llamarse Bonaparte a quien fue desplazado del gobierno cuando así lo determinaron generales y coroneles.

Torres, consciente de su debilidad pero no de que su principal enemigo era el ejército (cuando este tema era tratado volvía a aparecer el militar de casta empeñado únicamente en poner a salvo la unidad de su institución, las consideraciones políticas zozobraban en medio de este cúmulo de prejuicios), buscó el apoyo de las masas y no alcanzó su objetivo porque sus planteamientos nacionalistas estaban muy a la derecha de los objetivos formulados por la clase obrera (Tesis Política de la COB y documentos de la Asamblea Popular). Se trataba de un Presidente de la República sin autoridad y retrocediendo constantemente ante el empuje de los explotados y no de un amo indiscutido de las masas. Sería el peor de los equívocos sostener que representaba a la clase obrera y a todos los desposeídos, desde el momento que éstos entraban en constante



fricción con el poder central como consecuencia del radicalismo de sus planteamientos (la fricción no se transformó en lucha franca debido a la extrema debilidad del que estaba de paso por el palacio de gobierno). Bien pronto las masas tomaron la iniciativa y pugnaron por utilizar a Torres contra la derecha fascista.

El general Torres (los gobernantes de turno acaban de privarle de rango y grado, cosas de la mezquindad castrense) no llegó siquiera a imprimir los contornos de un régimen personal a su gobierno. Estuvo lejos de ser el caudillo de la hora y aparece hasta desminuido frente a sus más directos colaboradores. Estos últimos conspiraban abiertamente buscando satisfacer su sed de poder y de figuración, y el Comandante en Jefe del Ejército hacía su propio juego, sin preocuparse ninguno de ellos por la suerte del Presidente de la República. La camarilla gobernante no pudo estructurarse en debida forma.

Los sectores nacionales económicamente poderosos, agrupados en las Cámaras de Industria y Comercio y de Minería, no vieron en la espada del general Torres una segura garantía para sus intereses, extremo que les habría obligado a soportar sus discursos incoherentes frente a las manifestaciones populares en las que se ofrecía llegar hasta el límite exigido por el pueblo. Empresarios privados y mineros (en las jornadas de agosto se los vio convertidos en francotiradores) conspiraron abiertamente contra un gobierno débil. Por su parte, el Embajador Siracusa estuvo, desde el primer momento, en las trincheras fascistas, porque comprendió que Torres no era ninguna garantía para la ejecución de los planes norteamericanos y porque le molestaba el slogan que proclamaba el inmediato establecimiento de relaciones diplomáticas con los países del bloque socialista.

Sabemos que la jerarquía castrense conminó a Torres poner atajo al avance del extremismo de los obreros, pero éste, al sentirse extremadamente débil y abandonado por el ejército, no tuvo el suficiente valor de oponerse al funcionamiento de la Asamblea Popular y al proyecto de coadministración obrera mayoritaria en Comibol. Así decretó su caída y desde el exilio ha declarado que el Alto Mando Militar se negó a darle armas para defender su Palacio.

Esta figura, que en momento alguno se elevó hasta convertirse en el salvador del país, fue todo menos un Bonaparte.

¿QUE SUCEDIO EL 21 DE AGOSTO?

Sintetizamos los aspectos políticos sobre el golpe fascista: seguimos dentro del ciclo movimientista pequeño-burgués, iniciado en abril de 1952. Este proceso conoce profundas oscilaciones a derecha e izquierda, va desde las formas pseudo-democráticas hasta las manifestaciones francamente fascistas. La clase obrera se encuentra en el centro mismo de este proceso y le otorga proyecciones insospechadas.

Los gobiernos que se han sucedido a partir de 1952 han protestado; cada uno a su turno, seguir fielmente los principios y las banderas de abril. Esto es mucho más evidente tratándose del gobierno actual. Podría argumentarse que las tendencias nacionalistas se fueron decantando en el calor mismo de los acontecimientos, al extremo de que



quedaron en un polo el gorilismo y en el otro los que dicen abrazar el nacionalismo revolucionario. Mas, todos ellos aparecen entremezclados, en sucio contubernio, en el gobierno que nace después del 21 de agosto. Las luchas fraccionales y hasta personales se mueven dentro del estrecho límite del nacionalismo y de las limitaciones clasistas de este movimiento. No constituye ninguna novedad el que ahora digamos que unos y otros acabaron, indefectiblemente, postrados ante el imperialismo. Banzer, Gutiérrez y Paz debutan en el Palacio de Gobierno como la carta segura de los yanquis. Si este trío no sintetizase la tragedia boliviana, sería la expresión cómica de la fusión de los nacionalistas convertidos en reaccionarios con los portavoces delirantes de la rosca y de reacción ultramontana.

Muchos se esfuerzan por ignorar que el gorilismo nació, creció y se formó en las entrañas del MNR y que ese ejército, reorganizado, entrenado y adoctrinado por los norteamericanos, es criatura del nacionalismo pequeño-burgués, que lleva indeleblemente impresas las huellas clasistas de éste. El fascismo gorila no es extraño al nacionalismo criollo, no le fue impuesto desde el exterior, sino que es el resultado obligado de la continuación de las tendencias derechistas que poderosas se agitaban en el seno de los últimos gobiernos del MNR; la exageración de ese derechismo entreguista y antiobrero ha desembocado en el fascismo. Lo que ayer fue pronóstico, es ahora confirmación de un hecho consumado. Paz cayó víctima de la conspiración de sus generales Ovando y Barrientos; en 1971 ese mismo Paz ronda por los pasillos del Palacio Quemado, porque los gorilas barrientistas se ven obligados a consentir que el envejecido político pasee su desvergüenza cerca de las cumbres del poder.

El golpe militar del 21 de agosto de 1971 es de inconfundible naturaleza fascista (no solamente reaccionaria) y ha tenido un carácter preventivo. Como tantas veces dijimos, la derecha criolla y el imperialismo, que para ejecutar sus planes y materializar sus objetivos no contaban más que con el ejército (el partido político contrarrevolucionario más poderoso y coherente), no podían abandonar el escenario sin lucha y dejar pacientemente que el movimiento obrero avance, paulatina y firmemente, frente a la debilidad e indecisión del gobierno Torres. El verdadero problema para el fascismo no radicaba en derrocar a Torres, sino en aplastar al movimiento obrero y revolucionario, que amepazaba con expulsar al imperialismo y destruir el poderío económico de la reacción. No puede descontarse la posibilidad de que Torres podía haberse asimilado totalmente a los gorilas golpistas; en este caso, se habría convertido en el martillo con el que hubiese sido golpeada la clase obrera y los sectores radicalizados de la clase media. Con todo, las cosas han ocurrido de otra manera, fue el ejército el que se unificó contra el Presidente Torres, buscando sustituirlo en una operación incruenta. El panorama se modificó totalmente cuando las masas se incorporaron a la lucha en el momento de mayor agudeza del conflicto. En ese instante la lucha verdadera era entre el gorilismo unificado (contrarrevolución) y las masas.

Para los periodistas superficiales todo se reduce a la sustitución de Torres como amo del Palacio Quemado. En verdad, el golpe ha estado dirigido contra la Asamblea Popular, contra la coparticipación obrera mayoritaria en Comibol, contra la estructuración de la universidad única bajo la dirección hegemónica de la clase obrera, contra la perspectiva de estructurar el gobierno propio del proletariado, etc. Es contra esto que se han levantado los gorilas y no contra esa sombra de Presidente de la República que era Torres.



Ni duda cabe que existía una visible diferencia entre los gobiernos Barrientos, Ovando y Torres, como también es diferente éste del régimen Banzer. No pocos izquierdistas machacaron hasta el cansancio con la especie de que todos esos gobiernos eran exactamente iguales y que las concesiones democráticas hechas por Torres, por ejemplo, eran el resultado de acciones de las masas. Habría sido diferente si hubiesen dicho que el retorno a medias a la democracia y los métodos de gobierno fascistas más cínicos obedecían a la necesidad de hacer más viables los planes imperialistas y capitalistas criollos. El choque entre la reacción y los gobiernos nacionalistas de diverso corte se ha producido no bien aquellos demostraron su inoperancia, sobre todo con referencia al movimiento obrero puesto en pie de combate.

No distinguir las diferencias que existen entre un régimen fascista gorila, que utiliza la violencia brutal para destruir las organizaciones sindicales y populares y que convierte en método de gobierno el crimen político (la ultraizquierda podría tener presente que en estos períodos se fusila a todo elemento de quien se presume que puede conspirar), y un gobierno militar que tolera las actividades sindicales y los movimientos de los partidos de la izquierda marxista, es muestra de una tremenda ceguera política, que no puede menos que conducir, en el mejor de los casos, a la inoperancia y a veces a la derrota. ¿Dónde encontrar la raíz de esta ceguera? En su naturaleza de clase y su subjetivismo, que recurriendo a este último, pretende justificarse como ultraizquierdismo. Los acontecimientos nos han dado una soberbia lección: el golpe nos ha colocado a los revolucionarios en el mismo lado que al general Torres, no había otro camino para poder derrotar al fascismo. De ser cierta la tesis ultra-izquierdista, lo correcto habría sido el cruzarse de brazos ante el golpe gorila y esperar pacientemente la sustitución de Torres por el coronel Banzer. El movimiento popular no ha triunfado, pero ha planteado, en el terreno de los hechos, la perspectiva de su futura victoria.

Lo anterior no quiere decir que nos hagamos ilusiones acerca de la capacidad revolucionaria de un gobierno del corte de Torres; contrariamente, hemos sido los que con mayor energía señalamos en su oportunidad sus limitaciones.

El golpe del 21 de agosto no fue un golpe reaccionario cualquiera, sino que tiene contornos inconfundiblemente fascistas. No se trata ni siquiera de que sea más o menos represivo con referencia a otros regímenes, sino de que utiliza la violencia concentrada para destruir físicamente a las organizaciones sindicales, populares y revolucionarias. A partir del primer momento era posible ya señalar su espectacular itinerario al respecto.

Podría argumentarse que las grandes organizaciones Sindicales, que son las mineras, no han sido hasta el momento destrozadas, excepción hecha de sus confederaciones y federaciones, que encuentran muchos obstáculos para seguir funcionando y que tienen a sus planas mayores en la cárcel, el confinamiento o la clandestinidad. Lo cierto es que el plan antiobrero del gobierno parte de la eliminación de los focos de resistencia en las ciudades para luego pasar a los centros proletarios de mayor importancia. La pequeña-burguesía, particularmente en sus sectores intelectualizados (universitarios, estudiantes, maestros, periodistas, etc.), ha sido la que inmediatamente ha tenido que soportar la arremetida. Después de este primer episodio y si el gobierno logra la victoria, es evidente que arremeterá contra los sectores de la clase obrera. Es sugestivo que en las ciudades algunos sectores obreros ya conozcan las consecuencias de las medidas represivas.



El régimen fascista ha cancelado virtualmente las garantías democráticas y lo hace con todo vigor.

Desde el Palacio de Gobierno se alienta el divisionismo sindical, se sustituye a las direcciones elegidas en congresos (donde bien o mal se expresa la voluntad de las bases) con pequeñas camarillas que sirven incondicionalmente al oficialismo. Se ha anunciado que se tiene en estudio un nuevo régimen sindical. Todo esto nos permite suponer que bien pronto se harán esfuerzos desesperados para lograr que las organizaciones laborales se integren al aparato estatal. La estatización de los sindicatos, juntamente con la cancelación de la autonomía universitaria y su reordenamiento según los esquemas gorilas, completarían la fisonomía del régimen totalitario fascista.

El golpe contrarrevolucionario triunfante, la cancelación de las garantías democráticas y la descomunal represión desencadenada, nos obligan a señalar como táctica inmediata la defensa intransigente, de las garantías democráticas, la defensa de la Constitución, de la vigencia de las leyes, de la autonomía universitaria, de la libertad de prensa irrestricta, el respeto al fuero sindical y al derecho de asociación, etc.

No se trata de que nos hubiésemos convertido en reformistas o demócratas, sino de que para concentrar a las masas y movilizarlas profunda y positivamente no tenemos más remedio que prestar mucha atención a sus problemas más inmediatos y vitales y esos son, en estos negros días, la defensa de las garantías democráticas.

No hemos dejado de pensar en nuestra finalidad estratégica: la estructuración del Gobierno propio de los obreros, que hará posible la construcción del socialismo, sino que para aproximarnos a esa finalidad no disponemos por ahora de mejor puente que la lucha por la defensa de las garantías democráticas.



CAPÍTULO VI

NUEVAS PERSPECTIVAS: EL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIMPERIALISTA

La situación política:

Como ya se tiene indicado, de las jornadas de agosto de 1971 salió confirmada la estrategia política del proletariado que se plasmó en la Asamblea Popular. Como quiera que no hubo tiempo para que la insurrección llegase a su punto culminante no se produjo el aplastamiento físico de la clase obrera, que se vió obligada a consumir una retirada estratégica.

Con todo, se ha operado una profunda transformación política en el país, que ha motivado la desmoralización y desorganización de los trabajadores. Hasta el momento, el asalto directo a los lugares de trabajo por parte de los efectivos militares está siendo sustituido por los planes encaminados a desconocer la voluntad de las bases obreras y a imponer direcciones sindicales amañadas por el oficialismo. En la actividad de los sindicatos se nota un notable decaimiento y en algunos de ellos, particularmente en las ciudades, los equipos dirigentes democráticamente elegidos han sido sustituidos por camarillas adictas al gorilismo, aunque para ello se tuvo que recurrir, con mucha frecuencia, al encarcelamiento y persecución de los titulares. No se puede dejar de señalar que en los primeros meses únicamente las grandes organizaciones obreras, particularmente de mineros, pudieron hacer escuchar públicamente su voz, a veces en tono muy airado y protestando por inconsultos apresamientos de trabajadores o por la falta de garantías para el funcionamiento de las confederaciones y federaciones.

Ni siquiera en los momentos de mayor represión pudieron los gorilas imponer silencio a todo lo largo y lo ancho del país y se puede decir que siempre estuvo presente la resistencia pasiva de los sectores populares a los excesos de las autoridades. Después del 21 de agosto, los problemas de la táctica revolucionaria se centran alrededor de la necesidad de convertir esa resistencia pasiva (generalmente expresada en explosiones:, intermitentes) en activa, de generalizar el descontento, de elevarlo políticamente.

En los primeros momentos pareció que el impresionante número de prisioneros políticos, no pocos de ellos arbitrariamente recluidos, el trato bestial dado en los campos de concentración ¹⁴, el fusilamiento de los opositores, etc., daban fortaleza y estabilidad al gobierno. Bien pronto, se comprendió que se trataba de una simple ilusión. La protesta por el apresamiento de cientos de ciudadanos (los más hablan de medio millar y algunos hasta han llegado a sostener que se trataría de varios miles) fue ganando a grandes capas de la población, convirtiéndose en un amplio movimiento, pese a haber comenzado como un núcleo de resistencia limitado a los vínculos familiares. Las diversas organizaciones de profesionales, los sindicatos y federaciones e inclusive los campesinos comenzaron a demandar la libertad de los políticos presos casi desde los primeros días que siguieron al 21 de agosto.

14 El campo de concentración de Alto Madidi, ubicado en la región selvática del Norte paceño, fue suprimido después de las gestiones realizadas en ese sentido por la jerarquía eclesiástica.



La presión popular y obrera exigiendo la amnistía cobró dimensiones insospechadas poco antes de la Navidad de 1971. La iglesia se pronunció en el mismo sentido y sólo desentonaron algunas instituciones (de ex combatientes, por ejemplo) que, rompiendo la tradición boliviana, osaron oponerse formalmente a que los "comunistas" salieran de las prisiones. Le correspondió a Selich dar la nota pintoresca: estando pacificado el país y eliminados, los extremistas –dijo– no correspondía dictarse amnistía de ninguna clase. Con todo, este primer empuje (que políticamente ha tenido una gran significación, por haber demostrado el fracaso del plan gorila de total aplastamiento de los sectores populares de las ciudades) no pudo vencer la terquedad de las autoridades, que en todo momento se empeñaron por poner a salvo el principio de autoridad. En la primera quincena del mes de febrero de 1972, volvió a crecer la ola de protesta contra los indiscriminados y largos apresamientos (el allanamiento de un centro de salud fue preludio de la detención masiva de médicos; pintores y sus modelos fueron trasladados a las celdas policiales). Inesperadamente "El Diario" publicó una carta, fechada en los lugares de presidio y dirigida al mismo Banzer y al Ministro del Interior, demandando inmediata libertad; al pie de la nota aparecieron alrededor de doscientas firmas, entre ellas de diez mujeres. A las pocas horas, las emisoras locales y las agencias noticiosas propalaron la información en sentido de que esos presos políticos se habían declarado en huelga de hambre, a partir de las cero horas del 8 de febrero, exigiendo que cese su encierro. Alrededor de cincuenta familiares, casi todas mujeres, secundaron la medida, después de concentrarse en la iglesia de San Agustín, ubicada en un lugar céntrico de La Paz. Cuando se hizo evidente el peligro de que la violencia gubernamental fuese descargada sobre las huelguistas, las altas cumbres de la iglesia no pudieron menos que salir en defensa de ellas. Merece puntualizarse que por primera vez, después del 21 de agosto de 1971, una huelga política concentró la atención de todo el país y desencadenó un movimiento de solidaridad internacional; ni duda cabe que se trata del primer paso firme dado en el camino de incorporación de las masas populares a la lucha, de su pérdida de miedo. Las radios interrumpían sus programas para dar informaciones sobre el curso de la huelga y la policía aisló la Iglesia de San Agustín para impedir que la gente del pueblo se acercase a ese foco de agitación. Estas circunstancias demuestran que los explotados marchan a reconquistar la confianza en sí mismos y a perderle el miedo a los usurpadores del poder. Ante la presión poderosa de los huelguistas, el gobierno gorila -lo que es ya sumamente sugestivo- ha libertado a algunos prisioneros y se ha comprometido a solucionar "legalmente" la situación de los que todavía permanecen arrestados. Esto está demostrando la debilidad de un régimen totalitario por esencia. Con todo, lo anterior no quiere decir que no habrán más apresamientos o persecuciones, continuarán la prepotencia y los excesos, pero esta conducta puede, en cierto momento, exacerbar a las masas y obligarlas a volver a ganar las calles.

Hay otras acciones y actitudes que desmienten la tesis oficialista del total y dócil sometimiento de los bolivianos y, particularmente, de los obreros a los dictados del fascismo uniformado. Será suficiente referirse a la generalización de la protesta, que ha abarcado prácticamente a todos los sectores de la población, con motivo de la elevación de las tarifas de consumo de energía eléctrica en la ciudad de La Paz, autorizada mediante Decreto Supremo expreso. Aunque la empresa foránea Bolivian Power fue la que recibió los golpes directos, la repulsa adquirió un carácter marcadamente antigubernamental. Los sindicatos obreros creyeron llegada la oportunidad para recordar al gobierno su obligación de elevar los salarios en la misma proporción del encarecimiento del costo de la vida.



En los centros de trabajo, sobre todo en las minas, se reclama con insistente frecuencia la concesión de garantías para seguir produciendo, el otorgamiento de seguridades para el normal y pacífico funcionamiento de los sindicatos y federaciones, el respeto a la dignidad humana de los obreros y el cumplimiento de las leyes sociales protectoras. A estas modestísimas reivindicaciones se añade la lucha por lograr la confirmación de ciertos bonos, el cese de la hostilidad a algunos "extremistas", que están siendo frecuentemente trasladados a parajes insalubres y donde se gana menos, etc.

No pocos "teóricos" quedan completamente aturcidos al observar esta nueva realidad. Parten del esquema de que la clase obrera sigue una línea uniforme y siempre en ascenso hasta llegar al poder, no alcanzan a comprender que la lucha de clases sigue un curso lleno de altibajos, de avances y retrocesos. El profundo cambio operado en la situación política ha rectificadísimo brutalmente a nuestros izquierdistas: la oposición al gobierno (eso que llamamos resistencia pasiva, para remarcar cual es nuestro punto de partida) se está expresando a través de la lucha alrededor de consignas mínimas, democráticas y de contenido sindical. A los "radicales" esto se les antoja una verdadera capitulación y un cobarde abandono de posiciones que ya fueron conquistadas por las masas. De enero a agosto de 1971 se luchó y se movilizó a los explotados alrededor de la bandera del socialismo; se insiste que debe continuarse en esa línea: seguir lanzando la consigna del gobierno obrero y del socialismo para ser conquistados de inmediato. No se trataría de buscar consignas limitadamente democráticas, sino de poner más énfasis en la proclamación del socialismo como meta del momento. Esta inexplicable postura parece ignorar que en el país se ha operado un cambio político de importancia (sustitución de un gobierno castrense nacionalista de contenido burgués, vale decir, de orientación antimperialista, por uno abiertamente fascista) o acaso considere que la simple enunciación de una consigna es suficiente para crear las condiciones necesarias para su materialización. El proceder correcto es inverso: las consignas deben corresponder ajustadamente a la situación política imperante en cierto momento. Las voces de orden que sirvieron en ciertas circunstancias resultan inoperantes en otras.

Los hechos están demostrando que las masas no se movilizan, en las actuales condiciones, motorizadas por las reivindicaciones socialistas, sino alrededor de motivaciones democráticas y pequeñas reivindicaciones que tradicionalmente han sido catalogadas como sindicales.

La situación política boliviana se va modificando rápidamente, y a breve plazo puede pasarse de la resistencia pasiva a la activa, que se producirá a medida que los brotes de repulsa al desgobierno gorila se generalicen y, por tanto, adquieran una alta expresión política. En este camino merece citarse la derrota del oficialismo en las elecciones sindicales que han tenido lugar en los centros mineros. El Ministro de Trabajo se trasladó a Siglo XX dentro de una inconfundible campaña electoral, y como respuesta a esta abusiva intromisión, los obreros votaron cerradamente contra los hombres adictos al régimen y dieron la victoria a la izquierda.

No es suficiente decir que la resistencia pasiva se está transformando en activa. Este proceso se cumple en condiciones sumamente (difíciles y el mayor obstáculo que encuentra para poder llegar a su punto culminante está constituido por el clima de represión que impera (todos los días el gobierno amenaza con aplicar la pena de muerte a los agitadores), en la falta de garantías democráticas y el plan de destrucción y de control burocrático de las organizaciones sindicales desde arriba. El trabajo político se torna necesariamente conspirativo, que debe ajustarse a las normas de la lucha



clandestina. La actividad política comprende, básicamente, a los sectores partidistas y la imposibilidad material para utilizar los canales democráticos impide que las masas expresarse adecuadamente y designar a sus representantes. La dirección política de los explotados se reduce, necesariamente, a los partidos que se reclaman del programa revolucionario.

(1) El campo de concentración de Alto Madidi, ubicado en la región selvática del norte paceño, fue suprimido después de gestiones realizadas en ese sentido por la jerarquía eclesiástica

NECESIDAD DEL FRENTE REVOLUCIONARIO ANTIMPERIALISTA

La Asamblea Popular fue una particular forma, soviética que importó la unidad antimperialista dirigida por la clase obrera. En su corta historia no conoció desviaciones derechistas ni ultraizquierdistas y fue la estrategia del proletariado convertida en organización. El 21 de agosto de 1971 no fue destruida físicamente, la nueva, situación política determinó, de manera casi mecánica, su receso; sin embargo, su validez fue ratificada por los acontecimientos en la medida en que se demostró la justeza de la estrategia del proletariado. Estas son las razones por las cuales no podía desaparecer del escenario por un largo período, pero tampoco podía simplemente esperarse su reinstalación desde los primeros momentos del gobierno fascista. Bien pronto se hizo palpable la necesidad de mantener en pie la política de la Asamblea, expresada en los programas políticos de la COB y de aquella misma, pero las nuevas circunstancias le obligaron a adoptar una nueva forma. Los que no perciben el cambio de la situación política pugnan porque se vuelva a convocar a la Asamblea, pero olvidan señalar cómo se procederá, en las condiciones imperantes, para elegir a los delegados de las bases obreras, o cómo será posible reunir a más de doscientos representantes. La Asamblea sin deliberaciones públicas, sin posibilidad de actuar como el polo catalizador de las tendencias revolucionarias, es inconcebible .

La Asamblea aparece en el momento de mayor movilización de las masas, cuando éstas se encaminaban firmemente hacia la conquista del poder político. Es esta circunstancia política la que explica su nacimiento, como, respuesta a una necesidad histórica, y sus características. La sola constatación de que las masas ya no son, por el momento, dueñas de la calle, debe llevarnos al convencimiento de que la Asamblea no puede existir con los rasgos que tuvo antes de agosto de 1971. También se han modificado los objetivos políticos inmediatos: se trata de poner en pie de combate a las masas (en otro lugar decimos transformar la resistencia pasiva en activa) y no plantearse la conquista del poder de manera inmediata. Es cierto que después de agosto de 1971 se formuló acertadamente la continuación de la línea estratégica de la Asamblea y el mantenimiento de la hegemonía política del proletariado, bien pronto se comprendió que ya no era posible, como ocurrió durante el funcionamiento de la Asamblea, traducir en cifras esa influencia política decisiva. Superando la discusión, la realidad diaria impuso una profunda modificación estructural a la organización que encarnaba esa estrategia. Los observadores superficiales se apresuraron en subrayar que entre la Asamblea y su nueva versión no había absolutamente nada en común. Algo más, se



lanzó la especie de que el Frente Revolucionario Antimperialista, la nueva piel dentro de la cual se vio obligada a meterse la estrategia revolucionarla del proletariado, era nada menos que la negación de la Asamblea. La ignorancia y la mala fe se fusionaron en la alegre acusación de que el Frente Revolucionario Antimperialista deliberadamente marginaba al proletariado de su dirección (en los períodos del retroceso momentáneo de las masas y de clandestinidad, el proletariado sólo puede expresarse a través de su vanguardia revolucionaria y no de sus ocasionales direcciones de tipo gremial, como se analiza más adelante).

Después de los acontecimientos del 21 de agosto se planteó ante los revolucionarios y la clase obrera la necesidad de darse organizaciones adecuadas para la lucha contra el gorilismo en condiciones de clandestinidad. Ese requerimiento justificó y obligó el nacimiento del Frente Revolucionario Antimperialista. Su ideología es la prolongación de la, Asamblea, pero su estructura está profundamente definida por las nuevas condiciones políticas imperantes en el país. Criatura legítima de un pueblo sojuzgado por la bota militar, no pudo escoger a voluntad el lugar de nacimiento. Sus primeros pasos son los titubeos de la izquierda en el exilio y mucho tuvo que cuidarse para no pagar caro el complejo que nace en quienes se sienten marginados de la realidad de su país de origen. Procuraremos sintetizar los rasgos diferenciales, del FRA y las razones que nos permiten afirmar por qué no es más que una prolongación de la Asamblea Popular.

CARACTERÍSTICAS

El Frente Revolucionario Antimperialista comprende a toda la gama de la izquierda boliviana, desde las tendencias que en alguna forma entroncan en el nacionalismo, cuyo ciclo se inicia en 1952 y que todavía no ha llegado a su fin (además del PRIN está VALOR y existe la posibilidad de la incorporación de fracciones disidentes del MNR oficialista), hasta las más radicales y los partidos formados a través de los múltiples fraccionamientos del tronco marxista. En este aspecto el FRA muestra diferencias con la Asamblea. Es visible la presencia, entre otras organizaciones, de los grupos movimientistas, del Partido Socialista, del ELN y de los militares antigorilas (FAR). La Asamblea se decidió a eliminar al MNR porque este partido se orientaba francamente hacia la derecha (la dirección pazestensorista apareció públicamente comprometida con el golpe fascista del general Miranda, en enero de 1971) y acordó severas condiciones para la admisión de nuevos partidos políticos. La Asamblea se consideraba, a justo título, depositaria de la estrategia revolucionaria y veía con desconfianza el llamado a sus puertas de grupos de dudoso pasado y titubeante programa. La amplitud del FRA se explica porque actúa en condiciones difíciles de represión y porque considera que todos los fuerzas son buenos cuando se trata de poner en pie de combate al pueblo todo, desde el momento que la movilización masiva no puede ser obra de grupos aislados.

La amplitud deliberada con la que el FRA considera la adhesión de las agrupaciones políticas se complementa con el espíritu frentista que se ha apoderado de éstas. El cambio de actitud de muchos grupos en este nivel no es consecuencia únicamente del llamado lanzado por el FRA, sino de la reacción de aquellos ante la necesidad de estructurar la unidad revolucionaria. La lección del 21 de agosto ha sido, en esta materia,



definitiva. En la batalla y en los momentos difíciles ya se selló, sin acuerdo previo alguno, una unidad similar. No hay exageración alguna cuando se sostiene que el FRA ya nació en las jornadas del 21 de agosto de 1971, hecho que no se desmiente porque hubiese llevado corta vida larvaria hasta el momento mismo en que se proclama como dirección de las mayorías del país. La adhesión del ELN al FRA, y esto desde los primeros momentos, es ejemplo aleccionador al respecto. La poderosa tendencia del MNR hacia la capitulación ante la reacción criolla y el imperialismo constituía un obstáculo para la Asamblea cuando se encaminaba a tomar el poder. Para el FRA la aparición de fracciones de izquierda dentro del movimientismo (izquierda que debe ser considerada como movimientista y no como marxista) puede ayudar grandemente en la lucha contra el gobierno gorila y la incorporación de esas fracciones en su seno facilitará la movilización de masas y debilitará en gran medida al oficialismo.

En esta concentración de tendencias diversas el problema de la dirección cobra primerísima importancia. La línea política del proletariado se encuentra presente en el seno del FRA por medio de sus documentos constitutivos y porque parte -según expresa declaración- de la Tesis Política de la COB y de la experiencia de la Asamblea Popular (quiere decir que asimila las enseñanzas de esa experiencia). Claro que no es suficiente la aprobación de un buen programa para estar seguro que un frente no sufrirá oscilaciones y desviaciones hacia la derecha, que no capitulará ante el imperialismo o que no concluirá en golpes aventureros. Si se diese el caso de que el FRA caiga en manos de una dirección extraña a la clase obrera (ese es el caso del nacionalismo antimperialista de contenido burgués), su programa sería desvirtuado por la acción diaria contraria a la estrategia revolucionaria. La única forma de garantizar la hegemonía proletaria dentro del FRA (se define como frente antimperialista revolucionario, es decir, dirigido por la clase obrera) consiste en que se garantice una dirección que exprese adecuadamente la estrategia de aquella clase. El predominio numérico de las agrupaciones nacionalistas (expresiones de la pequeña-burguesía radicalizada) en la dirección obligaría al FRA a apartarse de la estrategia proletaria. Con todo esto queremos significar que debe cuidarse celosamente que las decisiones políticas queden en manos de los partidos, que en sus programas expresan los intereses históricos la clase obrera. Por mucha amplitud que se observe en materia de nuevas afiliaciones, se tiene que luchar francamente para que la participación nacionalista y pequeño-burguesa sea sólo minoritaria en la dirección del FRA.

Esa amplia unidad que es el FRA aparece sorprendente para el observador por dos razones:

1), se trata de un frente de tendencias revolucionarias dominado por las marxistas (entre éstas nadie sostiene la posibilidad de la pacífica transformación de la sociedad en la que vivimos) y

2), se da alrededor de ideas claramente establecidas sobre las finalidades estratégicas y los métodos de lucha. Suficiente recordar estos antecedentes para comprender su gran significación histórica.

Es notable el método que se ha seguido para lograr la materialización del FRA y es ciertamente opuesto al que hasta ahora se ha empleado en los trabajos frentistas. Generalmente se procede partiendo del ocultamiento de las diferencias principistas y todo se limita a subrayar las circunstanciales coincidencias de objetivos, casi siempre puramente tácticos. La experiencia enseña que estos frentes son básicamente efímeros



y frágiles, que en alguna manera expresan la poca evolución política general del país, de sus masas, y, el consiguientemente, de sus partidos políticos. Estos frentes, cimentados en las hipócritas declaraciones unitarias, comienzan por exigir de sus integrantes la renuncia al derecho, a la menor crítica y concluyen pulverizados no bien se hacen públicas las discrepancias ideológicas y políticas. La defensa intransigente del derecho a la crítica del pensamiento y conducta de los ocasionales aliados es fundamental para los revolucionarios, porque constituye un recurso que les permite educar a las masas, por medio del desenmascaramiento de sus falsas direcciones. El partido de la clase obrera no puede renunciar a su ambición. de ganar para su programa a la mayoría de la clase y sólo puede hacerlo si demuestra que los otros partidos se quiebran o claudican en la lucha anti-imperialista.

El Frente Revolucionario Anti-imperialista para constituirse ha seguido un camino diverso: se ha procedido a la previa y cuidadosa delimitación de posiciones, de las diferencias políticas e ideológicas de los partidos interesados en integrarse en él. Partiendo de esta encarnizada y radical discusión ha sido posible elaborar una estrategia, y métodos de luchas únicos que deben ser aplicados de manera conjunta. Consciente o inconscientemente se ha seguido el consejo de Lenin: para unirnos debemos previamente delimitarnos, saber lo que somos y cuáles son nuestras verdaderas divergencias. En estas condiciones queda a salvo la mutua crítica entre las organizaciones que conforman el FRA, crítica que tienen lugar todos los días, dentro de los organismos del frente y fuera de él.

Objetivos

Resumimos los objetivos que dice perseguir el Frente Revolucionario Anti-imperialista:

1.- En su carta fundamental de constitución se lee: "El Frente Revolucionario Anti-imperialista se organiza para la toma del poder. El pueblo de Bolivia ha alcanzado un alto nivel de conciencia revolucionaria que lo habilita para la lucha por el socialismo como finalidad política". La Asamblea Popular se definía a sí misma como órgano de poder de las masas y del proletariado, cuyo objetivo central era la de conquistar el poder político y construir el socialismo. Es fácil concluir que estratégicamente la Asamblea se proyecta en el FRA, que no es, ciertamente, un frente ocasional, sino un frente para tomar el poder y construir el socialismo, que importa la más elevada madurez política de las masas y particularmente del proletariado.

2.- Ni duda cabe que el FRA tiene como objetivo inmediato la lucha contra la dictadura castrense contrarrevolucionaria y fascista. No se plantea como tarea realizar la oposición por la oposición, actitud, que como enseña la historia trágica de Bolivia, puede concluir coadyuvando los trajines golpistas de las camarillas formadas alrededor del mismo poder, sino que se fija con meridiana claridad el tipo de gobierno que debe instaurarse como consecuencia de la victoria de la lucha frentista: gobierno dirigido por el proletariado, concepción en la que se sintetiza toda la experiencia, de las luchas sociales, que importa la asimilación de la experiencia y lecciones de la Asamblea Popular y expresa, en un elevado nivel político, la tendencia fundamental de los explotados hacia la constitución de su propio gobierno y la construcción del socialismo. En la base de las postulaciones programáticas del Frente Revolucionario Anti-imperialista



se encuentran la controvertida Tesis Política aprobada por el Cuarto Congreso de la Central Obrera Boliviana y las Bases Constitutivas del mismo FRA.

En el Frente Revolucionario Anti-imperialista están conjuncionados los partidos de izquierda y las grandes organizaciones de masas (sindicales, campesinas, estudiantiles, populares, etc.). La izquierda boliviana, bajo la influencia del trotskismo, que tuvo el acierto de sacar las debidas conclusiones políticas del palpitante desarrollo de los acontecimientos, ha asimilado debidamente la certidumbre de que la revolución social será hecha por las masas y por nadie más. El proletariado concluye convirtiéndose en caudillo de la nación subvertida, que lucha y se unifica buscando romper los lazos de sujeción que le atan al imperialismo. Sería absurdo, por no decir utópico, plantear la posibilidad de una revolución puramente proletaria o socialista, en la que la clase obrera puede darse el lujo de marchar solo contra la mayoría nacional. La viga maestra de la estrategia revolucionaria no es otra que la alianza obrero-campesina. (en este concepto se incluye la urgencia de lograr el apoyo de la pequeña burguesía de las ciudades a la política del proletariado), lo que quiere decir que la clase obrera arrastre detrás de sí a la mayoría nacional.

Los partidos políticos frentistas están interesados en actuar con referencia a amplios sectores de las masas, actividad que supone lucha interpartidista y sólo mediante ella es posible imponer la línea política del FRA.

3.- La izquierda boliviana se ha dividido y subdividido en numerosas oportunidades alrededor de las disputas y discrepancias sobre los métodos de lucha que es preciso emplear en el proceso revolucionario, discusión que lleva implícita la concepción partidista acerca de la mecánica de clases, en la que se manifiesta una de las particularidades del país.

En Bolivia, las tendencias políticas que sostienen la posibilidad del tránsito pacífico del capitalismo al socialismo no han tenido el suficiente valor para formular su tesis en forma franca y sistemática, que debe atribuirse a la poderosa presión sobre ellas de un país radicalizado en extremo. Lo que hacen es tratar de desvirtuar o atenuar los métodos que parten de la acción directa.

La discusión se ha centrado alrededor del foquismo, que en cierto momento pretendió presentarse como sustituto del partido político y que ahora sigue la azarosa línea de búsqueda de contacto con el pueblo, y la lucha insurreccional de las masas. Estas posiciones se presentaron, a cierta altura del debate, como irreductibles en su oposición, lo que correspondía exactamente a la realidad. El debate teórico, por sí solo, no tenía posibilidades de obligar a los foquistas a ultranza, especie de la que todavía hay ejemplares, a modificar sus posiciones y a someterse a la dirección de la clase revolucionaria, lo que es diferente al reconocimiento lírico de la hegemonía política del proletariado en el proceso de transformación. El choque de las concepciones foquistas con la terca realidad y los catastróficos descalabros que ha motivado, han obligado a su tácita revisión y han forzado a buscar afanosamente la forma de plasmar un movimiento referido a las masas.

La gran madurez política del proceso revolucionario boliviano se mide por el hecho de que la izquierda concentrada en el FRA logra formular un planteamiento unitario sobre los métodos a emplearse en la revolución. Esta unidad es una de las grandes virtudes del Frente, porque permite dedicarse cuidadosa y pacientemente a los trabajos



preparatorios de la insurrección, sin correr el riesgo de un aborto del proceso o de reducirlo a la postración en medio de la inoperancia. Nunca será suficiente el hecho de que la extrema izquierda se ha sometido, por instantes a regañadientes, a los métodos propios de la revolución proletaria.

En uno de los documentos básicos del Frente Revolucionario Anti-imperialista se establece:

“El Frente Revolucionario Anti-imperialista establece que la lucha revolucionaria en Bolivia no descarta ningún método, por el contrario, reconoce la validez de todos. Sin embargo, deja establecido que no sitúa a todos ellos en el mismo nivel, y declara que la preeminencia de uno sobre los otros, dependerá del condicionamiento político en cada fase de la lucha insurreccional, debiendo ser todos, y en todo tiempo, los que son propios de la revolución proletaria, en cuya base se encuentran la movilización de las masas y la acción directa, que puede adquirir formas diversas según el momento político, desde las manifestaciones y huelgas hasta las diversas modalidades de la lucha armada”. Es la dirección política del proletariado la que determina que todas las formas de la lucha sean expresiones de los métodos propios de la revolución proletaria. Para el FRA la lucha armada tiene que ser, necesariamente, una manifestación concreta de la lucha de las masas. Todo lo anterior se puede resumir en la siguiente fórmula: todo con las masas, nada sin ellas o contra ellas. La lucha armada adquiere trascendencia en la medida en que se convierte en una actividad propia, de los explotados, en esta medida puede llegar a ser experiencia de la clase y contribuir a la evolución de la conciencia de ésta.

La subordinación de las diversas organizaciones a los métodos del FRA está expresamente establecida: “Cada una de las organizaciones que componen el FRA debe actuar de acuerdo a un plan político-militar colectivamente elaborado. El incumplimiento de este plan así como las actuaciones o decisiones que contraríen esta forma de trabajo revolucionario y unitario, que tengan carácter sectario, fraccional o divisionista, deben ser enérgicamente repudiadas”.

La norma táctica fundamental del FRA puede resumirse así: “Toda acción que contribuye a aproximar a las masas a la insurrección es buena y aquella que las aparta de esta finalidad es repudiable”.

La acción directa de masas adquiere las formas más diversas y una o algunas de estas formas pueden alcanzar vigencia en determinadas condiciones políticas, relegando a segundo plano a las otras. El FRA, por ejemplo, no desconoce ni rechaza por principio las acciones comando o la guerra de guerrillas, pero las subordina a las necesidades creadas por un determinado momento político, que está definido, básicamente, por la actitud que asumen las masas y por las modificaciones que se operan en su conciencia. Es esta realidad la que determina la vigencia o no de determinado método de lucha. No se trata simplemente de un cambio de la situación política, sino de que las masas sólo han madurado para utilizar eficazmente un determinado método de lucha. Las fuerzas revolucionarias se ven ante la necesidad de sobremontar en su lucha determinados obstáculos y la respuesta que dan a este requerimiento (necesidad histórica) no es otra cosa que la adopción de un método de lucha ya existente o la creación de otro nuevo.



El Frente Revolucionario Anti-imperialista es un frente de partidos políticos, que indiscutiblemente son una minoría inclusive con referencia a la minoritaria clase obrera. Este comando minoritario tiene la misión de poner en pie de combate y dirigir hacia la victoria a las masas, lo que sólo puede lograr si realmente se insume y sigue las tortuosas viscosidades de la lucha de clases. Constituye una preocupación insoslayable el soldar a la vanguardia con el grueso de la clase. Los primeros trabajos deben estar destinados a movilizar a las masas, partiendo del descontento que existe frente a la inconducta gubernamental, a la sorda resistencia al gorilismo. Esta movilización se comenzará uniendo los brotes espontáneos de resistencia y protesta que actualmente se producen en forma creciente en las diversas clases sociales. La tarea primera consistirá en generalizar esos brotes a través de una consigna que las una y las eleve políticamente, consigna que se referirá a la lucha por las garantías democráticas y las reivindicaciones económicas y sindicales elementales. El objetivo inmediato es poner en pie de combate a las masas e imprimir un carácter político a su movilización. Esto sólo se podrá lograr si cotidianamente se sigue, paso a paso, la línea que marca el desarrollo de la lucha de clases. Los obreros viven y se movilizan cada instarte alrededor de pequeños objetivos.

EL FRA Y LAS MASAS

No se trata de aislarse de las masas para poder, en las actuales circunstancias, enarbolar consignas puramente socialistas y altisonantes, sino de marchar junto a ellas y por eso, necesariamente, se tendrá que tomar en cuenta su estado actual, inclusive, sus prejuicios y sus limitaciones naturales. Las consignas a formularse deben cumplir la función de servir de puente que permita a las masas a movilizarse hacia el poder (mejor, de aproximarse cada día más y más hacia él), partiendo de su lucha inmediata. La defensa de las garantías democráticas, del fuero sindical, de las conquistas sociales más elementales, de la vigencia de la Constitución, de las riquezas e intereses nacionales, etc., adquieren importancia revolucionaria trascendental en este momento. La experiencia directa que vivan las masas, por muy pequeña que ésta sea, tiene una enorme significación para su madurez política, mucho más que la difusión de los principios y consignas abstractos del socialismo. Lenin tenía razón cuando sostenía que un paso en la lucha diaria vale más que toda una biblioteca de libros teóricos. Los bolivianos han aprendido y madurado más, por ejemplo, en la huelga de febrero, que con la lectura de los periódicos y folletos que publican los marxistas, si es que publican.

Desde todo punto de vista, es errónea y absurda la tesis en sentido de que las organizaciones obreras no están presentes en el Frente Revolucionario Antiimperialista. La Tesis Política del IV Congreso de la COB señaló la línea maestra en sentido de ser indispensable la formación de un frente antiimperialista para lograr la liberación nacional, táctica que podría ayudar a superar la debilidad del factor subjetivo de la revolución. Cumpliendo este mandato, connotados dirigentes laborales, creyeron de su deber elemental impulsar la formación del FRA y redactar sus documentos básicos. Muchos de los dirigentes de los partidos políticos que se reclaman del proletariado son, al mismo tiempo, sindicalistas. Ni los dirigentes obreros que protagonizan el nacimiento del FRA y luchan por consolidarlo, ni los partidos marxistas, sobre todo después de la rica experiencia de la Asamblea Popular, podían aceptar el marginamiento de la



clase obrera de la nueva organización, que busca nada menos que llevar a las masas a derrocar al fascismo. Por otro lado, dentro de las fronteras del país, escenario en el que se librará la batalla definitiva contra el gorilismo, los dirigentes de las organizaciones obreras participan en la dirección del Frente.

CONTINUIDAD DE LA ASAMBLEA EN EL FRA

Eliminar a la clase obrera del Frente Revolucionario Antiimperialista importaría un abandono de las posiciones que las masas han alcanzado en la lucha y que, por tanto, han acumulado como parte de su experiencia. Si se diese ese paso se abandonararía la estrategia revolucionaria del proletariado y constituiría un retroceso con referencia a la Asamblea Popular. Ninguna de estas variantes, que puede plantearse en el plano de las suposiciones, se da en una organización que se proclama, en su línea política, continuadora de la Asamblea. Tampoco existen razones para que los partidos políticos abandonen sus ideas políticas y su estrategia, en cuya base se encuentra la indiscutible hegemonía de la clase obrera en la revolución, habiendo discrepancia únicamente en la forma como se materializará esa hegemonía. Se puede decir que el FRA hereda la tradición boliviana en sentido de que sólo el proletariado puede dirigir políticamente las luchas por la liberación nacional y social. Por esto mismo, nunca estará demás reiterar la relación de continuidad que existe entre la Asamblea Popular y el Frente Revolucionario Antiimperialista.

Decimos que la Asamblea Popular constituye la mayor conquista lograda en el proceso revolucionario porque se trata de una creación de las propias masas y los actos de esta naturaleza son definitivos en la historia social.

La Asamblea comprendía físicamente a las más amplias capas de los explotados, muchas de las cuales se sumaban a la lucha política por primera vez. En las condiciones de clandestinidad imperantes no puede funcionar esa representación, y se expresa únicamente en el plano político. La minimización de las representaciones partidistas fue una de las consecuencias de las características de la Asamblea; ahora, es el partido el portavoz genuino de la conciencia de clase y, consiguientemente, se tiene la impresión de una hipertrofia partidista en perjuicio de las organizaciones sindicales.

Si se trata de conservar lo esencial de la Asamblea Popular no se tiene que olvidar que está en cuestión conservar y proyectar su naturaleza, de órgano de poder, en la medida en que fue la única autoridad para las masas. El FRA al proponerse una profunda movilización, enraizada en la actividad elemental de los explotados, no hace otra cosa que preparar las posibilidades para que, ciertamente que en un plano político superior, pueda volver a darse la Asamblea.

La Asamblea, como señalan sus estatutos adquirió el carácter de frente revolucionario antiimperialista, timoneado por la clase obrera. La naturaleza del FRA es la misma y no por casualidad. Este frente no es una finalidad en sí y, más bien, es el canal que centraliza a las clases y corrientes empeñadas en efectivizar la liberación nacional, como un aspecto de la revolución hecha por el proletariado.



El frente anti-imperialista que llevamos a la práctica no tiene nada que ver con los frentes anti-imperialistas timoneados por direcciones burguesas nacionalistas o pequeño-burguesas y que, en los hechos, concluyen subordinando a los trabajadores a clases sociales que les son extrañas. Estos frentes, de los que está plagada la historia nacional e internacional, han concluido invariablemente estructurando gobiernos complacientes del imperialismo y convirtiendo a los obreros en sus simples títeres. Cuando se parte del principio de la dirección política del proletariado en los frentes anti-imperialistas, lo que se hace es modificar profundamente sus proyecciones. No se discute que la liberación nacional informa la parte sustancial de su programa, pero la liberación en manos de la clase obrera se convierte sólo en un aspecto de la revolución proletaria y en uno de los pasos en el camino de la construcción del socialismo. Es esto lo que no comprende mucha gente y, particularmente, los que nos critican desde la izquierda.

Para nosotros el antecedente del frente único antiimperialista, es decir, de lo que estamos haciendo ahora, se encuentra en los primeros congresos de la Internacional Comunista y cuyos documentos básicos fueron escritos, analizados en las discusiones y defendidos por Lenin y Trotsky (los fundamentos programáticos de la Cuarta Internacional están constituidos no únicamente por el Programa de Transición, sino por las tesis y resoluciones de los cuatro primeros congresos de la IC). Los bolcheviques no pudieron ignorar que las masas de los países atrasados comienzan a ser movilizadas por la burguesía nacional y tras falsas banderas anti-imperialistas, entre esas masas que se encuentran de tránsito por caminos extraviados se encuentra la clase obrera. Se trata de descubrir los medios que permitan arrancar a los partidos nacionalistas su control sobre los sectores explotados y mayoritarios, de convertir al proletariado en caudillo nacional, consiguientemente, de fortalecer a la vanguardia revolucionaria. El frente anti-imperialista constituye el marco adecuado para el cumplimiento de estas tareas. Estamos seguros de las limitaciones del nacionalismo de contenido burgués y de la certeza de que tarde o temprano, tiene que capitular ante el enemigo foráneo y aliarse con él para pretender aplastar al proletariado nativo y buscar vanamente salvar sus intereses. La Internacional Comunista lanzó la consigna del frente único de la clase obrera para los países altamente desarrollados, a fin de lograr la emancipación de los trabajadores de sus direcciones tradicionales y así ayudarles a hacerse comunistas. Con la misma finalidad fue delineado el frente anti-imperialista como propio de los países atrasados. Los bolcheviques sabían perfectamente que las metrópolis y las colonias y semicolonias eran dos realidades diferentes.

Con frecuencia se sostiene que el frente anti-imperialista no sería más que una ampliación del frente único proletario, o que aquel llegaría a estructurarse partiendo de este último. Esta es una otra forma de ignorancia de lo que son los países atrasados y que soportan la opresión imperialista.

El frente único proletario en los países atrasados deja de ser político para transformarse en meramente sindical, en proyección de la naturaleza de los sindicatos: forma elemental del frente clasista. El frente único proletario se limita a proclamar la unidad de la dirección sindical (generalmente se lucha por una central nacional única). El frente único anti-imperialista considerado como ampliación del frente clasista limita la lucha política al cuadro sindical.



El frente antimperialista es consigna de otra naturaleza y corresponde a una realidad diferente, a la de los países atrasados. Se trata de un frente político de los sectores sociales que están interesados en la lucha contra la opresión imperialista. La unidad sindical lo que hace es fortalecer las posiciones del proletariado dentro del frente antimperialista y nada más; se puede añadir que la unidad clasista ayuda a la clase obrera a convertirse en caudillo nacional, desde el momento que acentúa su independencia de clase frente a las direcciones políticas que le son extrañas. Lejos de confundir al frente único proletario con el antimperialista, lo que hay que hacer es diferenciarlos con toda claridad. Finalmente, el frente antimperialista es una consigna irremplazable en la lucha revolucionaria que se libra en los países rezagados, a condición de que esté políticamente dirigido por el proletariado.

Resumiendo: por lo que seguidamente se señala, el Frente Revolucionario Antimperialista no es más que proyección de la Asamblea Popular. Hay continuidad estratégica: gobierno obrero para construir el socialismo. En ambas organizaciones se establece con claridad el rol hegemónico del proletariado. Estas dos entidades efectivizan la unidad de los partidos de la izquierda boliviana y de los sectores mayoritarios del país (sindicatos, universidades, etc.) empeñados en aplastar al gorilismo y darse una dirección única en el combate, dentro de los únicos lineamientos que puede adquirir si no quiere concluir en la derrota o la claudicación: el frente revolucionario antimperialista dirigido por el proletariado.

Mas, las profundas transformaciones que ha sufrido la situación de Bolivia, han impuesto diferencias de importancia en la organización y funcionamiento entre la Asamblea Popular y el Frente Revolucionario Antimperialista, al extremo de que aparecen como dos entidades totalmente diferentes y, para muchos, contrapuestas.

Ya se ha indicado que el gobierno totalitario impuesto por el gorilismo fascista importa la cancelación de las garantías democráticas más elementales y la ejecución de un plan de destrucción física de las organizaciones obreras. Al no haber podido doblegar totalmente a los núcleos de resistencia que funcionan en las ciudades, proyectó controlar a los sindicatos más grandes y más combativos, como son los mineros, a través de elecciones amañadas que pudiesen darle el manejo burocrático de las direcciones. El plan ha fracasado estrepitosamente y no puede descartarse del todo que todavía, en el futuro próximo la dictadura materialice su dorado sueño de ocupar militarmente los centros de trabajo, lo que importaría que se vuelvan a consumir masacres rojas como las de la memorable y trágica noche de San Juan.

Es en las condiciones de lucha clandestina que aparece. el Frente Revolucionario Antimperialista para lograr, utilizando métodos conspirativos, el derrocamiento del gorilismo, que supone el poner en pie de combate a las masas. Esta dirección política tiene que ser, necesariamente, limitada por su número y cuyos métodos de trabajo, moldeados en el verticalismo, no podrán menos que violentar algunas normas de la más amplia y tradicional democracia interna. El FRA tiene plena conciencia de que su fortaleza y viabilidad se dan por el camino de su firme entroncamiento con las masas; pero, cuida celosamente la integridad física de las organizaciones laborales y populares y, por esto mismo, mantiene en reserva la adhesión de éstas a sus niveles de dirección. La forma en que la clase obrera debe estar representada en el Frente Revolucionario, Antimperialista ha suscitado violentas polémicas y en ellas se encubren problemas fundamentales de la revolución.



Asumen una actitud muy peligrosa y lindante con las posturas contrarrevolucionarias, los que, a nombre del proletariado, pretenden enfrentar a los sindicatos con los partidos revolucionarios. Estamos nuevamente frente al clásico argumento esgrimido por la reacción contra la línea revolucionaria. Por este camino se llega infaliblemente al apoliticismo de los sindicatos, al apartidismo de los obreros y a la peregrina tesis de que las organizaciones laborales tienen la suficiente capacidad para tomar el poder y construir el socialismo, etc. Esta "doctrina" nada tiene que ver con las mejores tradiciones del movimiento obrero boliviano.

Muchos decenios de luchas de la clase obrera han concluido convirtiéndola en caudillo nacional, es decir, en dirección política de las masas que combaten contra la opresión imperialista y por superar nuestro secular atraso. Esta larga y accidentada historia se sintetiza en los serios esfuerzos hechos por la clase en sentido de estructurar su propio partido político, entre los que deben incluirse las experiencias hechas en el seno de organizaciones políticas extrañas a la clase obrera.

La expresión política acabada de la clase no es el sindicato, sino el partido político, porque sólo el programa de éste es capaz de expresar a cabalidad los intereses históricos de aquella. El sindicato fue creado por los trabajadores cuando se vieron obligados a efectuar luchas elementales. El partido aparece cuando adquiere conciencia de clase.

En Bolivia es una pose desdichada el persistir en el extremo de que el sindicato es suficiente por sí sólo para dirigir a los explotados en sus luchas diarias y en las de su emancipación. Contrariamente, la evolución de nuestro sindicalismo se opera, alrededor de ideas políticas claras y determinantes (que, en último análisis, tienden a superar a los movimientos nacionalistas de contenido burgués y a lograr la independencia ideológica y organizativa de la clase con referencia a las direcciones políticas que le son extrañas), esto ha sido posible porque en su seno se han movido activamente ciertas tendencias políticas, encarnadas en partidos de izquierda, contribuyendo positivamente a la evolución de la conciencia de clase. La ideología marxista no se genera espontáneamente en el seno de las masas, sino que viene a ellas desde fuera, convirtiéndose, en su momento, en el elemento activo que contribuye a la verdadera formación de la clase. Dentro del marxismo, sólo puede plantearse el problema de las relaciones entre el partido y los sindicatos arrancando de la evidencia de que las actividades gremiales son sólo un aspecto de la política revolucionaria encarnada en el partido político. Si el partido no busca ni desea convertir a los sindicatos en sus agencias burocráticamente controladas, es, en cambio, su legítima ambición dirigirlos políticamente, lograr que sigan el camino por él trazado. La genuina e irremplazable expresión política de la clase es su partido. El sindicato es la respuesta organizativa a las necesidades inmediatas y deviene revolucionario en la medida en que el partido influencia decisivamente en su orientación. La experiencia, muchas veces amarga, enseña que el dirigente sindical que invariablemente permanece en la trinchera revolucionaria, pese a todas las variantes que pueda sufrir la situación política, es aquel que, simultáneamente, milita en un partido obrero. En los períodos de gran ascenso revolucionario, cuando normalmente las autoridades garantizan la vigencia de elementales normas democráticas, la dirección sindical puede, pese a sus limitaciones, representar a la clase en las organizaciones populares. En las épocas de represión, cuando la misma vida sindical no puede desarrollarse normalmente, no funcionan los mecanismos mediante los cuales las bases obreras pudiesen expresar su adhesión o su repulsa a determinadas direcciones. De una manera general, toda confederación o federación está siempre más a la derecha que los cuadros de base. Cuando no funcionan



normalmente las asambleas, canal normal de expresión del grueso de los trabajadores, es muy difícil decir qué dirigentes siguen contando con la confianza de aquellos. En los momentos de reflujo se hace notable el aflojamiento de las actividades sindicales. El dirigente obrero, de una manera normal, encuentra la raíz de su fortaleza en la presión y control que sobre él ejercitan las masas, cuando este factor disminuye o desaparece, el sindicalista marcha sin norte, arrastrado por las corrientes políticas más diversas, inclusive por las que nada tienen que ver con la revolución o que desembocan en el oficialismo. En estas condiciones, el sindicalista puro puede concluir actuando contra los intereses de sus compañeros. Contraponer, de un modo tajante, la Asamblea Popular al FRA en lo, que se refiere a la forma de representación de la clase obrera no pasa de ser una superficialidad. La clase obrera dentro de la Asamblea era el sector dominante y dirigente no sólo porque en su seno estaban las grandes organizaciones laborales (eso ocurrió también en otras oportunidades y en otras organizaciones), sino porque se logró imponer como su programa; el programa revolucionario del proletariado, que, quiérase o no, era pensamiento político partidista.

Es indiscutible que el Frente Revolucionario Antiimperialista y los partidos políticos no pueden actuar aislados de las masas; contrariamente, están obligados a soldarse con ellas. Necesariamente tienen que tomarse los canales sindicales para influenciar sobre las más amplias capas de explotados. Es en este sentido que los sindicatos deben intervenir directamente en el FRA. La línea política debe fijarse en el más alto nivel, donde se concentra la representación partidista, teniendo en cuenta el programa del proletariado, y esa línea debe ejecutarse a través de las grandes organizaciones de masas. Esto se podrá lograr si se materializa una perfecta coordinación de pensamiento y movimientos entre la dirección del FRA, los partidos revolucionarios y los sindicatos.

No hay oposición entre sindicato y partido, sino entre el partido revolucionario, y las tendencias reaccionarias, que ocasionalmente pueden agazaparse en el seno de las organizaciones laborales. Un deber elemental consiste en luchar enérgicamente contra todo intento de meter de contrabando la ideología reaccionaria bajo el disfraz de "sindicalismo puro".

El Frente Revolucionario Antimperialista muy dificultosamente está dando sus primeros pasos dentro del territorio nacional, está pagando muy caro la acusación hecha por el gorilismo en sentido de que nació en Chile, auspiciado por gobiernos foráneos y enemigos de Bolivia. En un período de relativa depresión surgen, una y otra vez, los peores prejuicios y, entre ellos, el chovinismo. La respuesta no puede ser otra que la de fortalecer al FRA dentro de las fronteras nacionales y lograr su real entroncamiento con las masas.

El FRA, por definición y por mantenerse fiel a sus principios, está marginado de todo tipo de golpismo que únicamente signifique el cambio de guardia en el Palacio Quemado o la sustitución de un militar por otro que sea más o menos fascista. Rechaza toda forma de putchismo, toda manifestación golpista ajena a los intereses de la clase obrera. Sin embargo, es la perspectiva golpista una de las amenazas contra el porvenir del Frente Revolucionario Antimperialista.

La aparición de un eje nacionalista de oposición (por el momento no existe la posibilidad de que se organice un otro frente de la izquierda), se presentaría ante el país como una otra alternativa de poder. Este eje nacionalista puede seguir dos grandes líneas: 1) Constituirse como un frente nacionalista formado entre sectores de derecha (Partido



Socialdemócrata) y grupos disidentes de falangistas de derecha que están fuera del gobierno. Este frente rápidamente empalmaría con las ambiciones de los generales o de un sector del MNR. 2). Pueden sectores "izquierdistas" del MNR, particularmente los vinculados con las tendencias sindicalistas, sellar alianza conspirativa con algún grupo militar "demócrata".

Un golpe de Estado, victorioso .comenzaría debilitando al FRA como dirección de masas, obstaculizaría sus movimientos, aumentaría la incertidumbre entre las masas, al presentarse como anti-Paz y anti-gorila.

Un golpe putchista seguido por una "apertura democrática", por elecciones, etc., podría amputar físicamente al FRA por su sector nacionalista o acaso atrayendo a alguna de las figuras militares que actualmente figuran en sus filas. A este contratiempo seguiría el desconcierto popular e inclusive podría presentarse el caso del renacimiento de las ilusiones, aunque por breve tiempo, acerca de la capacidad revolucionaria de un gobierno de tal naturaleza.

En caso de producirse un cuartelazo, el FRA sólo puede responder movilizándolo rápidamente a las masas, organizándolas y armandolas. Como demuestra la historia, los explotados convertidos en amos de la calle transformarían el golpe en una verdadera revolución. Hay que prepararse apresuradamente, con la seguridad de que el ritmo de la política boliviana es muy veloz y con la certeza de que no vivimos un aplastamiento total del proletariado por décadas. Seguimos marchando contra el tiempo a fin de evitar un nuevo 21 de agosto.

La falta de una adecuada propaganda y de la oportuna y consiguiente clarificación de las finalidades, naturaleza y funcionamiento del Frente Revolucionario Antimperialista pueden motivar el surgimiento, en cualquier plano y momento, de la contradicción entre la dirección política restricta y centralizada y la demanda de una amplia participación de las organizaciones sindicales y populares en los niveles de alta dirección, siempre invocando como ejemplo el caso de la Asamblea Popular. Hay que volver a recordar que el FRA es una dirección política, que supone un pacto secreto con las grandes organizaciones de masas. El repliegue de las bases obreras y de la misma vida sindical, determinan que los dirigentes apartidistas de primera línea y medios hubiesen perdido el control de sus bases y que éstas se muevan dentro de la poderosa presión que sobre ellas ejercita el gobierno y el aparato patronal. Esta contradicción, si aparece, se resolvería automáticamente si las masas pasan a la ofensiva y reconquistan parte de las garantías democráticas ahora perdidas. Entonces podría darse la necesidad de actualizar la Asamblea Popular u otra organización del mismo tipo.

La movilización de las masas, el trabajo partidista en el seno de éstas, crearán necesidades concretas de armamento de la clase y de su vanguardia. A esta altura debe subrayarse que constituye preocupación primordial el adoptar las providencias necesarias que eviten que los trabajos conspirativos concluyan en un aborto.

A tiempo de estructurar el Frente Revolucionario Antimperialista se ha analizado y desmenuzado deliberadamente el concepto de insurrección, a fin de evitar cualquier equívoco o sellar el frente partiendo de engaños. A la insurrección se llega logrando que el factor subjetivo de la revolución madure lo suficiente para complementar al ya maduro elemento objetivo.



La Paz, agosto de 1971.

Santiago de Chile, febrero de 1972.

N. B.: En el anterior escrito figuran el Grupo Espartaco, la democracia cristiana y los socialcristianos, porque así se llamaban cuando tuvieron lugar los acontecimientos que se analizan. Ahora, todos ellos aparecen agrupados bajo la sigla del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR). fuertemente armado de Riberalta". Hubieron también choques incruentos en Machacamarca (a 25 kilómetros de Oruro) entre mineros y el Regimiento "Loa", que desde Uyuni se trasladaba a Oruro.

